

D



Biblioteca Pública de Teruel

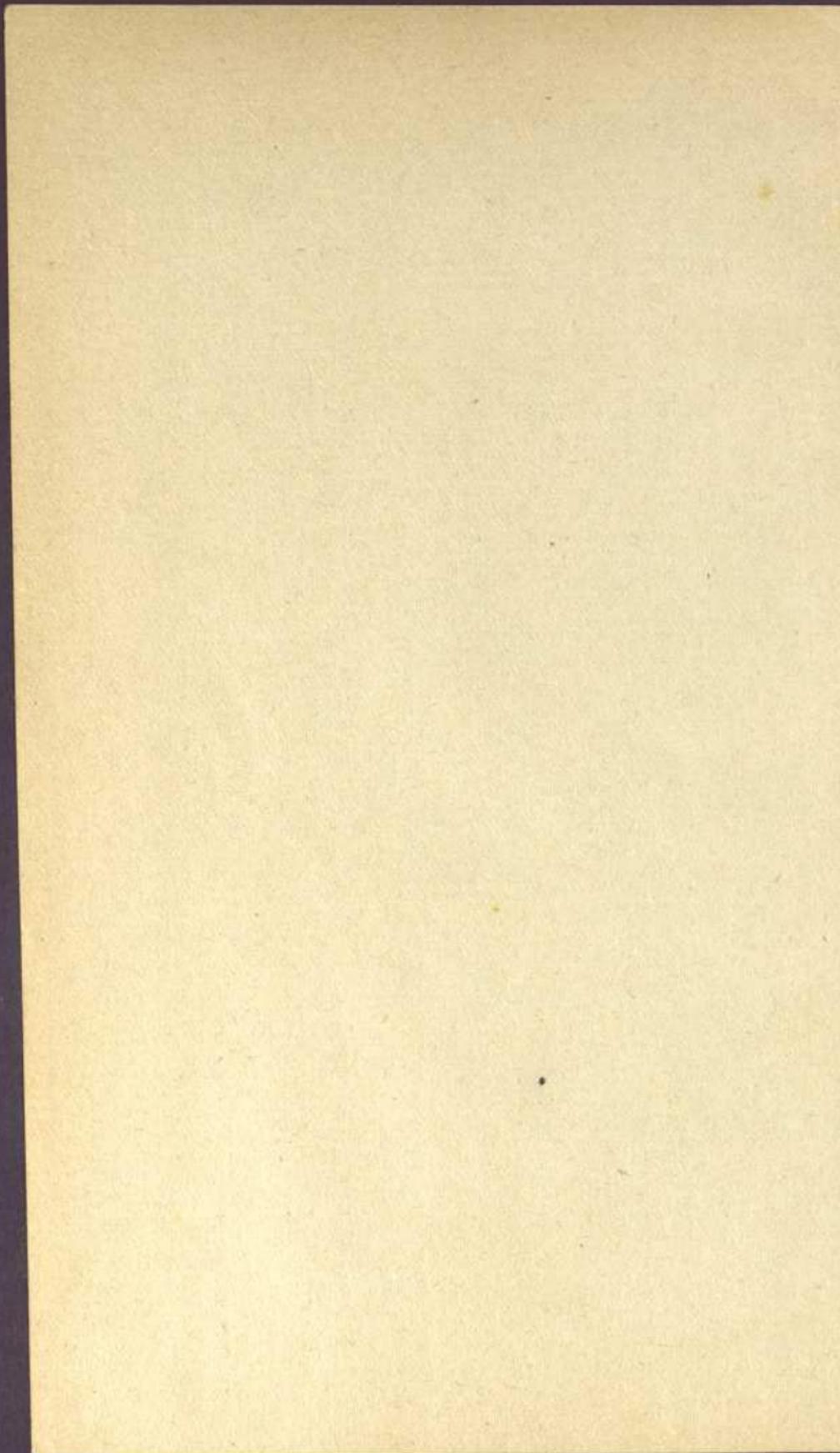
Sala _____

Estante E-4

Signatura 81

254

R 2 3,897



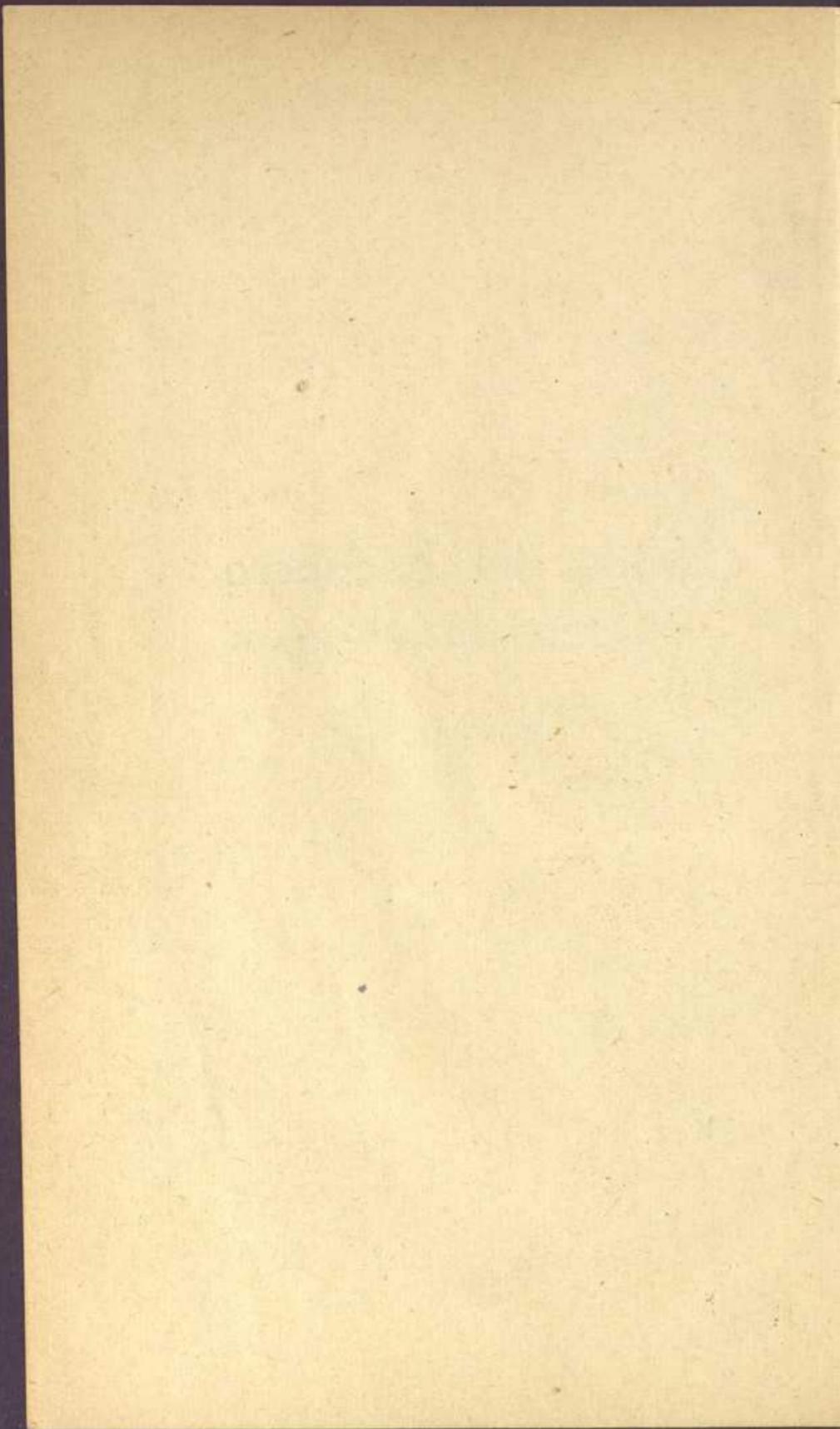
FA 6764





Vida del Escudero
Marcos de Obregón

TOMO SEGUNDO



FA
6764

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA - VOL. 36

VICENTE ESPINEL

Vida del Escudero
Marcos de Obregón

PRÓLOGO DE
IGNACIO BAUER



TOMO SEGUNDO

TERCERA EDICIÓN



COMPañÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Puerta del Sol, 15
MADRID

Ronda de la Universidad, 1
BARCELONA

Florida, 251
BUENOS AIRES

~~A-5897~~
m R-11.9.18

RELACION SEGUNDA

de la vida del escudero

MARCOS DE OBREGON

Aunque amanecía el día con acabarse la furia del agua, que toda la noche había combatido la ermita o humilladero, era tanta la abundancia que el río había recogido, que sobrepujando la puente, ni de la una parte ni de la otra se podía pasar, ni pasaron, hasta que se fué avadando el día siguiente.

Yo quisiera irme, por parecerme que ya el ermitaño estaba harto de oírme hablar relaciones de mi vida; y como yo naturalmente ni soy inclinado a hablar ni oír hablar mucho, parecióme que el demasiado sueño del ermitaño nacía del enfado de oírme; y como los habladores, gente sin memoria de lo que está por venir, son para mí tan odiosos, no quería caer en la culpa que reprendo, que los que tienen esta falta, aunque por sobra de palabras sin sustancia, son ordinariamente cizañeros, congraciadores, chismosos, que a trueque o fin de hablar no reparan en falso o verdadero, ni saben distinguir la mentira de la verdad, y de la misma manera que lo dicen lo desdicen,

amigos de averiguar un chisme y de traer y de llevar adelante su opinión, soldando un yerro con otros ciento, y el menor daño que hacen es ser grandes aduladores; no se asientan ni reposan en cosa con la facilidad que proceden, ni temen caer en falta, ni cobrar mala opinión, que realmente he visto que a este vicio le siguen otros muy peores.

Huyendo yo de no caer en fama de hablador, me quise despedir del ermitaño, si bien el tiempo aún no daba lugar para ello; pero él me porfió que no le dejase solo, por una grande melancolía que le había dado un sueño aquella noche, que afirmativamente decía que, estando más despierto que dormido, le había hablado un muerto, en cuya muerte se había hallado en Italia.

Reíme, y lo mejor que pude procuré deshacerla aquella imaginación. Preguntóme de qué me reía. Ríome, respondí, de que la aprehensión de los sueños sea tan poderosa con algunas personas, que les parece que es verdad lo que sueñan, cosa tan reprobada por el mismo Dios en muchos lugares del Testamento Viejo, y recibido en el Nuevo, siendo todo vanidad del cerebro, y ahora de la melancolía que ha causado la esperanza del tiempo, que junta con el poco y no buen mantenimiento, causara ese efecto y otros más ridículos. Digo, respondió el ermitaño, que aun ahora me parece que le tengo presente.

Reíme mucho más que antes. Replicóme: ¿Luego no suelen venir los muertos a hablar con los vivos? No, por cierto, respondí yo, sino

cuando por algún negocio de mucha importancia les da Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo y digno de saberse que le pasó al Marqués de las Navas, que habló con un muerto a quien él había quitado la vida; pero vino a cosas que le importaban, para la quietud y reposo de su alma.

Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos no tienen tan asentada verdad como éste, reservando aquellos de que las divinas letras hacen mención, porque pasó en nuestros días, y a un tan gran caballero, y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que hay algunos vivos ahora, que ni a él, ni a ellos, aun siendo verdad, les importa nada confesarlo. ¿A cuál Marqués?, preguntó el ermitaño. Al que es ahora vivo, respondí yo, don Pedro de Avila. Si no se cansa vuesa merced, dijo el buen hombre, y aunque se canse, cuéntelo cómo pasó, que cosa tan espantosa y de nuestros días es bien que todos lo sepan. Bien divulgada está, dije yo; pero por que no se quede en el sepulcro con el muerto es bien decirlo y hacer particular memoria de cosa que tanta apariencia tiene de verdad; y no me afirmara en ella, si no la hubiera oído de boca de un tan gran caballero como el mismo Marqués y a su hermano el señor don Enrique de Guzmán, Marqués de Pobar, gentilhombre de la Cámara del potentísimo Rey Don Felipe III de las Españas, en cuyo palacio nunca ha hallado lugar la adulación ni mentira. El caso fué de esta manera:

Estando el Marqués preso por mandado de

su Rey en San Martín, de Madrid, Monasterio de la Orden de San Benito, y visitándole sus amigos, grandes caballeros, muchas veces o siempre se quedaban de noche acompañándole, particularmente el Sr. D. Enrique, Marqués de Pobar, su hermano, y el Sr. D. Felipe de Córdoba, hijo del Sr. D. Diego de Córdoba, caballero mayor de Felipe II, y una noche, entre muchas, dióles gana de irse a pasear al Marqués y a D. Felipe; fueron hacia el barrio de Lavapiés, y estando hablando por una ventana, dijo el Marqués: Esperadme aquí, que voy a aquella callejuela a cierta necesidad natural. Halló en ella dos hombres en las dos esquinas, que no le dejaron pasar. El Marqués dijo: Vuestas mercedes sepan que voy con esta necesidad, y fué a pasar contra su gusto. Arrojóle uno de ellos una estocada, y el Marqués otra a él propio; cada uno pensó que dejaba muerto al otro.

Con el mismo movimiento que le sacó el Marqués la espada, que tenía la guarnición en el pecho, le dió al otro una cuchillada, con que le abrió la cabeza. Quedáronse los dos que no pudieron moverse: el de la estocada, muerto, aunque en pie; el de la herida, fuera de sí. Fuése el Marqués y llamó a D. Felipe, y fuéronse a San Martín.

Estando allá, pareciéndole que dormir sin averiguar bien lo que había pasado era yerro, contóselo, y los dos determinaron de ir. Fué el Marqués con ellos, que no quiso que fuesen sin él, y hallaron alborotado el barrio, diciendo que habían muerto allí dos hombres.

Volviéronse sin hallar en el sitio donde habían pasado otra cosa sino dos lienzos ensangrentados. El que había quedado con la herida fuése a Toledo, y desde allí envió a saber si el Marqués era muerto, que lo había conocido cuando le dió la estocada, y curándose lo mejor que pudo, vino a morir de la herida; hizo testamento antes, y como supo que el Marqués no había recibido daño, porque la estocada había sido al soslayo, dejólo por su testamentario. Supo el Marqués esto por relación de un religioso, que se lo vino a decir quién era el que lo dejaba por testamentario. Dentro de cinco o seis días, después de muerto este hombre, estando el Marqués acostado en su cama, y D. Enrique su hermano y D. Felipe de Córdoba en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marqués dijo: Quitáos allá, don Enrique, y respondió la persona que era, con una voz ronca y llena de horror: No es don Enrique.

Escandalizado el Marqués, se levantó muy de priesa, y desenvainando la espada, que tenía a la cabecera, tiró tantas cuchilladas, que preguntó don Felipe: ¿Qué era aquéllas? El Marqués mi hermano es, respondió don Enrique, que anda a cuchilladas con un muerto. El dió cuantas pudo, hasta que se cansó, sin topar en cosa, sino algunas en las paredes.

Abrió la puerta y tornó a verlo fuera, y con la misma priesa fué dando cuchilladas, hasta que llegó a un rincón donde había oscuridad y entonces dijo la sombra: Basta, señor Már-

qués, basta; y véngase conmigo, que le tengo que decir. El Marqués le siguió, y a él los dos caballeros, su hermano y D. Felipe. Bajóle abajo, y diciendo el Marqués qué le quería, respondió que mandase los dejasen solos, que no podía hablar delante de testigos. El, aunque de mala gana, les dijo que se quedasen; mas ellos no quisieron.

Al fin la sombra se entró en cierta bóveda donde había huesos de muertos; entró el Marqués tras de ella, y en pisando los huesos, le fué discurrendo por los suyos tan grande temor, que le fué forzoso salir fuera a respirar y cobrar aliento, lo cual hizo por tres veces. Lo que le quería, y pudo el Marqués con la turbación percibir, era que en pago de la muerte que le había dado, le hiciese aquel bien de cumplir lo que en su testamento dejaba, que era una restitución, y poner una hija suya en estado.

Hubo en esto dares y tomares entre el Marqués y la sombra, según dijeron los testigos. Y confiesa el Marqués, que siendo tan hermoso de rostro, blanco y rójo, como sus hermanos, desde esta noche quedó como está ahora, sin ningún color y quebrantado el mismo rostro. Dice que le vino a hablar otras veces, y que antes que le viese le daba un frío y temblor, que no podía sustentarse. Al fin cumplió lo que le pidió, y nunca más le apareció.

Si fué el mismo espíritu suyo, o del ángel de su guarda, o ángel bueno o malo, dispútenlo los señores teólogos, que para mí bástame el haberlo oído de la boca de un tan gran caba-

llero como el Marqués y D. Enrique su hermano, para tener el caso por más cierto; y que por cosas tan particulares, que importan la salvación de un alma, suele el Señor del cielo y tierra dar licencia para semejantes negocios, que no son estas de las cosas que algunos autores gentiles dicen, de llamar las almas para hacerles preguntas, como hacía Empedocles y Apión Gramático, que llamó la sombra de Homero, y no osó decir lo que había respondido, que éstas eran artes de la nicromancia, de que dicen Cicerón, que fingían cuerpos de aquellos que ya estaban quemados, y les daban alguna forma o figura; porque el espíritu por sí era incapaz de ser visto, que todas eran artes del demonio, y acudía a lo que le pedían como poderoso, permitiéndoselo Dios, que sin esta permisión no podía hacerlo.

Y que el venir de las almas de los muertos con dispensación de Dios, no se puede negar haber sucedido algunas veces; no porque anden vagando por el mundo, que sus lugares tienen señalados o en el cielo, o en el infierno, o en el purgatorio.

Y si he sido prolijo en este cuento, contra mi condición y estilo, es porque cosas tan graves se han de decir con la sencillez y llaneza con que pasaron, sin dorarlo ni desdorarlo. Admiración me ha puesto el caso, dijo el ermitaño, y estoy determinado de apartarme de soledad, que aunque he pasado algún tiempo en ella, no he visto cosa que me perturbe, y aun con todo esto me he retirado de la soledad hacia el poblado, por los temores que pasaba

entre los altos riscos de Sierra Morena; pero dejemos ya esta materia, y volvamos a proseguir lo comenzado; que con la dulzura del estilo y gracia del contarle, se olvidará la melancolía del sueño y de la verdad referida. Luego se fué a Sevilla, donde ahora vive muy recogido.

DESCANSO PRIMERO

Tornando de nuevo a coser o a anudar la conversación pasada, sentámonos al brasero, prosiguiendo mi comenzada relación, porque el ermitaño, hombre de muy buen discurso, me importunó de manera, que se echó de ver que gustaba mucho de oír los trances de mi vida, y mostrando mucha atención, que es lo que da nuevo ánimo a las conversaciones, proseguí lo que la noche antes había dejado por el sueño del ermitaño, y comencélo de muy buena gana, porque de la misma manera que quita el gusto de hablar la descortesía de que algunos ignorantes usan, en atajar lo que un hombre va diciendo, por encajar un disparate que se les ofrece fuera de propósito, así la atención da fuerzas y espíritu al que habla para no cesar en su materia; yerro en que he visto caer a muchas personas, muy reprehensible en quien le tiene, porque arguye poco gusto o mal entendimiento.

El que no quiere oír lo que otro hablar, bien puede apartarse y dar lugar a que oiga quien tiene gusto; que hay algunos de tan extraordinaria condición y natural, que, o por deslucir lo que otro habla, o por no entenderlo, que

es lo más cierto, procuran atajarlo con poca razón y menos cortesía. El premio del que dice bien, es la atención que se le presta, y aunque no sea muy limitado, es gran descortesía no dar aplauso a lo que dice, que, al fin, procura que parezca bien y dice lo mejor que puede y sabe.

Hay un género de gentes que hablan con intercadencia, careciendo de hebra y caudal para la materia que se trata; que después de haberles respondido, aunque se haya mudado el primer motivo, acuden con lo que se les ofrece fuera de la intención que se lleva; éste es un disparate y una inadvertencia que hace muy odioso al que la usa, y de quien se debe huir la conversación, porque son estorbo al que habla y a los que oyen; y cuando va con malicia de desdorar al que dice, que todo esto puede la envidia, es una malicia sin disculpa y merecedora de cualquier mala correspondencia, que no se halla sino en hombres de poca sustancia, así en ingenio como en letras. Y extiéndese a tanto, que aun en los libros que se imprimen no rehuye la infame y mal nacida envidia de usar de libertades muy conocidas.

Los libros que se han de dar a la estampa, han de llevar doctrina y gusto que enseñen y deleiten, y los que no tienen talento para esto, ya que no lo alcanzan, no se deslicen a echar pullas, con ofensa de los hombres de opinión, o no escriban; que no ha de ser todo danza de espadas, que después de hechas no queda fruto ni memoria de cosa que se pegue al alma.

Han de llevar los libros que se dan a la estampa mucha pureza y castidad de lenguaje; pureza en la elección de las palabras y honestidad de conceptos, y castidad en no mezclar bastardías que salen de la materia, como maledicencias o desestimación de lo que otros hacen, especialmente cuando son contra quien sabe decir, y sabe qué decir; y tan mal dichas, que van señaladas con el dedo, con que descubren su ignorancia y desacreditan sus escritos y manifiestan su envidia, y declaran su malicia.

Tornando a la materia del hablar, digo que en las conversaciones hace de dar lugar a que hable el que habla, y él ha de ser tan remirado, que no se derrame, ni divierta, ni quiera hablárselo todo, que ha de dar lugar a la respuesta. Yo, como iba historiando mi vida, no advertí que podría el ermitaño cansarse de oírme hablar tan diversamente; pero sucedióme bien, que no solamente no se cansó, pero tornó a importunarme que prosiguiese en mi principal intento, que para eso me lo había rogado al principio, y tornando a hablar con él, proseguí diciendo.

DESCANSO II

Luego que por el pronóstico y significación de aquel cometa, o por lo que la Majestad de Dios sabe y fué servido, murió el Rey Don Sebastián de Portugal, en aquella tan memorable batalla, donde se hallaron tres Reyes, y murieron todos tres, como sucedió al cardenal don Enrique, tío de Felipe II, y lo llamó a la

sucesión del Reino toda Castilla y Andalucía, se movió a ir sirviendo a su Rey con el amor y obediencia que siempre España ha tenido a sus legítimos Reyes.

Víneme de Valladolid a Madrid, y siguiendo la variedad de mi condición y la opinión de todos, fuíme a Sevilla con intención de pasar a Italia, ya que no pudiese llegar a tiempo de embarcarme para Africa. Estuve gozando de la grandeza de aquella ciudad, llena de mil excelencias, tesorera y repartidora de la inmensa riqueza que envía el mar océano, sin la que deja para sí en sus profundas arenas escondida para siempre.

Sosegadas, o, por mejor decir, reducidas a mejor forma las cosas de Portugal, quedéme en Sevilla por algún tiempo, donde entre muchas cosas que me sucedieron, fué una dar en la valentía; que había entonces, y aun creo que ahora hay, una especie de gentes que, ni parecen cristianos, ni moros, ni gentiles; sino su religión es adorar en la diosa valentía, porque les parece que estando en esta cofradía, los tendrán y respetarán por valientes, no cuanto a serlo, sino cuanto a parecerlo.

Sucedióme, pasando por la calle de Génova, topar con uno de éstos, encontrándome con él, de suerte que por pasar yo por lo limpio le hice pasar por el lodo; volvióse a mí, y con gran superioridad me dijo: Señor marquesote, ¿no mira cómo va? Yo le dije: Perdone vuesa merced, que no lo hacía a sabiendas. El replicó: Pues si lo hiciera a sabiendas, ¿no había de estar ya amortajado? Yo no llevaba espa-

da, que iba como estudiante, profesión de que siempre hémepreciado, y así usé de toda la humildad posible, y él de toda la soberbia que tienen los de su profesión. Díjele: No fué tan grave el delito, que merezca tan gran castigo como ese. Díjome entonces: No debe de saber el morlaco con quien se ha encontrado; pues estése quedo, que no quiero darle más castigo de ponerle cuarenta dedos en los carrillos, que por mi cuenta venían a ser ocho bofetadas. Esperéle, y viniendo alzadas las manos para ejecutar el castigo, usé de una treta que siempre me ha salido bien.

Y fué que, como venía tan atento a su negocio, yo hice el mío; y asiéndole la espada por la guarnición, con toda la presteza posible se la saqué de la vaina, con el mismo movimiento le puse los cinco dedos en la cara, y con la guarnición le herí en el carrillo izquierdo.

El, que se vió desarmado, dió a correr hacia gradas, y unos jubeteros comenzaron a decir: Víctor, Víctor al escolar; pero dijéronme: Váyase de aquí, que éste va a llamar retraídos, y volverán presto. Fuíme hacia San Francisco, y el bellacón entró muy descolorido, sin espada, en el corral de los naranjos, la capa arrastrando, la cara llena de sangre, y preguntándole qué había sido, respondió que lo cercaron treinta hombres, y abrazándose con él, le sacaron la espada, y habiéndole herido, a bocados se libró de ellos, y le había sacado las narices a uno de ellos de un bocado, y que iba por una espada y rodela para hacerlos pedazos a todos.

Acudieron a donde había pasado el ruido, y todos los oficiales hablaron en favor mío, a lo cual dijo uno que iba entre ellos, hombre de menos que mediana estatura, zurdo y dobladillo de cuerpo, a quien todos pareció que respetaban: Bien está, ese hombrecillo debe de tener buen hígado, y, así, es menester hacerlos amigos, porque el herido lo es de todos los honrados de la cofradía, y antes de dos horas estará con los muchos si lo saben; llamen a ese pobrete.

Llamáronme unos oficiales, y trajeron al otro, que para que quisiese ser amigo, fué menester llevarlos todos a la taberna de Pinto y gastar una hanega de lo de Cazalla; todos a una voz dijeron: Buen hijo es; bien merece entrar en la cofradía.

DESCANSO III

Pasado esto, como el bellacón quedó mal contento, buscó traza cómo vengarse, y hallóla muy buena. Como yo entré nuevo y tenía poca experiencia de las cosas de Sevilla, recatéme poco, que en las repúblicas tan grandes es menester entrar con tiento, y el que no tiene conocimiento ni experiencia de ellas, hase de valer de quien tenga para no hallarse atajado. Púseme espada, y en las obligaciones que se pone quien la ciñe, que con el desvanecimiento de la valentía y con haber dado en poeta y músico, que cualquiera de las tres bastaba para derribar otro juicio mejor que el mío, comencé a alear más de lo que me estaba, y a

tenerme por paseante y gran ventanero, y enamorar cuantas encontraba; de manera, que no había portugués más azucarado que yo, por donde halló mi contrario flaqueza en mí con la de una dama de buen talle, en cuya casa él entraba y era señor absoluto.

Andando yo en la brama entre aquellos árboles de la alameda, sentíme llamar de una cierva, y acudiendo al bramido, me dijo: ¿Es posible, señor galán, que tan al descuido viva vuesarcé, que no ha echado de ver que le miran con más cuidado que el ordinario? Miréle el rostro y talle, y aunque le tenía extremado de bueno, con todo lo creí, porque yo estaba tan desvanecido, que por este camino creyera cualquier favor que se me diera. Prosiguió diciendo: ¡Que haya venido yo a tiempo que no mire la calidad de mi persona ni autoridad de mi marido! ¡Oh, mal hayan los ojos que no se recatan, y mal hayan los pies que salen de los umbrales de su casa para ver sus desdichas! ¡Que haya entregado mi libertad a quien no se la estimará! ¡Que mire yo a quien ni me conoce ni conozco, y que haya de rogar a quien jamás admitió ruegos de nadie! Más quiero morir que no rendirme a quien quizá se reirá y despreciará mis prendas. Y con esto fingió unas lágrimas tan tiernas, que me sacó de juicio. Y en habiendo hecho su embeleco, me dejó y volvió las espaldas, con grandísimo donaire y garbo.

Yo quedé helado y abrasado de su presteza en irse y de sus palabras en rendirme. La criada me dijo: Buena tiene vuesa merced a mi

señora, que estas eran sus melancolías; de aquí nacen sus malas condiciones, que no hay quien en casa se averigüe con ella. Sígalala vuesa merced, y recátese no le vea su marido, que es un caballero muy principal y no poco celoso, aunque jamás ha visto en mi señora ocasión para serlo.

Seguía espantado, y contento de parecerme que merecería yo mucho; estimándome interiormente en harto más de lo que fuera razón. Entré en su casa, que era en una calle angosta que iba a dar a la calle de las Armas, y luego me favoreció haciendo ventana; y advirtiéndome que no diese muchos bordos, que ella me avisaría de lo que había de hacer.

Anduve algunos días en pretensión, pareciendo que por su estimación no quería rendirse luego. ¡Oh engaños del mundo, y qué fácilmente cree un hombre las cosas que van encaminadas a su gusto y provecho! Si mirásemos y tanteásemos lo que mira a nuestro bien, como lo que mira a nuestro mal, no caeríamos en tantos daños y desventuras como suceden. En la apariencia del gusto nos arrojamos con la esperanza del bien, y en el mal no nos recatamos, siendo tan peligroso o dudoso el fin de lo uno como de lo otro. Más seguros vamos por el camino del daño que yertos por el del provecho; porque lo uno nos pone en recato, y lo otro en descuido. En el uno puede haber engaño, y en el otro está el desengaño claro, como me sucedió, que creyendo el engaño de aquella mujer, me vi en grande peligro. ¿Pero a quién no engañará un rostro hermoso y

un talle gallardo con palabras dulces y ojos bachilleres?

Al fin yo perseveré, hasta que me envió a decir con un papel amorosísimo que me llegase allá aquella noche. Púseme lo más galán que pude, cogí mi espada y una linterna grande, que podía servir de broquel, y fuíme derecho a su casa, sin considerar otra cosa más que obedecer al gusto; hallé la puerta y sus brazos abiertos, recibíome con todas las caricias que yo podía desear de actos exteriores y sencillos y palabras dobladas; cerró la puerta, y luego al punto llamaron a ella. Ella, sin preguntar quién llamaba, dijo: Amigo, mi marido llama; entráos en esta bodeguilla, que luego se tornará a ir.

Entréme con mi linterna encendida. Cerraron la puerta de la bodeguilla con cerrojo, y dejáronme muy bien cerrado. El aposentillo estaba casi todo lleno de sarmientos y chamiiza seca; había un pozo, que respondía a lo alto, con su cubo colgado; púseme a escuchar lo que hablaban, porque de haber cerrado la puerta sospeché no bien; preguntóle la señora al marido fingido: Ya tengo cerrado a ese hombre, ¿qué se ha de hacer? El respondió, aunque paso, en voz que le pude conocer que era mi contrario: Abrasarlo o ahogarlo en el pozo, que éste es el que me sacó la espada de la vaina. Luego se me representó la traza para salir salvo de su cautela; que el peligro, descubridor de grandes secretos, y el temor de la muerte levanta la imaginación a cosas nunca pensadas; tapé con una tabla el brocal del pozo, y de

aquella chamiza y sarmientos secos llevé cantidad a la puerta de la bodeguilla, y con la linterna, que aun no había apagado, encendílos.

La puertecilla estaba tan seca, que comenzó a arder con la ayuda de la leña, saliendo muchas llamaradas de la chamiza por debajo de la puerta; metíme en el cubo del pozo, y asíme a la sogá muy bien, que como estaba tapado el pozo iba seguro yo. Comenzó toda la gente a dar voces: Fuego, fuego, agua, saquen agua del pozo: tiraron de la sogá para sacar agua, y como pesaba el cubo demasíadamente, por estar yo dentro, llegáronse muchos vecinos a tirar de la sogá, y tanto y con tanta fuerza tiraron, que al fin me subieron arriba. Asíme muy bien al brocal del pozo; yo debía de estar con el rostro pálido de la turbación, y con esto y hacerles un gesto de abominable demonio, desmayaron todos, diciendo que era un diablo lo que sacaron del pozo.

Acabé de salir, y escabullíme entre la gente lo mejor que pude, y pude muy bien, porque como estaban turbados no me echaron de ver, dejándoles la casa encendida, y llevando mi persona libre, que vine a hallar la vida donde era tan fácil el perderla como en un pozo, y encerrado en tanta estrechez, como en una bodeguilla llena de curianas.

DESCANSO IV

Mi enemigo tomó, para vengarse de mí, por instrumento una mujer hermosa, que al fin todos tienen fuerza natural para mover corazo-

nes tan bien como criaturas con afición y lágrimas; pero, como nacieron para llorar, saben enternecer. Maldiga Dios sus determinaciones, que tan resueltas son para ejecutar cuanto se les pone en la testa, que por el mismo caso que no lo pueden por la fuerza, lo hacen con astucia y embeleco. Tienen tan grande fuerza en decir lo que quieren, y nosotros tanta flaqueza en creerlas, que parece que para eso sólo nacimos. Muchas he visto de muy justificada vida, pero aun en éstas he hallado desigualdad de condiciones, y conocido algunas muy honradas de sus personas, que lo son por sólo decir mal de las que tienen alguna flaqueza. Y en resolución, pocas hay que se escapen de algún azar.

Libréme del daño que pudiera suceder, o en que ya me ví; pero no de las manos de un alguacil que se había llegado al ruido, y como me vió ir corriendo, asíóme; mas yo, con mucha presteza, le dije: ¿Qué hace vuesa merced? ¿Quiere que muramos ambos a las manos de ese demonio que está en esta casa? Huya y póngase en salvo, que viene matando a cuantos encuentra. El me soltó y dió a correr, porque como había oído decir el demonio del pozo, como yo se lo afirmé, se confirmó de ello. Yo no paré hasta llegar a tomar descanso a la sombra de dos amigos, Hércules y César, que están en dos altísimas columnas, a la entrada de la alameda que hizo aquel gran caballero D. Francisco Zapata, conde de Barajas, que tantas deshizo en Sevilla. Pero no acabaron aquí las de aquella noche, que estando descansando sentí a las espaldas de la calle de la Gar-

bancera, en un malvar muy alto que allí se hace, un ruido muy grande, moviéndose las malvas sin ver quién las movía, que por ser de noche y estar solo en el lugar muy sujeto a melancolía, me causó alguna; mas llegándome cerca con la espada desenvainada, no vi cosa sino el movimiento de las malvas, y algún ruido entre unas piedras que había en el malvar, hasta que salieron fuera luchando una culebra y un gato: la culebra procurando ceñir al gato por el cuerpo, y el gato puesto sobre los pies e hiriendo a la culebra con las uñas por entre las conchuelas, que duró algún espacio; pero la culebra, no pudiendo resistir las uñas del gato, se tornó a sus malvas, y el gato, como diestro, dando un salto le cogió la delantera, y con el mismo movimiento, mascándole la cabeza, retiróse antes que la culebra le diese con todo el cuerpo; y lo hiciera si no se retirara, porque con el golpe dió en unas piedras con la parte del lomo, a donde tiene la fuerza, de que no pudo más moverse, y llegando el gato la acabó de matar.

Dióme que considerar la destreza del gato, viendo cuán cierta tiene la herida más que los demás animales, por donde yo fuí aficionado desde allí a los gatos, habiendo sido siempre enemigo de ellos, porque aunque no tienen tanto conocimiento ni amor como los perros, son de gran seguridad contra las sabandijas que se aparecen en las casas. Yo me fuí a reposar aquella noche, admirado y corrido del doblez que tanta pesadumbre usó conmigo aquella mi enamorada que lo sea del diablo, y no del que

salió del pozo; que la apacibilidad que promete el rostro de una mujer hermosa sea capaz de tan pesado engaño, y que con tanta facilidad se rinda a un mal consejo, es cosa que aun no acabo de creerla. Que se apiade un hombre a unas lágrimas de una mujer, es mucha noblez; pero que ella los finja por mal fin, parece abominación. Rendirse a la hermosura es cosa natural; pero rendirse la hermosura al engaño es contra razón, y aun contra naturaleza. Y un ánimo como el del hombre, que hace cara a un ejército entero, se rinda a una mujer, que huye de un ratón, es cosa que espanta. Dios me libre de sus revueltas y me guarde de sus dobleces, que aun sin gusto suelen tenerlos, por dar a entender que son queridas y desdeñosas, que las aman y que no las estiman, que las regalan y que ellas hacen burla de quien las sirve.

DESCANSO V

Yo no quedé tan seguro de lo pasado que no me fuera necesario vivir con mucho cuidado de las tretas de aquel valiente, porque si antes estaba sentido del despojo de la tajante hoja, después lo estuvo de haber salido tan a su costa la burla que pensó hacerme. Yo, para más seguridad mía, acudí a favorecerme de la casa de un gran caballero que está junto a *Omnium Sanctorum*, en la feria, que en todas mis travesuras y sucesos me fué amparo y refugio.

Envióme a desafiar al valiente con un va-

liente amigo suyo. Estando yo en la dicha casa del señor marqués de Algaba, D. Luis de Guzmán y sus criados, que tenían muchos y muy honrados, me quitaron de la obligación, por ser mis amigos, que por la descortesía de haber perdido el respeto a la casa le enviaron a la suya sin narices, dejando la espada, broquel y daga para merienda de los mozos de cocina.

Hizo de manera el malsín, mal fin le dé su suerte, que vino a ser un alcalde de la justicia, grande enemigo mío, si estaba engañado Dios lo sabe, que yo había pegado fuego a la casa de su dayfa, que por andar celoso injustamente de mí por momentos me llevaba preso, y aunque yo procuré siempre vencerle en cortesía y quitarle la ocasión que lo traía con pecho vengativo, como debía de tener el ánimo poco noble, no hacía caso del buen término y humildad de que yo usaba con él, que los ánimos poco levantados, en viéndose superiores a su enemigo, procuran vengarse como pueden, sin mirar si le sestá bien o mal. Mas los valerosos ánimos, con ser señores de la venganza, tienen por grandeza no hacer caso de ella.

Este que digo, en viendo que pudo satisfacer a su bárbaro apetito, con la relación que le dió mi enemigo, luego puso por obra la ejecución de sus malas entrañas, haciendo corchete y explorador a la misma parte, que tuvo harto cuidado de seguirme los pasos, de modo que yo lo vine a saber por medio de amigos suyos y míos. Sabido esto, que el alcalde de la justicia habiendo incriminado el delito, diciendo que era incendiario, como hombre que

no tenía más que una oreja, y ésa inficionada, no admitió advertencia ni consejo que se le daba.

Dijo que me había de sacar de la iglesia, en cualquiera que me hallase, porque el delito de incendiario era muy grave. No lo hiciera el que ahora está en el mismo oficio, que es justísimo juez, cristiano y discreto, y de gran consideración en cuanto dice y hace; no precipitado, ni arrojadizo, sino muy templado y considerado en todas sus acciones, Justino de Chaves, que hay algunos jueces, aunque pocos, que no quieren dejar delito para el tribunal de Dios, que parece que los elige el demonio para hacer por manos de ellos lo que no puede por las suyas, que se las tiene Dios atadas. En sabiendo que este juez andaba conmigo tan tirano, mudéme de traje, con un vestido viejo y malo, para andar disfrazado: yo le traía junto a su persona una espía que me avisase de todo, porque yo no me apartaba de *Omnium Sanctorum*, donde el sacristán era mi amigo, con quien había tratado lo que había de hacer si viniese a sacarme.

Vino a avisarme de esto el amigo, y que para esta empresa traía consigo al Toledanillo, corchete endiablado, y yo juré que le había de hacer una burla, que me había de llevar a cuestras a mi casa. Luego pareció venir con tanta prisa, que por poco no pudiera ejecutar mi traza. Di al sacristán capa, ropilla y espada, quedándome en jubón viejo y sucio, y atándome a la cabeza un lienzo muy roto y ensangrentado écheme entre unos pobres muy

asquerosos que estaban a la puerta pidiendo limosna: llegó muy furioso a buscarme en la iglesia; el sacristán cerró la iglesia antes que llegase, y juró, y con verdad, que no había en toda ella retraído, ni otra gente, sino aquellos pobres que a nadie dejaban oír misa, y que si quería sacar algún retraído él se lo daría en las manos, echándolos de allí.

Luego él comenzó a echarlos, diciéndoles: Vosotros algunos delincuentazos debéis de ser. Y a mí, porque dijo el sacristán que estaba tullido y que no podía menearme, le dijo al Toledanillo que me llevase de allí, habiéndole dicho el sacristán que yo tenía mucho dinero de que se podía aprovechar, con que le puso codicia de llevarme a cuestras. Mientras que su amo andaba revolviendo los altares y coro, y esteras de la sacristía, yo le iba diciendo: En verdad, señor, que me huelgo de que no entrádeses allá, porque aquel hombre que van a sacar tiene jurado de mataros, que sabiendo que sois muy hombre, él lo es tanto que tiene ya dos corchetes en sal, y lo mismo hará de vos si os coge. Bien voy aquí de esa manera, dijo el Toledanillo; y yo: Daos prisa, antes que envíe por vos el teniente; y él lo hizo de muy buena gana, porque esta gente, o porque no les va nada en ello, o porque quieren guardar su vida, huyen de semejantes peligros.

El amo, como no halló la presa que buscaba, y porque el sacristán le dijo que se la daría pacíficamente, no llamó al Toledanillo. El me llevó paseando por toda la alameda y el barrio del Duque, hasta la calle de San Eloy, donde

era mi posada; yo animábale diciéndole que, fuera de que se la había de pagar muy bien, hacía una obra de misericordia. Venían dos conocidos míos tras él pereciendo de risa, y él no osaba preguntarles de qué se reían, hasta que llegando adonde le pareció que ya estaba fuera de peligro preguntóles: ¿De qué se ríen voarcedes? Ellos le respondieron, sonriendo: De la carga que lleváis, que es el que íbades a sacar de la iglesia. El, sobresaltado, soltóme luego en el suelo, y yo, encarándome a él, le dije: Pues qué, ¿pensaba el ladrón que había de cogerme el dinero? Agradezca que no le visité las tripas por el pescuezo cuando me traía a cuestras hecho San Cristóbal.

En este tiempo andaba el señor juez riñendo con el sacristán por que le diese el retraído. El dijo: Yo ya cumplí mi palabra con dárselo al Toledanillo, que lo llevó a cuestras. Riéronse tanto los circunstantes con la burla hecha al Toledanillo, por ser tan bravo corchete, que se olvidó el enojo del juez por lo que alcanzaba de la burla viendo la que se había hecho a su corchete; y él, por no dar a entender su corrimiento, disimuló, por la parte que le tocaba.

Esto es para que los ministros de justicia entiendan que ni todo ha de suceder como ellos quieren, ni los delincuentes lo han de remitir todo a las manos, como suelen en Sevilla, ni hacer resistencias; que si una vez sucede bien, treinta les sucede mal. Los jueces nunca pierden el respeto a los templos, porque les sucede lo que a los perros que andan buscando la vida,

que si muchas veces comen, algunos los vienen a coger entre puertas. Debe proceder el juez con los delincuentes de manera que no parezca que la justicia y venganza se conforman para un fin, que se ha de averiguar las verdades oyendo ambas partes, ni ha de creer que uno es malo porque se lo diga quien no es bueno. Juez apasionado no lo ha de ser en su negocio propio, porque la pasión hace mayores los delitos del enemigo.

Como es dificultoso juzgar por malo aquello que nos deleita, así es imposible juzgar por bueno lo que aborrecemos: que mal podrá guardar la autoridad de la ley quien quiere hacerla de su condición en odio o en amor. Muy confuso se halla un juez cuando le apelan la sentencia que dió con pasión, no siendo ya señor de ella. Los delincuentes han de usar de todos los medios humanos y divinos antes que hacer una resistencia, y quien la hace en confianza del favor que tiene, merece que le falte cuando lo ha menester, como sucede. No puede haber causa, si no es por salvar la vida, que obligue a un hombre a tan bárbaro delito, que no se halla sino en hombres desconfiados de la vida y honra.

La humildad con los ministros de justicia arguye valor y ánimo noble, en que consiste el fundamento de la paz y concordia. Y si a los tales que se persuade a que son poderosos para cuanto quieren los tratamos con soberbia, ¿cómo podremos conservarnos en ellos? Huir de ellos cuando nos siguen, no es falta de ánimo, sino reconocimiento de superioridad; y el

que de ellos es bien considerado huélgase de ver que el delincuente le tiene respeto en huir o en retrasarse, sin querer perseguirle ni apretarle más de lo que es justicia y razón. Yo no pude hacer buen amigo de este hombre, y así me determiné, por no resistirme ni huir, de hacerle esta burla, que se tuvo por acertada, tanto como reída, con que él me dejó y el otro se sosegó en perseguirme.

Yo, para aquietarme de todo, determiné de arrimarme a algún favor poderoso en cuya sombra pudiera descansar. Andaba entonces en Sevilla un gran príncipe, de gallardísimo talle, muy gentil hombre de cuerpo, hermoso de rostro, con gran mansedumbre de condición y consumada bondad, más de ángel que de hombre, amiguísimo de hacer bien, amado y admirado en aquella república, por estas y otras muchas partes que en su persona resplandecían: sobrino del arzobispo que entonces era en Sevilla, que era el marqués de Denia.

Yo me determiné a buscar modo cómo entrar en la gracia de este príncipe, y comunicándolo con cierto amigo le dije: No es posible, sino que este gran señor me ha de recibir en su favor y gracia. ¿En qué lo echáis de ver?, dijo mi amigo. Y respondí yo: En que yo le soy grandemente apasionado y perpetuo historiador de sus admirables virtudes; y no es posible sino que la constelación que me obliga a este excesivo amor a él le incline a serme agradecido. Sucedióme como me lo tenía imaginado, porque estando en el corral de los naranjos, y pasando por allí este gran príncipe,

me determiné a hablarle lo más cortésmente que yo pude y supe.

Paró el coche, y oyóme con entrañas piadosísimas, haciéndome la merced que yo deseaba y mandándome que le viese. Recibido en su gracia, no me sucedió cosa mal en Sevilla, ni mis émulos tuvieron brío ni atrevimiento más contra mí; que el favor de los príncipes y grandes señores es poderoso para vivir con quietud en la república quien quiere ampararse de su valor y reclinarse a su sombra. Y es cordura el hacerlo, aunque no sea más de por imitar sus nativas costumbres, que exceden con ventaja a las de la gente ordinaria; que como en las plantas, las más bien cultivadas dan mejor y más abundante fruto, así entre los hombres, los más bien instruidos dan mayor y más claro ejemplo de la vida y costumbres, como son los príncipes y señores, criados desde su niñez en costumbres loables, no derramados entre la ignorancia del libre vulgo; que entre los caballeros está y se usa la verdadera cortesía: de ellos se aprende el buen trato y la crianza con lo que se debe dar a cada uno; en ellos se halla la discreta disimulación y paciencia, y cuando ha lugar el perderla, que como tratan siempre con gente que sabe, todos saben. Los que huyen el trato de los caballeros no pueden entrars e en la verdadera nobleza, que consiste en la práctica y no en la teórica, y con ella se aprende el respeto que se les ha de tener para tratar con la nobleza ignorada de todo el vulgo.

DESCANSO VI

Estuve en Sevilla algún tiempo, viviendo de noche y de día inquieto con pependencias y enemistades, efectos de la ociosidad, raíz de los vicios y sepulcro de las virtudes. Torné a mí, y halléme atrás de lo que había profesado, que en la ociosidad no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durísimo hábito para volver a ello. El que pierde caminando la verdadera senda, cuanto más se aleja, tanto más dificultosamente vuelve a cobrarla; el que hace costumbre en la ociosidad, tarde o nunca olvida los resabios que de ella se siguen.

En cuatro cosas gasta la vida el ocioso: en dormir sin tiempo, en comer sin razón, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llórame el corazón gotas de sangre cuando veo prendas de valerosos capitanes y de doctísimos varones rendidas a un vicio tan poltrón como la ociosidad: quéjase el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha del que con gran diligencia ha vencido la fuerza de su fortuna; tiene envidia de lo que él pudiera haber granjeado con ella. El ocioso ni come con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo, que la flojedad viene a ser verdugo y azote del alejamiento y pereza del ocioso.

Determiné de apartarme de este vicio poltrón que en Sevilla me arrastraba, y para esto tuve modo de pasar a Italia en servicio del duque de Medina-Sidonia, que en un galeón aragonés enviaba mucha parte de sus criados a Milán.

Alcanzada esta buena gracia, detúveme en Sevilla hasta que fué tiempo de partir. En este espacio vinieron algunos portugueses de los que en Africa se habían hallado en aquel desdichado conflicto del Rey Sebastián, muchos de los cuales rescató Felipe II. Trabé amistad con algunos de ellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonísimos ratos.

Estaba un caballero portugués, amigo mío, haciéndose la barba con un mal oficial, que con mala mano y peor navaja le rapaba, de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugués y le dijo: Señor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente; mais si rapades, rapades muito mal.

Estando un amigo mío y yo a la puerta de una iglesia, que se llama *Omnium Sanctorum*, pasó un caballero portugués con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos a la castellana, y quitándose la gorra a la iglesia quitámosela nosotros a él, usando de cortesía. Volvió como afrentado, y me dijo: Ollai, senhor castillano, no vos tirei a vos a barreta, se naon a o Santísimo Sacramento: Dije yo: Pues yo se la quité a yuesa merced. Compungido de esta respuesta, dijo el portugués: Ainda vos a tirei a vos, senhor castillano.

Venía por la calle del Atambor un portugués con un castellano, y como el portugués iba enamorando las ventanas, no vió un hoyo donde metió los pies y se tendió de bruces. Dijo el castellano: Dios te ayude; y respondió el portugués: Ja naon pode.

Estando jugando tres castellanos con un portugués, a las primeras los engañó agudísimamente, que habiéndole dado después de quinoleada la baraja cincuenta y cinco, dijo con desprecio del naipe entre sí, como le pudiesen oír: Os años de Mafoma. Los demás, que estaban bien puestos y lo vieron pasar, embidaron su resto: él quiso, y echando el uno cincuenta y los demás lo que tenían, arrojó el portugués sus cincuenta y cinco puntos, y arrebatóles el resto; dijo el uno de ellos: ¿Cómo dijo vuesa merced que tenía los de Mahoma, que son cuarenta y ocho años, si tenía cincuenta y cinco? Respondió el portugués: Eu cudei que Mafoma era mais vello (Yo pensé que Mahoma era más viejo).

Otros excelentísimos cuentos y agudezas pudiera traer, que por evitar prolijidad los dejo. Vino en este tiempo una grandísima peste en Sevilla, y mandóse por materia de Estado que en este espacio vinieran algunos portugueses que matasen todos los perros y gatos, por que no llevasen el daño de una casa a otra. Yo, procurando asentar mi vida, fuíme a Sanlúcar a casa del duque de Medina-Sidonia, y navegando por el río fué tanta la abundancia de gatos y perros que había ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas veces fué necesario detener el barco o echarlo por otra parte.

DESCANSO VII

Embarcámonos en Sanlúcar, no con mucho tiempo. Pasamos a vista de Gibraltar por el

Estrecho, que lo era tanto por alguna parte, que con la mano parecía poderse alcanzar la una y otra parte. Vimos el Calpe, tan memorable por la antigüedad, y más memorable por el hachero o atalaya que entonces tenía, y muchos años después de tan increíble y perspicaz visita, que en todo el tiempo que él tuvo aquel oficio, la costa de Andalucía no ha recibido daño de las fronteras de Tetuán, porque en armando las galeotas en Africa, las veía desde el Peñón y avisaba con los hachos o humadas.

Yo soy testigo que, estando una vez en el Peñón algunos caballeros de Ronda y de Gibraltar, dijo Martín López, que así se llamaba el hachero: Mañana al anochecer habrá rebato, porque se están armando galeotas en el río de Tetuán, que son más de veinte leguas, y yo creo que por mucho que se encarezcan las cosas que hizo con la vista de Lince, que fué hombre y no animal, como algunos piensan, no sobrepujaron a las de Martín López; realmente lo temían más los corsarios que al socorro que contra ellos venía.

Quiero, de paso, declarar una opinión que anda derramada entre la gente, poco aficionada a leer y engañada en pensar que lo que llaman columnas de Hércules sean algunas que él mismo puso en el Estrecho de Gibraltar. Con otro mayor deslumbramiento, que dicen ser las que mandó poner en la Alameda de Sevilla don Francisco Zapata, primer conde de Barajas, pero la verdad es que estas dos columnas son, la una, el Peñón de Gibraltar, tal alto, que se

disminuyen a la vista los bajeles de alto bordo que pasan por allí. La otra columna es otro cerro muy alto, en Africa, correspondientes el uno al otro. Dícelo así Pomponio Mela *de Situ orbis*.

Volviendo al propósito, digo que pasamos a la vista de Marbella, Málaga, Cartagena y Alicante, hasta que engolfándonos llegamos a las islas Baleares, donde no fuimos recibidos por la ruin fama que había de peste en Poniente; de manera que desde Mallorca nos asestaron tres o cuatro piezas. Faltónos viento, y anduvimos dando bordos en aquella costa, hasta que vimos encender quince hachas, que nos pusieron en mucho cuidado, porque como en Argel se cundió la fama de la riqueza que llevaba el galeón de un tan grande príncipe salieron en corso quince galeotas a buscarnos, que hicieron mucho daño a toda la costa, y lo pudieran hacer en nosotros si el viento les favoreciera, permitiéndolo Dios.

Con el aviso que nos dieron de las atalayas, engolfámonos, fortificando las obras muertas y las demás partes que tenían necesidad, con sacas de lana y otras cosas que para el propósito se llevaron. Repartiéronse los lugares y puestos como les pareció a los capitanes y soldados viejos que el galeón llevaba. Puesto en orden aguardamos las galeotas, que ya se venían descubriendo con el suyo de media luna, que como al galeón le faltaba el viento y ellos venían valerosamente batiendo los remos, llegaron tan cerca, que nos podíamos cañonear.

Estando ya con determinación de morir o

echarlos a fondo, disparó nuestro galeón dos piezas tan venturosas, que desapareció una de las quince galeotas, y en el mismo punto nos vino un viento de popa tan desatado, que en un instante las perdimos de vista. Esforzóse el viento tan demasiadamente, que nos quebró el árbol de la mesana, rompiendo las velas y jarcias de los demás con tanta furia, que nos puso, en menos de doce horas, sobre la ciudad Frigus, en Francia; y sobreviniendo otro viento contrario por proa anduvimos perdidos, volviendo hacia atrás con la misma priesa que habíamos caminado. El galón era muy gran velero y fuerte, bastante para no perdersnos, y con sólo el trinquete de proa pudimos vandearnos, con la gran fortaleza del galeón.

Y al tercer día de la borrasca comenzó la popa a desencajarse y a crujir, a modo de persona que se queja. Con esto comenzaron a desmayar los marineros, determinados de dejarnos y entrarse de secreto en el barcón que venía amarrado a la popa. Pero, siendo sentidos de los soldados, que no venían mareados, se lo estorbaron.

Viendo el peligro, todos determinamos de confesarnos y encomendarnos a Dios; pero, llegando a hacerlo con dos frailes que venían en el galeón, estaban tan mareados, que nos daban con el vómito en las barbas y pecho, y como las ondas inclinaban el navío a una parte y a otra, caían los de una banda sobre los de la otra, y luego aquéllos sobre éstos.

Andaba una mona saltando de jarcia en jarcia y de árbol en árbol, hablando con su len-

guaje, hasta que, pasando una furiosísima ola por encima del navío, se la llevó y nos dejó a todos bien refrescados. Anduvo la pobre mona pidiendo socorro muy grande rato sobre el agua, que al fin se la tragó. Llevaban los marineros un papagayo muy enjaulado en la gavia, que iba diciendo siempre: ¿Cómo estás, loro?; como cautivo. perro, perro, perro; que nunca con más verdad lo dijo que entonces.

Apartónos Dios de resulta segunda vez junto a Mallorca, a una isleta que llaman La Cabrera, y al volver de una punta, yendo ya un poco consolados, nos arrojaron unas montañas de agua otra vez en alta mar, donde tornamos de nuevo a padecer la misma tormenta. Algunos de los marineros cargaron demasadamente y echáronse junto al fogón del navío por sosegar un poco; sopló tan recio el viento, que les echó fuego encima, que tenían muy guardado, que a unos se les entró en la carne y a otros les abrasó las barbas y rostro, quitándoles el sueño y adormecimiento del vino.

Yo me vi en peligro de morir, porque el tiempo que quebró el árbol de la mesana, por temor del viento habíamos atado mis camaradas y yo el transportín al árbol, y cuando se quebró arrojó el transportín en alto, y a cada uno por su parte. Yo quedé asido al borde del galeón, colgado de las manos por la parte de afuera, y si no me socorrieran presto, me fuera al profundo del agua; y si se rompiera cuatro dedos más abajo, con la cox nos echara hasta las nubes. Mareáronse los marineros, o la mayor parte de ellos.

Estábamos sin gobierno, aunque venía entre ellos un contra maestre muy alentado, con una barbaza que le llegaba hasta la cinta, de que se preciaba mucho, y subiendo por las jarcias hacia la gavia, a poner en cobro su papagayo, con la fuerza del viento se le desnudó la barbaza, que llevaba cogida, y asiéndose a un cordel de aquellos de las jarcias, quedó colgado de ella como Absalón de los cabellos. Pero asiéndose, como gran marinero, al entena, lo sumergió tres veces por un lado por la mitad del navío, y peticiera si otro marinero no subiera por las mismas jarcias y le cortara la barbaza, que dejándola anudada donde se había asido, y ayudándole, bajó vivo, aunque muy corrido de verse sin su barba. Tornamos a proejar lo mejor que fué posible, quejándose siempre la popa, y al fin tomamos el puerto de La Cabrera, isleta despoblada, sin habitantes, ni comunicada, si no es de Mallorca cuando traen mantenimientos para cuatro o cinco personas que guardan aquel castillo fuerte y alto, más porque no ocupen aquella isla los turcos que por la necesidad que hay de él.

Había estado mareado todo este tiempo el mayordomo o contador que gobernaba los criados del duque, y volviendo en sí fué luego a visitar lo que tenía a su cargo, y hallando de menos ciertos pilones de azúcar, como no parecieron, dijo: Yo sabré presto quién los comió, si están comidos; y fué así, porque el día siguiente comenzaron a dar a la banda todos, que no se daban mano a vaciar lo que habían henchido, que como habían metido tan

abundantemente del azúcar, les corrompió el vientre en tanto extremo, que en quince días no volvieron en su primera figura.

Al contraamaestre no le vimos el rostro en muchos días, por verse desamparado de la barbaza, que debe ser en Grecia de mucha calidad una cola de frisón en la cara de un hombre. Al fin nos recibieron en aquella isleta, que por falta de comunicación no sabían que veníamos de tierra apestada, y aunque lo supieran nos recibieran por ver gente, que los tenían por fuerza sin ver ni hablar sino con aquellas sordas olas que están siempre batiendo los peñascos donde está el castillo edificado.

Detuvimos allí quince o veinte días, o más, haciendo árboles, reparando jarcias, remendando velas, padeciendo calor entre mayo y junio, sin saber en toda la isleta dónde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el aljibe o cisterna de donde bebían los pobres encerrados. Esta isleta es de seis o siete leguas en circuito, toda de piedras, muy poco tierra, y ésa sin árboles, sino unas matillas que no suben arriba de la cintura. Hay unas lagartijas grandes y negras, que no huyen de la gente; aves, muy pocas, porque, como no hay agua donde refrescarse, no paran allí.

DESCANSO VIII

Como el calor era tan grande, y yo he sido siempre fogoso, llamé a un amigo, y fuímonos saltando de peña en peña por buscar algún lugar que, o por verde o por húmedo, nos pudiese

alentar o aliviar de la navegación y trabajo pasado, de que salimos muy necesitados. Yendo saltando de una peña en otra, espantados de ver tan avarienta a la Naturaleza en tener aquel sitio con tan cansada sequedad, trajo una bocanada de aire tan celestial olor de madre selvas, que pareció que lo enviaba Dios para refrigerio y consuelo de nuestro cansancio.

Volví el rostro hacia la parte de Oriente, de donde venía la fragancia, y vi en medio de aquellas continuadas peñas una frescura milagrosa de verde y florida, porque se vieron de lejos las flores de la madre selva, tan grandes, apacibles y olorosas como las que hay en toda la Andalucía.

Llegamos, saltando de piedra en piedra como cabras, y hallamos una cueva, en cuya boca se criaban aquellas cordiales matas de celestial olor. Y aunque era de entrada angosta, allá abajo se extendía con mucho espacio, destilando de lo alto de la cueva por muchas partes un agua suave y fría, que nos obligó a enviar el galeón por sogas para bajar a recrearnos en ella.

Bajamos, aunque con dificultad, y hallamos abajo una estancia muy apacible y fresca, porque del agua que se destilaba se formaban diversas cosas, y hacían a Naturaleza perfectísima con la variedad de tan extrañas figuras: había órganos, figuras de patriarcas, conejos y otras diversas cosas; que con la continuación de caer al agua se iban formando a maravilla; de esta destilación se venía a juntar un arroyuelo que entre menuda y rubia arena

convidaba a beber de él, lo cual hicimos con grandísimo gusto.

El sitio era de gran deleite, porque si mirábamos arriba veíamos la boca de la cueva cubierta de las flores de madreselva, que se descolgaban hacia abajo, esparciendo en la cueva una fragancia de más que humano olor. Si mirábamos abajo, el sitio donde estábamos, veíamos el agua fresca, y aun fría, y el suelo con asientos donde podíamos descansar en tiempo de tan excesivo calor con espacio para pasearnos.

Enviamos por nuestra comida y una guitarra, con que nos entretuvimos con grandísimo contento, cantando y tañendo, como los hijos de Israel en su destierro. Fuímonos a la noche a dormir al castillo, aunque siempre quedaba guardia en el galeón. Dijimos al castellano cómo habíamos hallado aquella cueva, que era un hombre de horrible aspecto, ojos encarnizados, pocas palabras y sin risa, que dijeron haber sido cabeza de bandoleros, y por esto lo tenían en aquel castillo siendo guarda de él. Y respondiéndonos, en lenguaje catalán muy cerrado: Mirad por vosotros, que también los turcos saben esa cueva. No fué parte esta advertencia para que dejásemos de ir cada día a visitar aquella regalada habitación, comiendo y sesteando en ella. Hicimoslo diez o doce días arreo.

Habiendo un día comido, y estando sesteando, vimos asomar por la boca de la cueva bonetes colorados y alquiceles blancos; pusímonos en pie, y al mismo punto que nos vieron,

de que venían descuidados, dijo uno, en lengua castellana, muy clara y bien pronunciada: Rendíos, perros.

Quedaron mis compañeros absortos de ver en lengua castellana bonetes turcos; dijo el uno: Gente de nuestro galeón debe de ser, que nos quieren burlar. Habló otro turco, y dijo: Rendí presto, que torco estar. Pusieron los tres compañeros mano a las espadas, queriéndose defender. Yo les dije: ¿De qué sirve esa defensa, si nos pueden dejar aquí anegados a pura piedra, cuanto más con las escopetas que vemos? Y a ellos les dije: Yo me rindo al que habló español, y todos a todos; y vuestas mercedes pueden bajar a refrescarse, o si no subiémosles agua, pues somos sus esclavos. Dijo el turco español: No es menester, que ya bajamos.

Rogamos a Dios interiormente que lo supiesen en el galeón, obedeciendo a nuestra fortuna. Mis compañeros, muy tristes, y yo muy en el caso, porque en todas las desdichas que a los hombres suceden no hay remedio más importante que la paciencia. Yo, aunque la tenía, fingiendo buen semblante, sentía lo que puede sentir el que, habiendo sido siempre libre, entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen ánimo: no hay más infeliz hombre que el que siempre ha sido dichoso, porque siente las desdichas con mayor aflicción.

Deciales a mis compañeros que para estimar el bien era menester experimentar algún mal y llevar este trabajo con paciencia para que fuese menor. Púseme a recibir con buen

semblante a los turcos que iban bajando, y en llegando al que hablaba español, con mayor sumisión y humildad, llamándole caballero principal, dándole a entender que lo había conocido, de que él holgó mucho, y dijo a los turcos sus compañeros que yo le conocía por noble y principal, porque él, como después supe, era de los moriscos más estimados del reino de Valencia, que se había ido a renegar, llevando muy gentil pella de plata y oro.

Viendo que aprovechaba la lisonja de haberle llamado caballero y noble, proseguí diciéndole más y más vanidades, porque él venía por cabo de dos galeotas suyas, que de las quince habían quedado por falta de temporal, escondidas en una caleta, adonde aquel mismo día nos llevaron maniatados, sin tener remedio por entonces, y zongorrande con la guitarra, apartóme mi amo y dijo de secreto: Prosigue en lo que has comenzado, que yo soy cabo de estas galeotas, y a mí me aprovechará para la reputación, y a ti dará buen tratamiento.

Hícelo con mucho cuidado, como el que no lo oyese, que era de muy principales parientes, nobles caballeros. Fué tan poca nuestra suerte, que les vino luego buen tiempo, y volviendo las proas hacia Argel, iban navegando con viento en popa, sin tocar a los remos. Quitáronos el traje español, y nos vistieron como miserables galeotes; y, echados al remo los demás compañeros, a mí me dejó el cabo para su servicio.

Por no ir callados en el manso viento que

nos guiaba, me preguntó mi amo cómo me llamaba, quién era y qué profesión u oficio tenía. A lo primero le dije que yo me llamaba Marcos Obregón, hijo de montañeses del valle de Cayón.

Los demás, por ir ocupados en oír cantar a un turquillo, que lo hacía graciosamente, no pudieron oír lo que tratábamos; y así le pregunté, antes de responderle, si era cristiano o hijo de cristianos, porque su persona y talle, y la hermosura de un mocito hijo suyo daban muestras de ser españoles.

El me respondió de muy buena gana: lo uno, porque la tenía de tratar con cristianos, lo otro porque los demás iban muy atentos al musiquillo; y así me dijo que era bautizado, hijo de padres cristianos, y que su venida a Argel no fué por estar mal con la Religión, que bien sabía que era la verdadera, en quien se habían de salvar las almas, sino que yo, dijo, nací con ánimo y espíritu de español, y no pude sufrir los agravios que cada día recibía de gente muy inferior a mi persona; las supercherías que usaban con mi persona, con mi hacienda, que no era poca, siendo yo descendiente de muy antiguos cristianos, como los demás que también se han pasado y pasan cada día, no solamente del reino de Valencia, de donde yo soy, sino del de Granada y de toda España.

Lastimábame mucho, como los demás, de no ser recibido a las dignidades y oficios de Magistrados y de honras superiores, y ver que durase aquella infamia para siempre y que para deshacer esta injuria no bastase tener obras ex-

teriores e interiores de cristiano. Que un hombre que, ni por nacimiento, ni por partes heredadas o adquiridas, se levantaba del suelo dos dedos, se atreviese a llamar con nombres infames a un hombre muy cristiano y muy caballero. Y, sobre todo, ver cuán lejos estaba el remedio de todas estas cosas. ¿Qué me podrás tú decir de esto? Lo uno, respondí yo, que la Iglesia ha considerado eso con mucho acuerdo, y lo otro, quien tiene fe del bautismo no se ha de rendir ni acobardar por ningún accidente y trabajo que le venga para apartarse de ella.

Todo esto te confieso, dijo el turco; pero ¿qué paciencia humana podrá sufrir que un hombre bajo, sin partes ni nacimiento, que por ser muy obscuro su linaje, se ha olvidado en la república su principio y se ha perdido la memoria de sus pasados, se desvanezca, haciéndose superior a los hombres de mayores merecimientos y partes que las tuyas? De esas cosas, respondí yo, como Dios es el verdadero juez, ya que consienta el agravio aquí no negará el premio allá, si puede haber agravio, no digo en los estatutos pasados en las cosas de la Iglesia, que eso va muy justificado, sino en la intención dañada del que quiere infamar a los que ve que se van levantando y creciendo en las cosas superiores y de mayor estimación.

Ellos, dijo el moro, como ni pueden llegar a igualar a los de tan grandes merecimientos, tomando ocasión de prevaricar los estatutos con su mala intención, no para fortificarlos, ni para servir a Dios ni a la Iglesia, sino para preciarse de cartas viejas, como dicen, y parecién-

doles que es una grande hazaña levantar un testimonio, derraman una fama que lleva la envidia de lengua en lengua, hasta echar por el suelo aquello que va más encumbrado; que como su origen fué siempre tan obscuro, que no se vió sujeto en él que lo ennobleciese, y a la pobreza nadie le tiene envidia, quedándose sin saber qué son, teniéndolos por cristianos viejos, por no ser conocidos, ni tener noticia que tal gente hubiese en el mundo.

La Iglesia, dije yo, no hace los estatutos para que se quite la honra a los prójimos, sino para servirse la religión lo mejor que sea posible, conservándola en virtud y bondad conocida. Ibane a replicar mi amo; pero, dejando el turquillo de cantar, díjome que callase, y tornóme a preguntar lo primero; respondíle a todo con brevedad, diciendo: Yo soy montañés, de junto a Santander, del valle de Cayón, aunque nací en Andalucía; llámome Marcos de Obregón; no tengo oficio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidades o servir, que ser oficiales; que la nobleza de las montañas fué ganada por armas, y conservada con servicios hechos a los Reyes, y no se han de manchar con hacer oficios bajos; que allá con lo poco que tienen se sustentan, paseando lo peor que pueden, conservando las leyes de hidalguía, que es andar rotos y descosidos, con guantes y calzas atacadas. Yo haré, dijo mi amo, que sepáis oficio muy bien.

Y respondió un compañero de los míos que estaba al remo: Eso, a lo menos, no lo haré yo,

ni se ha de decir en España que un hidalgo de la casa de los Mantillas usó oficio en Argel. Pues, perro, dijo mi amo, ¿estás al remo y tratas de vanidades? Dadle a ese hidalgo cincuenta palos. Suplico a vuesa merced, dije yo, perdone su ignorancia y desvanecimiento, que ni él sabe más, ni es hidalgo, ni tiene más de ello que aquella estimación, no cuanto a hacer las obras de tal, sino cuanto a decir que lo es por comer sin trabajar. Y no es el primer vagabundo que ha habido en aquella casa, si es de ella; y a él le dije: Pues, bárbaro, ¿estamos en tiempo y estado que podamos rehusar lo que nos mandaren? Ahora es cuando hemos de aprender a ser humildes, que la obediencia nos ata la voluntad al gusto ajenc. La voluntad subordinada no puede tener elección. En el punto que un hombre pierde la libertad, no es señor de sus acciones. Sólo un remedio puede haber para ser un poco libre, que es ejercitar la paciencia y humildad, y no esperar a hacer por fuerza lo que por fuerza se ha de hacer. Si desde luego no se comienza a hacer hábito en la paciencia, harémoslo en el castigo. Que el obedecer al superior es hacerlo esclavo nuestro. Como la humildad engendra amor, así la soberbia engendra odio. La estimación del esclavo ha de nacer del gusto del señor, y ésta se adquiere con apacible humildad. Aquí somos esclavos, y si nos humilláremos a cumplir con nuestra obligación nos tratarán como a libres. ¡Oh qué bien habláis!, dijo nuestro amo, y cómo he gustado de encontrar contigo para que seas maestro de mi hijo, que hasta que encontrase un

cristiano como tú no se lo he dado, porque por acá no hay quien sepa la doctrina, que entre cristianos se enseña a los de poca edad. Por cierto, dije yo, él es tan bella criatura, que quisiera yo valer y saber mucho para hacerle grande hombre; pero fáltale una cosa para ser tan hermoso y gallardo.

Estuvieron atentos a esto los demás moros, y preguntó el padre: ¿Pues qué le falta? Respondí yo: Lo que le sobra a vuesa merced. ¿Qué me sobra a mí?, dijo el padre. El bautismo, respondí yo, que no lo ha menester.

Fué a arrebatarse un garrote para pegarme, y al mismo compás arrebaté yo al muchacho para reparar con él. Cayósele el palo de las manos, con que rieron todos, y al padre se le templó el enojo que pudiera tener descargando el palo en su hijo.

Fingióse muy del enojado, por cumplir con los compañeros o soldados, que realmente lo tenían por grande observador de la religión perruna o turquesa. Aunque yo lo sentí, en lo poco que le comuniqué, inclinado a tornarse a la verdad católica. ¿Por qué, dijo, pensáis vosotros que vine yo de España a Argel, sino para destruir todas estas cosas, como lo he hecho siempre que he podido y tengo de hacer mucho más mal de lo que he hecho? Como lo sintieron enojado, quisieron echarme al remo; y él dijo: Dejadlo, que cada uno tiene obligación de volver por su religión, y éste, cuando sea turco, hará lo mismo que hace ahora. Sí haré, dije yo; pero no siendo moro. Y para sosegar más su enojo mandóme que tomase la

guitarra que sacamos de la cueva; hícelo, acordándome del cantar de los hijos de Israel cuando iban en su cautiverio.

Fueron con el viento en popa mientras yo cantaba en mi guitarra, muy alegres, sin alteración del mar, ni estorbo de enemigos, hasta que descubrieron las torres por la costa de Argel, y luego la ciudad, que como los tenían perdidos, hicieron grandes alegrías en viendo que eran las galeotas del renegado.

Llegaron al puerto, y fué tan grande el recibimiento por verle venir, y venir con presa, que le hicieron grandes algazaras: tocaron trompetas y jabebas; otros, instrumentos que usan más para confusión y bulla que para apacibilidad de los oídos. Saliéronle a recibir su mujer y una hija, muy española en el talle y garbo, blanca y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecía más nacida en Francia que criada en Argel: algo aguileña, el rostro alegre y muy apacible, y en todas las demás partes muy hermosa.

El renegado, que era hombre cuerdo, enseñaba a todos sus hijos la lengua española, en la cual le habló la hija con alguna terneza de lágrimas, que corrían por las rosadas mejillas, que como les habían dado malas nuevas, el gozo les sacó aquellas lágrimas del corazón. Yo les hice una humillación muy grande, primero a la hija que a la madre, que Naturaleza me inclinó a ella con grande violencia; díjele a mi amo: Yo, señor, tengo por muy venturosa mi prisión, pues junto con haber topado con tan grande caballero,

me ha traído a ser esclavo de la tal hija y mujer, que más parecen ángeles que criaturas del suelo. ¡Ay!, padre mío, dijo la doncella, ¡y qué corteses son los españoles! Pueden, dijo el padre, enseñar cortesía a todas las naciones del mundo; y este esclavo es en mayor grado, porque es noble, hidalgo montañés, y muy discreto. Y cómo lo parece, dijo la hija; pues ¿por qué lo trae con tan mal traje? Hágale vuesa merced que se vista a la española. Todo se hará, hija mía, respondió el padre; reposemos ahora el cansancio de la mar, ya que habemos venido libres y salvos. /

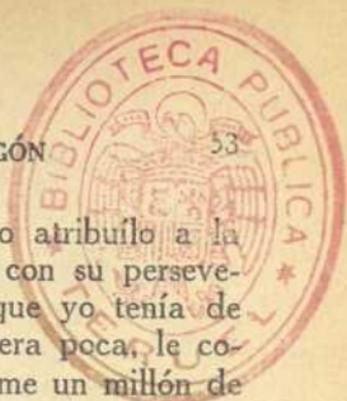
DESCANSO IX

Hallé un agradable albergue en hija y madre; pero mucho más en la hija, porque como había oído decir a su padre muchos bienes de España y los habitantes de ella, Naturaleza la llevaba por este camino. Regalábame más que a los demás esclavos; pero servía con más gusto que ellos, así por lo que había visto como porque no iba de mala gana a Argel, por ver un hermano mío que estaba cautivo en él; y fui venturoso en que antes que preguntase por él supe que había incitado a otros esclavos para que, tomando un barco, después de haber muerto a sus amos, se arrojasen a la fortuna, o, por mejor decir, a la voluntad de Dios, y no atreviéndose los demás, él puso en ejecución su intento, y sucedióle tan bien que vino a España, y después murió sobre Jatelet, que si supieran ser mi hermano, quizá yo lo pasara mal.

Yo serví a mis amos con el mayor gusto y diligencia que podía, y mi servicio les era más grato que el de los otros cautivos, porque hacía de la necesidad virtud; y como al principio les gané la voluntad, con facilidad los conservé después; tratábalos con mucho respeto y cortesía, martirizando mi voluntad y forzándola a lo que no era inclinado, que es a servir; que a los hombres naturalmente libres, el tiempo y la necesidad les enseñan lo que han de hacer. Sufría más de lo que mi condición me ensañaba, que el rendirse a la fuerza yo creo que es de ánimos valerosos y nobles. Poco valor y menos prudencia tiene el que no sabe obedecer al tiempo. Servir bien quien por fuerza ha de servir, es ganarle la fortuna por la mano; y obedecer mal al superior, es poner en duda el gusto y la vida. Y, al fin, vive con seguridad quien hace lo que puede sirviendo.

Aunque yo me veía regalado de mis amos, no por eso dejaba de repartir el favor con los demás cautivos, y ellos conmigo su trabajo; y para sosegar la envidia se han de hacer estas diligencias y otras mayores. Que no hay gente que más se gobierne por ella que esclavos, perseguidores de sus iguales y solapadores de la honra y hacienda de sus dueños. Pocos he visto, de los que han pasado por este miserable estado que no tengan algún resabio infame.

Junto con el buen tratamiento que se me hacía, eché de ver en mi ama la doncella que siempre que pasaba por donde pudiese verla hacía cambio en el color del rostro y en el movimiento de las manos, que parecía alguna vez



que tocaba teclas. Al principio atribuílo a la mucha honestidad suya; pero con su perseverancia, y con la experiencia que yo tenía de semejantes accidentes, que no era poca, le conocí la enfermedad. Mandábame un millón de cosas cada día, que ni a ella tocaba el mandarlas, ni a mí el hacerlas; pero yo confieso que me holgaba en el alma de servirla y de que me mandase muchas más: todas cuantas niñerías venían a mis mnos, y yo hacía, venían a parar en las tuyas, diciendo que eran de España; tanto, que una vez, parándosele el rostro como una amapola, me dijo que cuando no hubiera venido de España otra cosa sino quien se las daba, bastaba para ella; y luego echó a correr y se escondió.

Yo, con éstos favores, enternecíame demasíadamente; pero miré el estado en que me vía, y que, habiendo de buscar la libertad del cuerpo, iba perdiendo la del alma, y que el menor daño que me podía suceder era quedarme por yerno en casas; volvía sobre mí y me reprendía conmigo a solas; pero cuanto más me contradecía, hallaba en mí menos resistencia. Y el remedio de estas pasiones más consiste en dejarlas estar que en escarbarlas, buscando el olvido o camino para él.

Echaba de ver que, al tiempo que estas pasiones entran en un hombre, le arrebatan de modo que le dejan incapaz para otra cosa. Y aunque me persuadía a que por entretenerme podía llevar aquella dulce carga, la experiencia me había enseñado que el amor es rey, que en dándole posesión se alza con la fortaleza;

pero hacíame contradicción en mi propio pensar cómo podía ser desgraciado quien siempre se preció de lo contrario.

Aunque para esto se me ponía por delante la sospecha que podían tener los padres si veían alguna demostración de buena correspondencia, apartábame de esto estar entre enemigos de la nación y de la fe; el acudir mal al amor que el padre me mostraba, que me había entregado su hija para que la enseñase, y sobre todo, y más que todo, no ser ella bautizada. Resolvíme, al fin, de que, aunque me abrasase, no había de mirarla con cuidado.

La pobre doncella que sintió novedad en mí, llevólo con mucha melancolía de corazón, abatimiento de ojos, arcaduces y lumbreras del alma; color mudado del rostro, suspensión en las palabras y encogimiento en el trato. Preguntábanle qué tenía, y respondía que era enfermedad que ni la había tenido, ni conocido, ni sabía decir qué fuese. Preguntábanle si quería alguna cosa. Respondía que era imposible lo que deseaba, que era solamente ver a España; y esto, entre risa y tristeza, vino a ser melancolía, de manera que hizo cama contra su voluntad, porque no podía ser visitada de quien ella quería, ni entraban allá si no es las mujeres solamente y aquellos eunucos, gente vigilantísima, que como sea para quitar el gusto sirven con gran cuidado; que estas doncellitas no tienen experiencia del mundo, ni saben gobernar sus pasiones y apetitos. En faltándoles aquello que miran con buenos ojos y mejor voluntad, les parece que les ha faltado el cielo y

tierra, y se rinden a cualquier borrón por satisfacer a las ansias que padecen. Y así, las que usan de ser miradas es lo más sano o casarlas, o quitarles la ocasión de ver y ser vistas; más impresión hace la pasión en la sangre nueva que en los pechos que se han de guardar. A los sembrados, si cuando están granados les falta el agua, no les hace mucha falta; pero si les falta cuando están tiernos, luego se marchitan y paran amarillos; y todas las cosas naturales van por este camino. Las doncellas ignorantes de querer y olvidar, con cualquiera disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita, a quien yo quería más de lo que ella pensaba.

DESCANSO X

Al fin, comenzaron a curar de melancolía a esta doncellita, aplicándole mil medicamentos que la echaban a perder; que, como era tan amable por su hermosura y condición, súpose en todo Argel su enfermedad, con mucho sentimiento de todos. Yo, sabiendo la causa de su melancolía tan bien como de mi pena y disimulación, pensando cómo podría verla y consolarla, propuse entre mí que había de decirle amores en presencia del padre y de la madre sin que lo sintiesen, y que ellos me habían de llevar para el mismo efecto.

Y con esta seguridad dije a mi amo que yo había aprendido en España, de un gran varón, unas palabras que dichas al oído sanaban cualquiera melancolía, por profunda que fuese;

pero que se habían de recibir con grande fe, y decirse al oído, sin que nadie las oyese sino sola la persona paciente.

El padre me dijo: Sana a mi hija, y sea como fuere. La madre, con las mismas ansias y deseo, me pidió que luego se las dijese. Entré adonde las mujeres estaban acompañando a la enferma, lo más limpio y aseado que pude, que la limpieza y curiosidad ayuda siempre a engendrar amor; y entrando el padre y la madre le dijeron: Hija, ten buen ánimo y mucha fe con las palabras, que aquí viene Obregón a curarte de tu melancolía. Y mandando que todos se apartasen, yo me llegué con mucho respeto y cortesía al oído de la paciente, diciéndole el siguiente ensalmo: Señora mía, la disimulación de estos días no ha sido a causa de olvido, ni por tibieza de voluntad, sino recato y estimación de vuestra honra, que más os quiero que la vida que me sustenta; y con esto apartarme de ella; y luego, con un donaire celestial, abrió aquelleos divinos ojos, con que alentó los corazones de todos los circunstantes, diciendo: ¿Es posible que tan poderosas palabras son las de España? Porque había seis días que no se le habían oído otras tantas.

Pero todo esto vino a resultar en disgusto mío, porque a la fama de la cura, que se había divulgado, otras melancólicas de diversos accidentes quisieron que las curase, sin saber yo cómo lo podría hacer, ni el origen de sus enfermedades, más de lo dicho. Holgáronse todos, y alabaron la fuerza de las palabras, la cortesía y humildad con que yo las había di-

cho. La doncelluela quiso levantarse luego por la fuerza del ensalmo; pero yo dije: Ya vuesa merced ha comenzado a convalecer, y no es bien que tan presto se gobierne como sana; estése queda, que yo volveré a decir estas palabras y otras de mayor excelencia, cuando vuesa merced fuere servida y el señor diere licencia.

Así lo hice muchas veces, hasta que se levantó, y a mí un testimonio, que fué decir que tenía gracia de curar melancolía. Holgáronse de verla sana, y yo mucho más que todos, como aquel que la amaba tiernamente.

En ese mismo tiempo había estado enferma de melancolía una señora principal, moza y muy hermosa, casada con un caballero muy poderoso en el pueblo. Y habiendo estado enferma, vino a quedar con tan grande melancolía, que a nadie quería ver ni hablar. Pues como llegó a oídos del marido la salud que había cobrado la hija de mi amo, envióle a decir que le enviaes allá aquel esclavo que curaba de melancolía.

Mi amo, por darle gusto, me dijo: De buena ventura has de ser, porque me ha enviado a decir Fulano, que es caballero de grandes partes, que vale mucho en Argel, y con el gran Turco, que te lleve a curar a su mujer de melancolía, que por ser gallarda y hermosa te holgarás de verla. Oh señor, dije yo, no me mande vuesa merced eso, que si una vez lo hice fué por ver a vuesa merced apasionado por la enfermedad de su hija; y bien sabe cuán mal se recibe por acá lo que se dice y hace en

virtud de la verdadera Religión. Es por fuerza, dijo, el hacerlo, que importa mucho el tenerlo grato. Señor, dije yo, vuesa merced me excuse con él, que no con todas personas hacen las palabras un mismo efecto; que es necesario tener con ellas tanta fe como tuvo su hija de vuesa merced, y esta señora no la ha de tener. Trájele otras muchas causas excusándome, por ver si podía escaparme. El fué a hablar al caballero por disculpa, y cuanto más excusaba tanto más porfiaba en ello, hasta que dijo que si no quería ir, que me llevase arrastrando a palos. ¡Pobre de mí!, dije yo; ¿quién me hizo cirujano o médico de melancolías?, ¿qué sé yo de recetas y de ensalmos?, ¿cómo podré salir ahora de este trance tan riguroso, que o ella ha de quedar sin melancolía, o yo tengo de padecerla toda mi vida? Decirle amores como a la otra, ni yo podré, ni ella me los entenderá, ni su enfermedad es de este género; pues decirle al oído cosas de santos y de la verdadera Religión será doblarle más la enfermedad, y a mí los palos, aunque Dios es poderoso para hacer pan de las piedras, y de los paganos cristianos.

Al fin me resolví con un gentil ánimo, llevando a mi amo por lengua, y él a mí por escorzonera. Para más acertar la cura cogí debajo de la saltambarca una guitarra, procurando con todas las fuerzas posibles salir con la cura y para esto poner todos los medios necesarios, y así, entrando con muy desenvuelto semblante, adelantándome, le dije: Vuesa merced, señora, sin duda sanará, porque

las palabras que yo digo solamente son para curar a las muy hermosas, y vuesa merced es hermosísima. Tengo esperanza que saldrá bien con la salud, y yo con la cura. Recibió bien este ensalmo, que es eficacísimo con las mujeres. Y luego le dije: Tenga vuesa merced grande fe en las palabras, y póngase en la imaginación que ya ha ahuyentado el mal. Hícele estar con gran fe suya y suspensión de todos, llegándome a ella, que estaba con la imaginación muy en el caso, díjela al oído un grandísimo disparate que aprendí oyendo Artes en Salamanca, y fué:

Barbara Cælarent Daril Ferio Baralipton.

Cæ antes Dabitis Fapesmo Frisesomarum.

Y luego, sacando la guitarra, le canté mil disparates, que ni ella los entendía ni yo se los declaraba. Fué tanta la fuerza imaginativa suya, que antes que de allí me saliese quedó riendo, y rogándome que volviese allá muchas veces y que le diese aquellas palabras escritas en su lengua; yo di gracias a Dios de verme libre de este trance, y busqué modo para no curar más. Pero como había cobrado fama, si algunas veces acudían, fingía que me daba mal de corazón, y así me escapaba.

Más réstame por decir los celos que tuvo mi ama la moza, que pensando le había dicho a la otra las mismas palabras que a ella, estaba llorando de celos; apacigüéla, en pudiéndola hablar, que como era doncella de pocos años y menos experiencia, todo lo creía; y querién-

dola yo con todo el extremo del mundo, me pesaba que mis cosas le diesen un mínimo disgusto.

Díjela, un día que sus padres estaban fuera de casa, con la confianza que de mí hacían, y habiéndome dicho que podía hablar delante de las criadas, porque no entendían la lengua: Señora mía, ¿qué desdicha vuestra y buena suerte mía hizo que, siendo vos un ángel en hermosura, en años tierna y en cordura y madurez muy prudente, hayáis entregado vuestro gusto y voluntad a un hombre cargado de años, desnudo de partes y merecimientos? ¿Que siendo digna de lo mejor y más granado del mundo no recuséis de recibir en vuestro servicio a un hombre rendido y subordinado a cuantos daños la fortuna le quisiere hacer? ¿Que una sabandija arrojada en la furia del mar, maltratado de golpes de fortuna, en mísera esclavitud, haya hallado tan soberano albergue en vuestro sencillo pecho? ¿Que el blanco donde todos tienen puestos los ojos y las entrañas haya recibido en las tuyas a quien se contentara con ser perpetuamente su esclavo? Que por supuesto que nunca en mí ha habido imaginación de llegar a manchar vuestra castidad, ni el deseo se extenderá a tal, con tan grandes y no merecidos favores me levanto a pensar que soy algo, no siendo capaz de que vuestros ojos se humillen a mirar mi persona.

Encendido el rostro en un finísimo carmín, temblando las manos y encogiendo el cuerpo con la fuerza de la honestidad, me respondió de esta manera: A lo primero os digo, señor mío,

que no sé responder, porque ello se vino sin cuidado, ni elección, ni saber por qué ni cómo. A lo segundo, que no haber mirado en lo que por acá me podía estar bien, digo, que después que supe de mi padre haber sido bautizada, luego aborrecí lo que por esta parte me podía venir. Y si yo fuese tan dichosa que viniese a ser cristiana, no desearía más de esto y lo que tengo presente; y sacando un lienzo como para limpiarse el rostro, se lo cubrió como reprendiéndose de haber respondido con libertad.

Quedóle como la azucena entre las rosas, y yo mudo con solamente mirar y contemplar aquella honestidad enamorada los efectos que hacía tan fuera del ordinario. Recogíme, porque sentí venir por la calle sus padres, y tomando mi guitarra canté: "¡Ay bien logrados pensamientos míos!" Holgáronse mis amos de hallarme cantando, que como él tenía en el corazón las cosas de España, se regalaba con oír canciones españolas.

Eché de ver, de las palabras de la doncella y de otros accidentes que yo había sentido, lo que yo me traía entre ojos, que me iban regalando para heredero de la hija y de las galeotas. Yo daba lección al hijo, y lo instruía lo mejor que podía en las costumbres cristianas, que el padre no lo rehusaba, aunque armaba contra cristianos haciendo grandísimo daño en las costas de España y en las islas Baleares.

Con esta ocasión gozaba algunos ratos de buena conversación con la hija, y con mucha cortesía y miramiento, sin que pudiese notarse cosa que no fuese muy honesta y limpia. Mas

como estas cosas nunca se gozan y poseen sin azares y contradicciones, se entró el diablo en el corazón de una vieja, cautiva de muchos años, entresacada de dientes, de mala catadura, grande de boca, labio caído a manera de oveja; muelas, pocas o ninguna; lagrimales llenos de alhorre, y contrahecha de cuerpo y tan mal acondicionada, que se andaba siempre quejando de los amos, diciendo que la mataban de hambre; y porque yo no la regalaba y no le daba lo que no tenía, dió en poner mal nombre a la sencillez de la doncella y la cortesía con que yo la trataba, por donde los padres la pusieron silencio en hablarme, con harta reclusión y aprieto: que le pareció a aquella maldita vieja que congraciándose con los amos por este camino pasaría mejor vida que hasta entonces; pero no sucedió como pensaba, porque como el amor es tan grande escudriñador de secretos, a pocos lances di alcance al chisme de la esclava, y al momento hice que lo supiese la hija, que como era tan querida de sus padres creyeron cuanto dijo contra ella, de manera que nunca más entró donde estaban las mujeres, ni comió ni bebió a gusto en el tiempo que yo estuve allí; justo pago del chisme. Y si todos los que lo llevan fuesen mal recibidos y peor pagados, vivirían las gentes en más paz y quietud. Que si los chismosos supiesen cuál dejan a aquel a quien llevan la parlería, más querrían ser entonces mudos que habladores; y los que los oyen, si quieren estar en el caso, bien echarán de ver que no la traen por bien que quieren al que la oye, sino por querer mal a aquel de quien

la dicen y por vengar sus odios por manos ajenas. El chisme es un congraciamento engendrado en pechos ruines, queda pesadumbre al que lo oye y desacredita al que lo trae. A todas las gentes del mundo es justo guardarles secreto, si no es al chismoso. A tres personas ofende el chisme: al que lo dice, a quien se dice y de quien se dice. Este lastimó a los padres e hizo a la vieja odiosa, y atormentó a la pobre doncella, y a mí me privó por entonces del regalo que me hacían y la estimación con que me trataban.

El renegado era hombre cuerdo, y aunque usó con la hija de aquel rigor, conmigo disimuló, sin darme a entender cosa de su enojo, hasta enterarse de la verdad del caso; pero hizo que me bajase a servicios viles, como era traer agua y otras cosas semejantes, más por ver mi sentimiento o humildad que porque perseverase en ello.

Yo, que le entendí muy bien, hice con grandísimo gusto y llaneza cuantas cosas me mandaba, malas o buenas, procurando de desvelarlo del cuidado con que vivía; que para desarraigar del pecho una sospecha que se arremete a la honra es menester usar de mil estratagemas, que ni lo parezcan ni se aparten mucho de la verdad. Mudar de alegría en el semblante es novedad que se echa de ver. Hacer más servicios de los ordinarios dan ocasión de averiguar la sospecha. El medio que se ha de guardar, con sola humildad y paciencia se adquiere, y aun ése no ha de exceder el trato ordinario.

Hice cuanto se me mandaba, sin diferencia del gusto y pesadumbre con que antes lo haría. Iba con mucha humildad por agua a una fuente que llaman del Babasón, agua muy delgada y de grande estimación en aquella ciudad, de donde se proveen grandísima cantidad de jardines, viñas y olivares de grande provecho y recreación.

Contóme un turco, estando allí, que no se sabe de dónde nace ni por dónde viene aquella agua, porque habiéndola traído de lo alto de aquellos montes y sierras dos turcos y dos cautivos con inmenso riesgo, el Rey o Virrey que entonces era les pagó su trabajo con darles garrote, por que en ningún tiempo revelasen el secreto con que pudieran quitarles el agua que tan provechosa es a la ciudad; que, sitiada una fuerza, el mayor daño que pueden recibir para que se rinda o se tome es quitarle el agua. Y viven con tanto recato, que cualquiera Virrey procura saber alguna nueva invención para mayor fortificación de su ciudad, en tanto extremo, que el viernes, cuando van a sus mezquitas, dejan encerradas las mujeres y los esclavos con gran seguridad de traición, porque sólo los hombres van al templo, dejando bien cerradas sus casas y seguras sus mujeres.

Y parece, con sola esta relación, que sería muy fácil hablar a la doncella estando encerrada por de fuera y entrando los cautivos a servir a las mujeres, también encerradas. Pero no es así, porque ellos van tan descuidados de daño secreto o público, dejando tan fuerte guar-

da para la defensa de sus casas, que aunque el demonio pudiese dar lugar a la ejecución del deseo sería más fácil saquear toda la ciudad que hacer traición en una casa particular. Porque dejan por guarda un género de hombres que ni lo son para ese defecto, ni lo parecen en el rostro, que, o por preciarse de fidelísimos, o porque otros no hagan lo que aunque no se parece se viene a parecer, de que ellos están privados, son tan vigilantes en la guarda de lo que se les encomienda, que por ningún camino admiten descuidos ni engaños. Y aunque quisiera valerme de él, por tener ya noticia y conocimiento de la invencible entereza de estos monstruos artificiales, no quise ponerme en probarlo; antes el mismo eunuco o guardadamas me reprendía porque no quería entrar adonde las mujeres estaban, como persona que ya estaba avisada del caso; a que yo le respondía que yo no había de hacer lo que no se usaba en mi tierra, ni se permitía que los hombres se mezclasen con las mujeres.

Y, en resolución, yo me goberné con tanta fineza con este espía, que no hallaron en qué tropezar, que era lo que mi amo deseaba; y el eunuco, por la mala condición que tenía, estuvo siempre bien conmigo, que este género de gentes está en la república muy infamado de mal intencionado, no sé si con razón, porque la libertad de que usan en disimular cosa antes creo que les queda de ser siempre niños, más que ser mal intencionados. Esto se entiende acerca de los que no profesan la música, que en los que la profesan he visto muchos cuer-

dos y muy virtuosos, como fué Primo, racionero de Toledo, y como es Luis Onguero, capellán de Su Majestad, y otros de este modo y traza, que por evitar prolijidad callo.

DESCANSO XI

Muy contento mi amo de la bondad de su hija, y satisfecho de mi fidelidad, tornaron las cosas a su principio, y yo a la reputación y estimación en que me solían tener. La doncelluela, realmente, andaba un poco melancólica; la madre, muy arrepentida de verla disgustada, de manera que la hija se retiraba de ella, haciéndose de la enojada y regalona. La madre andaba pensando cómo darle gusto, buscando modos para alegrarla y desenojarla, porque andaba con un ceñuelo que a todos nos traía suspensos: a mí, de amor, y a los demás, de temor no enfermase de aquella pesadumbre.

Al fin, como procuraban volverla a su gusto y tenerla alegre, dijo la madre a mi amo que me mandase decirle aquellas palabras contra la melancolía, que no hallaba con qué alegrarla, sino con ellas. Mandómelo, y yo le dije: Sin duda, esta tristeza debe de nacer de algún enojo, y así será menester decírselo muchas veces para desarraigarle del pecho la ocasión de su mal, haciéndole algunas preguntas, con que respondiendo ella se sazonzase mejor su pena.

Y así fué, que me dejaron un grande rato hablar con ella, y decirle el ensalmo primero y otros mejores, a que ella respondía muy a propósito, quedando muy contenta de haberla dicho

que la verdadera salud y contento y gusto del alma le había de venir del agua del bautismo, que su padre había despreciado. Y después de bien instruída en esto me aparté de su persona, habiendo hablado y ella respondido media hora.

Alegróse la madre de lo que veía; rogóme que le enseñase aquel ensalmo, a que yo le respondí: Señora, estas palabras no las puede decir sino quien hubiese estado en el Estrecho de Gibraltar, en las islas de Riatán, en las columnas de Hércules, en el Mongilebo de Sicilia, en la sima de Cabra, en la mina de Ronda y en el corral de la Pacheca, que de otra manera se verán visiones infernales que atemorizan a cualquiera persona.

Dije estos y otros muchos disparates, con que se le quitó la gana de saber el ensalmo. Yo, aunque tenía con esto algún entretenimiento, al fin andaba como hombre sin libertad, en miserable esclavitud, entre enemigos de la verdadera religión y sin esperanzas de libertad, por donde el amor se iba aumentando en la doncella y menguando en mí; como pasión que quiere pechos y ánimos vagabundos y ociosos, desocupados de todo trabajo y virtud; ¿pues qué efecto puede hacer un amor holgazán en un alma trabajadora? ¿Qué gusto puede tener quien vive sin él? ¿Cómo puede hacer a su dama tercero quien lo está hecho a los golpes de la fortuna? ¿Cómo saldrán dulzuras de la boca por donde tantos tragos de amargura entran? Al fin, el amor quiere ser solo, y que acudan a él sólo mozos sin obliga-

ciones, sin prudencia y sin necesidad, y aun en éstos es vicio y distraimiento para la quietud del cuerpo y del alma. Cuanto más en un hombre subordinado a tantos trabajos, mirado de tantos ojos, temeroso por tantos testigos.

Yo andaba muy triste, aunque muy servicial a mi amo y a todas sus cosas, con tanta solicitud y amor, que iban las obligaciones cada día creciendo con el amor de mis amos; pero pesábale de verme andar triste y sin gusto, que aunque no se parecía en el servicio, echábase de ver en el rostro. Y así, llegándose el día de San Juan, de junio, cuando los moros, o por imitación de los cristianos, o por mil yerros que en aquella secta se profesan, hacen grandísimas demostraciones de alegría, con invenciones nuevas a caballo y a pie, me dijo el renegado: Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al profeta Alí, que vosotros llamáis San Juan Bautista, para que te diviertas viendo tan excelentes jinetes, tantas libreas, marlotas de seda hechas un ascua de oro, turbantes, cimitarras, gallardos hombres de a caballo vibrando las lanzas con los brazos desnudos y alheñados; mira la bizarría de las damas, tan adornadas de vestidos y pedrerías, cómo favorecen con mucha honestidad a los galanes, haciendo ventana, dándoles mangas y otros favores; mira las cuadrillas de grandes caballeros, que, llevando por guía a su Virrey, adornando toda la ribera, así del mar como de los ríos, cuán gallardamente juegan de lanzas, y después de

arrojadas, con cuánta ligereza las cogen del suelo desde el caballo.

A todo esto yo estaba reventando con lágrimas, sin poderme contener ni disimular la pena y sentimiento que aquellas fiestas me causaban. A que, volviendo los ojos mi amo y viéndome deshecho en lágrimas, me dijo: Pues en el tiempo donde todo el mundo se alegra, no solamente entre moros, sino en toda la cristiandad, y en una mañana donde todos se salen de juicio por la abundancia de alegría, ¿estás limpiando lágrimas? Cuando parece que el mismo cielo da nuevas muestras de regocijo, ¿lo celebras tú con llanto? ¿Qué ves aquí que te pueda disgustar, o que no te pueda dar mucho contento? La fiesta, respondí yo, es milagrosa de buena, y tan en extremo grado, que por alegrísima me hace acordar de muchas que he visto en la corte del mayor monarca del mundo, Rey de España. Acuérdome de la riqueza y bizarría, de las galas y vestidos, de las cadenas y joyas que esta mañana resplandecen en tan grandes príncipes y caballeros. Acuérdome de ver salir a un duque de Pastrana una mañana como esta, a caballo, con un semblante más de ángel que de hombre, elevado en la silla, que parecía centauro, haciendo mil gallardías y enamorando a cuantas personas le miraban; de aquel gran cortesano D. Juan Gavi-ria, cansando caballos, arrastrando galas, haciendo cosas de muy valiente y alentado caballero. De una prenda suya que en tiernos años ha subido a la cumbre de lo que se puede desear, en razón de andar a caballo. De un

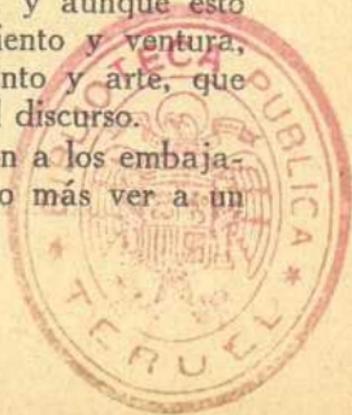
don Luis de Guzmán, marqués de Algaba, que hacía temblar las plazas a donde se encontraba, con la furia desenfrenada de los bramantes toros. De su tío el marqués de Ardales, don Juan de Guzmán, ejemplo de la braveza y gallardía de toda caballería. De un tan gran príncipe como D. Pedro de Médicis, que con un garrochón en las manos, o tomaba un toro, o lo rendía. Del conde de Villamediana, don Juan de Tasis, padre e hijo, que entre los dos hacían pedazos un toro a cuchilladas. De tanto número de caballeros mozos que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesía; que, como tras de esta mañana se sigue otro día la fiesta de los toros, acuérdome de todo en confuso. Fiesta que ninguna nación, sino la española, ha ejercitado, ni ejercita, porque todos tienen por excesiva temeridad atreverse a un animal tan feroz, que, ofendido, se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas y garrochones, y cuanto más lastimado, tanto más furioso. Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como ésta; y son animosos y atrevidos los españoles, que aun heridos del toro se tornan al peligro tan manifiesto, así peones como jinetes. Si hubiese de contar las hazañas que en semejantes fiestas he visto, y traer a la memoria los ingenuos caballeros que igualan en todo a los nombrados, así en valor como en calidad. sería obscurecer esta fiesta y cuantas en el mundo se hacen.

Díjome aquí el ermitaño: Pues ¿cómo no hace vuesa merced mención de la que hizo en

Valladolid don Felipe el Amado, en el nacimiento del príncipe nuestro señor? Respondí lo que aún no había pasado; pero ésa fuera la más alegre y rica que los mortales han visto, y donde se demuestra la grandeza y prosperidad de la monarquía española. Que si el otro emperador, vicioso, hacía cubrir con las limaduras de oro el suelo que pisaba, saliendo de su palacio con el oro que salió aquel día en la plaza, la podía cubrir toda como con cargas de arena. Y si para engrandecer la braveza de Roma dicen que en la batalla de Canas, en la Pulla, se hincharon tres moyos de las sortijas de los nobles, con las cadenas, sortijas y botones de aquel día se podían llenar treinta fanegas; esto sin lo que quedaba en las casas particulares guardado.

Estuvieron aquel día todos los embajadores de los reyes y repúblicas esperando la grandeza de España y la flor de la caballería, que los dejó suspensos y en éxtasis de ver la gallardía con que se jugó de los garrochones, revolviendo los caballos, que aunque herir a espaldas vueltas es mucha gala, como lo usan en otras naciones en cazas de leones y otros animales, este día hubo quien esperó en la misma puerta del toril, cuando con más furia y velocidad sale el toro, y le mató cara a cara con el garrochón, que fué D. Pedro de Barros; y aunque esto tiene mucha parte de atrevimiento y ventura, también la tiene de conocimiento y arte, que enseña la experiencia con gentil discurso.

Al fin, estas fiestas admiraron a los embajadores y al mundo; pero mucho más ver a un



Rey mozo, Don Felipe III el Amado, siendo cabeza de su cuadrilla, guiar con tan grande sazón, cordura y valor, y enmendar muchas veces los juegos de cañas que los muy experimentados caballeros erraban; porque fué tanta la abundancia de caballos y cuadrillas, que no pudieron caer en la plaza, y con esta confusión algunas veces se descuidaban en el juego, que con la anciana prudencia del mozo Rey se tornaba a la primera perfección, que cierto parecía ir guiado de los ángeles; porque al fin fué el mejor hombre de a caballo que aquel día se mostró en la plaza.

Después acá se han cultivado grandes caballeros, muy mozos y muy acertados, como don Diego de Silva, caballero de mucho valor, presteza y donaire, atrevidísimo con el garrochón en las manos, y su valeroso hermano don Francisco de Silva, que pocos días ha, sirviendo a su Rey, murió como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban. El conde de Santillana, que con grandísimo aliento derribaba muerto a un toro con el garrochón; D. Cristóbal de Gaviria, excelentísimo caballero, y otros muchos que por no salir de mi propósito callo.

Proseguimos en ver la fiesta de los turcos y moro algunos grandes jinetes; pero no tan grandes como D. Luis de Godoy, ni como don Jorge Morejón, el alcaide de Ronda; ni como el conde de Olivares, mozo. Creo fué la fiesta alegrísima, que, como gente que no ha de tener otra gloria sino la presente, la gozan con toda la libertad que se puede desear. Ultimamente

vi a mis amas, ya que la fiesta se iba acabando, que me pesó en el alma, no por verlas tarde, que la doncellita estaba hecha ojos, no hacia la fiesta, sino hacia su padre, que viéndole a él me veía a mí. No pude negar a la naturaleza el vigor y aliento que de semejantes encuentros recibe. Hice del ignorante en su vista, y dije a mi amo que nos fuésemos, sabiendo lo que me había de responder, como lo hizo, diciendo: Esperemos a mi mujer e hija para acompañarlas.

Bajaron de una ventana donde estaban, fuimos acompañándolas, la hija temblándole las manos y mudando el color del rostro, hablando con intercadencias. Díjole el padre: Ves aquí tu médico; háblale y agradécele la salud que suele darte. Preguntóme la madre qué me había parecido la fiesta. Hasta que vi a mis señoras, respondí, no vi cosa que, aunque eran buenas, me lo pareciese, porque la gracia, hermosura y talle de mi señora y de su hija yo no la veo en Argel.

Rióse el padre, y ellas quedaron muy contentas; que teniendo por este camino contenta a la madre, de buena gana me dejaba hablar con la hija. Pidióme la doncella un rosario en que iba rezando; díselo, y, en pudiendo hablarla, le dije para qué era el rosario, y que si verdaderamente entregaba su voluntad a la Virgen le abriría camino ancho y fácil para llegar a tanto bien como recibir la gracia del santo bautismo, que la doncella con grandes ansias deseaba, y que le había yo de pedir cuenta de

aquel rosario; que lo guardase muy bien y le rezase cada día, y así lo prometió hacer.

DESCANSO XII

En este tiempo sucedió un notable y no usado hurto, delito castigadísimo entre aquella gente, de que se escandalizó toda la ciudad, y causó mucha turbación por ser hecho al Rey o Virrey, y de moneda que tenía guardada para enviar al gran señor. Y habiéndose hecho grandes diligencias, por ningún camino se pudo sospechar ni imaginar quién pudiese ser el autor, aunque un gran privado del Rey prometía grandísima cantidad de dineros, exenciones y libertades a quien lo descubriese.

Dióse traza que, de secreto y sin alboroto, se fuesen escalando todas las casas, sin dejar salir a nadie de la ciudad, y, no aprovechando cosa, me dijo mi amo: Si supieses algún secreto para descubrir este hurto, diciéndote quién lo hizo, sin que fuese por relación de ningún hombre, yo ten daría libertad y dinero. ¿Ha de faltar, dije yo, modo para eso con una carta echadiza, sin firma o con ella? Esto es lo que voy obviando, dijo mi amo; porque yendo con firma matarán a quien la diere o la firmare, y si va sin firma atormentarán a todo el pueblo para averiguar cúa es la letra, porque cualquier aviso ha de llegar primero a las manos del ladrón que a otra ninguna, porque es el mismo privado suyo; y si lo descubre algún hombre le darán garrote, y si esclavo, le quemarán. Las premisas que yo tengo

para esta verdad son grandes, y el conocimiento de la parte de su crueldad es de muchos años, que aquí más tiemblan de Hazén, su privado, que del Rey; y así, cualquiera modo de los ordinarios causará grandísimo daño en descubrirlo. Y, pues, siendo éste el mayor enemigo que yo tengo, y aun toda la república, no lo descubro, ni quiero que tú lo descubras; muy excesivos daños se han de seguir de ello. Pues déjeme vuesa merced, dije yo, que ya tengo traza para vengar a vuesa merced y descubrir el hurto sin que nadie padezca, y deje de hacerlo como yo quisiere, con darme licencia para hacerlo a mi modo.

Diómela, y tomando un tordo escogido, con todas las partes que ha de tener para buen hablador, encerrélo en un aposento en su jaula, donde no pudiese oír pájaros que le perturbasen, y toda una noche y el día le estuve enseñando a decir: Fulano hurtó el dinero; Fulano hurtó el dinero. Dime tan buena maña, y él tenía tan buen natural, que dentro de quince días, en teniendo hambre, para pedir de comer decía: Fulano hurtó el dinero. De suerte se servía de lo que le había enseñado para todas sus hambres, o sed, que se había olvidado de su canto natural.

Aseguréme bien otros ocho días para que el tordo se asentase bien en lo aprendido, y yo en la traza que llevaba ordenada, que fué importantísima para librar a más de cien hombres que tenían presos sobre el hurto, inocentes de la maldad, y entre ellos a muchos cautivos españoles e italianos, y de otras naciones.

Y así, viendo que mi tordo había de ser liberador de tantos cristianos presos, un viernes que había de ir el Rey a la mezquita soltélo y dile libertad para que él la diese a los otros presos. Subióse a la torre, con otros muchos tordos, y entre las algarabías de los otros, él comenzó muy a priesa a decir: Hazén hurtó el dinero, sin dejar de decirlo todo el día muy a priesa, como se veía en la libertad que deseaba. Fué a oídos del Rey lo que en la torre decía el tordo. Espantóse, y cuando vino la hora de llegar a la mezquita, la primera cosa que oyó fué el nuevo canto de mi tordo, que muy a menudo decía: Hazén hurtó el dinero.

Asentóse luego que, pues había sido tan secreto, debía tener algo de verdad; que como son agoreros en gran manera, se le puso en los cascos que el gran Mahoma había enviado algún espíritu de los que tiene junto a sí a declarar aquel caso, por que no padeciesen tantos pacientes; pero, por no arrojarse sin consejo a la averiguación del caso, llamó a ciertos agoreros o astrólogos, que ya sabían lo que se había cundido del tordo, y apretóles a que le dijese lo que sentían.

Echaron su juicio, y vino tan bien con el del tordo, que prendió a su privado, y después de haber confesado en la tortura y hallado todo el dinero privó al privado de su privanza, desapareciéndolo, con mucha aceptación y gusto en toda la ciudad, que estaba mal con él, no porque supiese mal que a nadie hubiese hecho, que hasta esta maldad no se supo su malicia, sino por parecerles que todos los rigores que

con ellos usaba el Virrey eran por consejo del privado, que esta miseria padecen los que están en lugares supremos, que la envidia o los derriba o los desacredita, siendo así que los verdaderos privados, en llegando a la grandeza que desean, con el amor y favor de sus reyes, luego acuden a la conservación de lo que han alcanzado con acreditarse haciendo bien a la república. Si bien en las grandes monarquías no puede dilatarse fácilmente esta verdad hasta que llegue a los que pueden ser jueces de ello, para que la manifiesten sin que cualquiera se atreva a buscar autor a los daños o inconvenientes que, o por pecados de los hombres, o por juicios de Dios secretos a nuestra capacidad, suceden a la república.

Un moderno estadista, alegando otros antiguos, dice que el príncipe no se ha de dar en presa a su privado, que es no hacer tanto caso de él que le fíe su conciencia y su acciones. Doctrina contra la misma Naturaleza, porque si cualquiera hombre particular naturalmente desea y tiene un amigo con quien, amándole, descansa y le descargue de algunos cuidados por la comunicación, ¿por qué ha de estar el príncipe privado de este bien que los demás tienen? El príncipe valeroso, prudente y justo, necesariamente ha de tener junto así privados de irreprochable vida: porque si no lo fueren, o los apartará de sí, o le mancharán su buena reputación; pero que sea conocidamente y con general aplauso recibida la opinión del príncipe por santa y justa, y que busquen en el privado qué reprender, téngolo por de áni-

mos mal contentos, y aun mal intencionados; y que se reciba a mal que el privado crezca y medre en bienes y haciendas que los otros no pueden alcanzar.

Considérese que en tan opulenta monarquía como la de España, de las migajas que se desperdician de la mesa del príncipe sobra, no solamente para aumentar casas ya comenzadas y grandes, pero para levantarlas de muy profundas miserias a lugares muy altísimos. Los grandes monarcas, reyes y príncipes nacen subordinados al común orden de la Naturaleza y sujetos a las pasiones de amar y aborrecer, y han de tener amigos a quienes naturalmente se inclinen, que las estrellas son poderosas para inclinar a un amigo más que a otro, que cuando estas amistades van por la sola elección no tienen aquella sazón y gusto que las otras; y siendo superiores los príncipes, como lo son, no han de elegir el privado a gusto ajeno, sino al suyo, y siéndolo, también lo será al gusto de los vasallos, cuyo bien pende del gusto bien ordenado del príncipe; y éste se ha de seguir sin quebrarse la cabeza en condenar al uno ni al otro, ni juzgar si es malo o bueno, siendo la norma por donde se han de regular los actos de la justicia, el gobierno de la república y la merced de los vasallos, el premio de los buenos y la virtud de los malos. Cuanto más que pues tienen dos ángeles de guarda, y el corazón del rey está en manos del Señor, es de creer que los inclinarán al bien público y paz general. Que las cosas que la ocasión ofrece de sucesos de fortuna no viene ni tie-

nen dependencia de la voluntad y administración del privado, sino de los movedores del cielo, que son las causas segundas a quien la primera tiene dado su poder general, si no es cuando en su tribunal se ordena otra cosa.

Bueno es que me confiese un hombre mal asentado peor sentido del buen modo de juzgar que comunicó treinta o cuarenta años y al que, o por sus méritos, o por sus diligencias, o por su ventura, llegó a ser privado, y que habiéndolo elevado de virtuoso, apacible y discreto, amigo de hacer bien, en viéndole privado, cuando más bien puede ejecutar su inclinación, vuelve la hoja a desdorar lo que antes doraba y adoraba; y venido a averiguar en qué funda su desestimación, o, por mejor decir, su poca constancia en la amistad que antes le tenía, no sabrá responder sino que es una especie de envidia fundada en el bien ajeno, o porque no lo reparte con él, o porque le pesa que lo tenga, o por mal entendimiento y peor voluntad.

Los privados de los grandes monarcas no pueden tener la memoria de todos los conocidos; basta que la tengan de los que hacen diligencia para ello; que los que son de mi condición no tiene razón de quejarse del privado, pues ha de nacer su bien de su cuidado y diligencia, y no teniéndola, es la queja injustísima.

Hay dos géneros de privados: unos que de principios humildes subieron a merecer entrarse en la voluntad del príncipe, y éstos quieren todo el bien para sí. Otros que, siendo grandes

señores, han sido muy aceptos y muy queridos de su rey, y éstos, como nacieron príncipes, quieren repartir el bien con todos.

Pero los unos y los otros se han de haber con su rey, como la yedra con el árbol a quien se ase, que aunque siempre sube abrazada a él, sin jamás dejarle, con todo eso, nunca le estorba el fruto que naturalmente lleva: y así lo hacen los privados que comenzaron por grandes señores, que nunca le estorban al príncipe las acciones a que le obliga el lugar en que Dios le puso.

Por donde yo creo, y por las razones dichas juzgo que parece que no se podrá engañar el rey en la elección del privado; pero podría engañarse el privado en la elección de los que le propusiere a su rey por capaces para la administración de los cargos o gobiernos, por estar en su noticia por tales no siéndolo, engaño en que, como hombre, se puede caer; y así, le importa para la conservación de su crédito y reputación vivir con cuidado, informándose de los que pueden ser jueces de ello para que, si la elección no saliere tan acertada como se desean, a lo menos se entienda que no fué acaso ni por amistad o antojo.

Pero, tornando a lo primero, digo que es terrible caso que quieran los estadistas privar al príncipe de tan grande susto como es la amistad del privado, a quien el príncipe naturalmente se inclina, siendo así que la voluntad está siempre obrando, y tiene un blanco adon-

de mira más que a otro, en todos los hombres del mundo, y en donde halla descanso y alivio. /

DESCANSO XIII

Ofrece la ocasión algunas veces cosas que divierten del intento principal, como me ha sucedido en este paréntesis, dejando mi historia y tratando cosas que no son de mi profesión, más de conforme naturaleza las dicta y ofrece.

Habiendo sucedido en mí buena suerte salir con lo que se pretendía por el lenguaje de mi tordo, mi amo cumplió su palabra después de haber cumplido el Virrey la suya; y admirándose del secreto y prudencia con que el renegado se hubo en aquel caso, por donde excusó el daño de tanta gente como había presa, que si no fuera por la sagacidad suya peciera él primero, si no fuera por aquel camino, y muchos de los presos sin culpa.

El me dió libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que ya la vi muy inclinada a la verdadera religión, y al hermano, a quien yo había persuadido la misma verdad. de manera que ambos a dos tenían deseo del bautismo; aunque el padre no se daba por entendido, sí lo sospechaba, porque aunque callaba, sin duda lo deseaba.

Llamábase el muchacho Mustafá y la hermana Alima, aunque después que yo la pude comunicar y encaminarla a la verdad católica, se llamó María. Tuve lugar de hablar con ella a solas con mucho gusto, pero no en cosas las-

civas, que nunca tuve intento de ofenderla, y por último la aseguré viniendo a España, que por todos los caminos posibles la avisaría de mi estado y la advertiría de lo que convenía hacer para ser cristiana como deseaba, que, entenediéndose más con su intento principal que conmigo destiló algunas lágrimas de piedad cristiana, y de rendida al amor honesto, con que siendo la última vez que la hablé, me despedí de su presencia para lo que era comunicarla más, y ella, besando muchas veces el rosario que yo le había dado, dijo que le guardaría para siempre.

Díjome después mi amo con muchas muestras de amor: Obregón, yo no puedo dejar de cumplir la palabra que te dí, por haberlo tú merecido y por la obligación que tengo de ser español, y por las reliquias que me quedaron del bautismo (y miró alrededor a ver si le escuchaba alguien), que tan en las entrañas tengo, que ninguno de cuantos ves en todo Argel (de los moros hablo), te guardara fe ni palabra, ni te agradeciera lo hecho. Y si el rey de Argel me agradeció y cumplió la promesa que había hecho a quien descubriese el hurto, es porque es hijo de padres cristianos, donde la verdad y la palabra inviolable se guardan. Y por acá, esta bárbara nación dice que el guardar la palabra es de mercaderes, y no de caballeros. Y aunque yo te la cumplo, hágolo contra mi voluntad, porque al fin, estando tú aquí, tenía con quien descansar en las cosas que no pueden comunicarse. Pero ya que es fuerza y tú estás inclinado a no estar en Argel,

como yo tenía trazado, yo mismo te quiero llevar a España en mis galeotas, y dejarte donde puedas con libertad acudir a tu religión. Ahora es el tiempo propio, en que salen todos en corso; yo habré de ir deshermanado de los demás, por dejarte en alguna de las islas más cercanas a España, que más a Poniente no osaré, porque me traen muy sobre ojo por toda la costa, donde he hecho algunos daños muy notables; y si el galeón en que venías no tuviera ventura en venirle buen viento, todos veníades acá.

Aprestóse mi amo para hacer su viaje, llevando algunos turcos muy valientes consigo y muy acostumbrados a ser piratas; y escogiendo buen tiempo, puso la proa hacia las islas Baleares, dejando en las orillas a su mujer e hija muy llorosas, la una encomendándolo al gran profeta Mahoma, y la otra llamando muy a voces y muy desconsolada a la Virgen María, que como no había cerca quien pudiese reprenderla, lo decía como lo sentía. Yo iba volviendo los ojos a la ciudad, rogando a Dios que algún tiempo pudiese tornar a ella siendo de cristianos, que como yo dejaba lo mejor de mi persona en ella, iba, aunque libre, doliéndome de dejar entre aquella canalla una prenda que se pudiera desempeñar con la sangre del corazón, pues deseaba aprovecharse de la de Cristo, que aunque la supe dejar muy satisfecha y confiada de mi voluntad, llevaba entre mí una batalla que no me dejaba acudir a otra cosa sino al pensamiento que me aquejaba por cruel y desagradecido, me martirizaba por ausente,

y me acusaba dejar un alma cristiana entre cuerpos moros; pero no sé qué confianza me aseguraba que la había de volver a ver cristiana.

Al fin caminamos con felicísimo viento, y como mi amo me veía volver el rostro a la ciudad, decíame: Obregón, paréceme que vas mirando a Argel y echándola maldiciones por verla tan llena de cristianos cautivos, y por eso la llamas ladronera o cueva de ladrones a esta ciudad, pues asegúrote que no es el mayor daño el que corsarios hacen, que al fin van con su riesgo, y alguna vez van por lana y no vuelven trasquilados, ni por trasquilar. Que el mayor daño es que por ver que son en Argel bien recibidos, muchos de su voluntad se vienen de todas las fronteras de Africa con sus arcabuces, o por necesidad de libertad, o por la falta de regalos, o por ser mal inclinados y tener el aparejo tan fácil, que es lastimosa cosa ver que por la ocasión dicha está llena esta ciudad de cristianos de Poniente y de Levante; que aunque voy a hacer mal por mi provecho, no puedo dejar de sentir el daño de la sangre bautizada que me tiene trabado el corazón.

Otras veces, dije yo, he sentido a vuesa merced enternecerse en esta materia, como a hombre piadoso de corazón y de noble sangre; pero no le veo con mudanza de religión, ni con propósito de volverse a la inviolable fe de San Pedro que profesaron sus pasados. No quiero, respondió mi amo, decirte que el amor de la hacienda, la hidalguía de la libertad, ni

la fuerza de mujer e hijos, ni los muchos daños que en mi propia patria he hecho me divierten de ello, sino preguntarte si alguna vez me has visto curioso en saber qué doctrina enseñabas a mis hijos; que por aquí verás cómo debe estar mi fe en mi pecho. Y asegúrote que de cuantos renegados has visto muy poderosos, ricos de esclavos y hacienda, ninguno deja de saber que va engañado; que la libertad que tienen tan grande, y las honras y haciendas, en que son preferidos a los demás turcos y moros, los detienen, siendo señores, y mandando lo que quieren, y a quien quieren; pero saben bien la verdad. Y para prueba de esto, en tanto que el tiempo refresca en nuestro favor, te quiero contar lo que sucedió poco tiempo ha en Argel.

Hay aquí un turco muy poderoso en hacienda y abundante en esclavos, venturoso en la mar y experimentado en la tierra, llamado Mami Reis; es hombre de gentil determinación, de buen talle, liberal y bien quisto. Yendo éste en corso por la costa de Valencia, anduvo algunos días sin poder encontrar presa en el agua, hasta tanto que los mantenimientos le faltaron; vista la necesidad, saltaron en tierra él y sus compañeros, con mucho riesgo y peligro de sus personas, porque encendiendo hachas por toda la costa los inquietaron, de modo que se tornaron al agua, disparando algunas piezas contra la gente del socorro.

Con la priesa que llevaban se dejaron en tierra al señor de la galeota y a otro soldado amigo suyo muy valiente, que, viéndose per-

didlos, se entraron en un molino, donde hallaron solamente una doncella hermosísima, que, turbada, no pudo huir con las demás gentes. Amenazáronla porque no diese voces, y en viendo la costa quieta hicieron la seña que tenían hacia las galeotas, y en viendo la primera noche vinieron al molino, y antes que tornase la gente del rebato cogieron al capitán y su compañero, llevándolos a su galeota juntamente con la cautiva doncella. La hermosura de ella era de manera que dijeron, y con verdad, que tal joya de talle y rostro no se había jamás visto en Argel.

El capitán, dueño de las galeotas, dijo que estimaba en más aquella presa que si hubiera saqueado a toda Valencia. Ella iba acongojadísima y llorosa, y él diciéndola que no fuese desagradecida a su buena fortuna, pues iba a ser señora de toda aquella hacienda y otra mayor y de más importancia, y no a ser esclava, como pensaba. Pero la hermosura y apacibilidad del rostro, acompañada con una mansa gravedad, era de modo que se puede decir que siendo de noche dió luz a toda la galeota, a quien todos se rindieron y humillaron como a cosa divina, admirándose que Valencia criase tan soberanas prendas.

· Fuéla consolando por toda la navegación, que el turco sabe hablar un poco la lengua española y es hombre de muy buena suerte y talle, muy venturoso en cuantas empresas ha acometido, muy rico en tierras, joyas y dineros, muy acepto a la voluntad de todos los reyes de Argel.

Para abreviar, fuése a desembarcar, no a la ciudad, sino a una heredad suya de grande recreación de viñas y jardines muy regalados. Ella, que se vió tan obedecida de esclavos y amigos del turco, parece que se fué ablandando y dejando la tristeza que le había causado el cautiverio. Vino andando el tiempo a querer bien a su amo, y a casarse con él, dejando su religión verdadera por la del marido, en que vivió con grandísimo gusto seis años o siete, querida, servida, regalada, llena de joyas y perlas, y muy olvidada de haber sido cristiana. Por cuya contemplación se hicieron y hacían cada día alegrísimas fiestas de cañas y otras invenciones, porque su condición se parecía mucho a su cara, y la cara se aventajaba a todas las de Argel, de manera, que si no se casara luego con ella, se la quitaran para enviarla al gran Turco.

Pues viviendo con toda esta idolatría, siendo su gusto la norma con que todos vivían, había allí un esclavo de Menorca, hombre de suerte, que, como los demás, comunicaba con ella; vino su rescate, y el buen hombre fuése a despedir de ella, y preguntóle en qué lugar había de residir; él se lo dijo, y ella le mandó que viviese con cuidado para lo que sucediese. El, que no era lerdo, la entendió, y yéndose a Menorca, vivió con él todo el tiempo que pasó, hasta que tuvo ella modo como escribirle una carta a Menorca, en que le decía que viniese con un bergantín, bien puesto, a la heredad de su marido, a media noche para tal día.

Como llegó el tiempo en que todos salen de

Argel en corso, su marido armó sus galeotas con trescientos esclavos, muy hombres de hechos, llevando vestidos a la española, y fué a su ventura, azotando las olas con mucha gallardía, mirándolo su mujer y dándole mil favores desde una torre de su propia casa.

El tiempo era muy caluroso, y el día que tenía concertado en la carta se acercaba. Fingióse muy afligida de la ausencia y del calor, y dijo a sus esclavos y gente que se quería ir a consolar a su heredad y jardines, y llevó consigo, como para estar muchos días, algunos cofres, donde iban vestidos, joyas y dineros y toda la riqueza de oro y plata que había en su casa, donde estuvo algunos días regalándose a sí y a sus esclavos y mujeres, que si antes la querían mucho, entonces la adoraban.

Llegó la noche que tenía concertada sin haberse descubierto a nadie, con tan grande sagacidad y secreto, que ni aun por el pensamiento se pudiera imaginar su determinación, y puesta a una ventana aguardó hasta las doce de la noche, sin dormir ni pegar sus ojos, que vió un bulto que venía de hacia la mar; hizo la seña que estaba concertada por la carta, y, acudiendo bien a ella el hidalgo, dijo: Ea, que aquí está el bergantín.

Entonces la determinada señora habló con toda la brevedad que pudo a sus esclavos, diciendo: Hermanos y amigos, comprados con la sangre de Jesucristo; mi determinación es ésta, el que quisiere libertad y vivir como cristiano, sígame hasta España. Respondió por todos un gran soldado cautivo, natural de Málaga: Se-

ñora, todos estamos determinados de obedecer vuestro mandamiento; pero mirad el peligro en que os ponéis y nos ponéis, que ya las torres dan aviso, y en amaneciendo cuajarán la mar de galeotas y nos darán caza sin duda. A que ella respondió: Quien me puso esto en el corazón me guiará a salvamento; y cuando no suceda, más quiero ser manjar de horribles monstruos marinos en los profundos abismos de las profundas cavernas del mar, muriendo cristiana, que ser reina de Argel contra la religión que profesaron nuestros pasados.

Y sirviendo la hermosísima mujer de valeroso capitán, alentó a sus esclavos de manera que en un instante llevaron al bergantín los cofres y riquezas, dejando muertos a puñaladas a una negra y a dos turquillos que daban voces. Juntos los esclavos, que ya no lo eran, con los que venían en el bergantín, todos hombres honrados y de gran pecho, se conformaron de manera unos a otros, que el bergantín volaba con la fuerza de los remos y el viento, que ayudaba.

En sabiéndose el caso en Argel que fué luego, echaron tras ellos cuarenta o cincuenta galeotas, llevando cada cual su centinela en la gavia y en la entena, que entendieron dar luego con el bergantín; mas parece que Dios, o lo guió o lo hizo invisible; pues fuera de la diligencia dicha, su marido Mami Reis andaba por las islas, y ni los unos ni los otros dieron con el bergantín, hasta que al amanecer se hallaron entre las dos galeotas de su marido, que para la tierra adentro llevaba su gente vestida a la española. Ella, con gran presteza y sagacidad,

mandó que los demás que iban en el bergantín con los esclavos se pusiesen como turcos, para que pudiesen huir dando a entender que huían de españoles.

Fué gallarda y astuta la advertencia, porque viendo Mami Reis que huían de él, se holgó, diciendo: Sin duda parecemos españoles, pues aquel bergantín de turcos se huye de nosotros, y con grande risa celebraron la huída del bergantín, que con esta traza se libraron, y llegaron a España, donde está muy rica y contenta, haciendo grandes limosnas de la hacienda de su marido; y aunque en Argel sucedió otro caso semejante a éste, fué con más poder y menos circunstancias. Ya sabes a qué propósito te he contado este caso, sucedido poco tiempo ha, y sin duda yo creo que ninguno hay que no tenga estampada en el corazón la primera religión que profesó, digo de los bautizados, si bien esta mujer mostró más que todos aquel pecho varonil y determinación cristiana.

No me espanto, dije yo, que esa señora haya tenido tan grande valor en su determinación, que es propio de mujeres poner por obra lo que se les pone en la testa, ni que haya vencido en atrevimiento a los hombres, ni de que tuviese traza para ejecutar su intento, que todo eso es creíble en su natural inclinación. Lo que me admira es que haya tenido capacidad para guardar el secreto tanto tiempo, que es más dificultoso en las mujeres guardar el secreto que guardar la castidad, porque ninguna se escapa de tener una amiga con quien comunica lo pasado, presente y venidero. Que lo otro no fué más

que encajarse en la cabeza que lo había de hacer, porque carecía del discurso que había menester un caso tan arduo, importante y peligroso, que se atrevía a su marido, a los corsarios y a todo Argel, a todas las olas y borrascas del mar Mediterráneo, a las bestias marinas jamás vistas, ni conocidas en su elemento, ni fuera de él, y todo esto no fué tan grande hazaña como no revelar todo el secreto que tanto importaba.

Todo eso dijo mi amo, es verdad; pero una cosa me hace más contradicción, y es: ¡Cómo esa doncella no tuvo valor para huir del molino con las demás, cuando la cautivaron, y lo tuvo después para emprender un hecho tan heroico? A eso, dije yo, es fácil la respuesta, porque cuando esa señora era doncella, con la frialdad natural que todas ordinariamente tienen, la trabó el temor los miembros y venas del cuerpo, de manera que no pudo huir, ni aun moverse de su lugar; pero después que se casó, y la abrigó la fuerza del calor del marido, mejoró su naturaleza y cobró espíritu para acometer esa empresa tan difícil, y de todas las mujeres de que se hace mención en la antigüedad, no se sabe que fuesen doncellas, ni aun se puede creer. ¿Pues las Amazonas, preguntó mi amo, no se dice que fuesen doncellas?

Señor, no, respondí yo, ni en tanto que lo eran salían a las batallas sino ejercitándose, no en ocio, ni en lanificio, sino en cazas de fieras, en andar a caballo usando de la lanza, arco y saeta; y para hacerse más fieras, se mantenían de tortugas y lagartos; y en siendo

de edad para ello se mezclaban con los varones circunvecinos; y si del concúbito parían hijo varón, o le mataban, o le mancaban de manera que no quedase para ejercicio de hombre; y si parían hembra, porque no fuese impedimento para tirar el arco, le sacaban o cortaban el pecho diestro, que eso quiere decir Amazonas, *id est, sine ubere*, sin teta; pero ninguna de ellas por sí sola hizo tan grande hazaña como esta valenciana.

DESCANSO XIV

Como los esclavos y compañeros iban dormitando, tuvimos lugar y espacio mi amo y yo para tratar esta materia y otras, con que venció el sueño. Habiendo reposado un tanto, dentro de dos horas descubrimos las islas Baleares, Mallorca y Menorca, Ibiza y otras islas pequeñas; pero no nos acercamos a Mallorca, por el cuidado con que aquella isla vive, hasta ser de noche; y aunque aguardamos a esto, fué menester apresurarnos, porque si bien se parecieron presto, había bien que trabajar para llegar a ellas.

Acercámonos a Mallorca por mejor, y para él fué peor, porque al despuntar de un risco estaba en él una centinela que dió aviso a las galeras de Génova, que andaban por coger a mi amo, y aunque se acercaba la noche, comenzaron a batir los remos con grande furia hacia nosotros. Mi amo, viéndose perdido, pasóse a la otra galeota, llevando consigo a la más granada gente que traía en ambas, y dió-

me a mí cargo de mirar por la que me dejaba con poca gente, confiándose que hablando yo español podría responder a propósito y tener algún remedio la galeota. De suerte, que me dejó por estorbo para que hiciesen la presa en mí y se pudiese librar.

Sucedióle como él lo había pensado, porque como hombre astuto y muy práctico en toda la costa, no se hizo a la mar, sino a la isla, que como era casi de noche, de caleta en caleta se fué escondiendo, y en oscureciendo se hizo a la mar y se escapó. La galeota en que yo había quedado, como no llevaba gente que bogase, sino muy poca, y la más ruín, fué quedando tanto, que las galeras pudieron tirar una pieza para que nos rindiéramos. Parámonos, y, en llegando cerca, yo, muy alentadamente y en bien claro español, dije: Rendidos somos. Pues a vos buscamos, dijeron las galeras, llamándome por mil nombres infames, que realmente como la galeota era aquella en que siempre andaba mi amo, y hablé tan claro español, que me tuvieron por el renegado, echaron al remo todos los turcos, canalla que hallaron conmigo, y a mí, pensando que habían dado con lo que buscaban, me maniataron para llevarme a Génova y hacer en mí un gran castigo.

Decíame el capitán de la capitana: Quante volte habete scampato la vita, can renegato; adesso non scamparate, se non impiccato? Señor, dije, mire V. S. que yo no soy el renegado que V. S. piensa, sino un pobre español esclavo suyo.

Por la defensa cargaron sobre mí tantos palos, que me obligaron a decir: Dicen que Gé-nova es monte sin leña; pero harta ha habido para mí ahora. Riéronse dos músicos españoles que traía el general en su galera de mi respuesta, y más de la paciencia con que lo llevé; uno de los cuales conocía yo muy bien, y entre ellos, por lo que les declaró uno de los músicos, también hubo alguna risa.

Yo me arrimé a un rincón maniatado, y dando gracias a Dios que tantas veces me veía ejercitado en trabajos de miserias; que las desdichas nos traen a la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados porque las merecemos; que si quisiésemos advertir cuánto mayores son que los trabajos que Dios nos envía, nos consolaríamos, y no nos quejaríamos de los instrumentos que Dios toma para castigarnos, que son sus invenciones tan secretas y tan grandes, que nos ponen en cuidado de considerar por dónde nos vino el daño, y no por dónde lo teníamos merecido, y es tan piadoso en el castigo, que no quiere infamarnos por lo que merecemos, sino darnos en qué merecer por lo que sufrimos, y llevar en paciencia lo que no habemos pecado, que su misericordia a todo esto se extiende, que nos ejercita en lo que no pecamos para descuento de lo que merecemos en lo que pecamos, y luego echamos la culpa a aquellos por cuya mano viene el justo castigo de Dios, que con lo que no habemos hecho nos castigó lo que habemos hecho, por estimar en tanto nuestra honra que no quiere muchas veces castigarnos por los

mismos filos que nos matan interiormente, porque no nos desconsolamos, ni lo tengamos por ejecutor cruel.

Acuérdome yo ahora de las desventuras que desde niño me han seguido, y no me acuerdo de los delitos de mi juventud. Viéneme a la memoria cuánto bien he hecho a algunos hombres en esta vida, y que por estos mismos han venido muchos males, porque Dios toma semejantes instrumentos para confusión y castigo de pecados cometidos con ignorancia y con malicia. Yo estoy ahora en fama de renegado, y maniatado, agraviado injustamente por un astuto y endiablado hombre, precito y descomulgado; y si quiero volver los ojos atrás, veo que merezco estos y otros mayores castigos de la mano de Dios. A esto llegó un bellaco de un cómitre, y dándome con un rebenque, me dijo: ¿Qué habla el perro entre dientes? Callé, porque no secundase.

El señor Marcelo Doria, que era general, movido a misericordia, dijo que hasta averiguar quién era no me tratasen mal. Yo, como vi la puerta abierta de la piedad, dije: Suplico a vuestra excelencia, pues la defensa natural es concedida a todos, se me conceda a mí, que yo sé que en sabiendo vuestra excelencia lo que soy, no solamente no padeceré en manos de un tan gran príncipe, pero espero en Dios que me tiene de honrar más que merezco. Yo daré en Génova, y aun en esta galera, testigos que me conocieron en la corte del Rey Católico en el tiempo que este renegado andaba hacien-

do mal en todas estas costas, y será uno de ellos el señor Julio Espínola, el embajador.

Hízome desatar, y habló conmigo, preguntándome todo lo que deseaba saber del renegado; yo le dije la astucia con que se había escapado, con que satisfice algo de mi persona, y puso mucha culpa a los que no siguieron la empresa. Tornéme a mi rinconcillo, aunque no maniatado, y púseme en cuclillas, las dos manos en el rostro y los codos en las rodillas, porque no me conociese el músico, pensando en mil cosas.

Yendo navegando hacia Génova, viendo que ya se habría dado noticia en Argel que las galeras de Génova corrían la costa, pasamos el golfo de León con una poca de borrasca, y habiéndolo atravesado de punta a punta, mandó el general a los músicos que cantasen, y, tomando sus guitarras, lo primero que cantaron fué unas octavas mías que se glosaban:

El bien dudoso, el mal seguro y cierto.

Comenzó el tiple, que se llamaba Francisco de la Peña, a hacer excelentísimos pasajes de garganta, que como la sonata era grave había lugar para hacerlos, y yo a dar un suspiro a cada cláusula que hacían. Cantaron todas las octavas, y al último pie que dijeron,

El bien dudoso, el mal seguro y cierto.

ya no pude contenerme, y con un movimiento natural inconsiderablemente dije: Todavía me dura esa desdicha.

Como fué en alta voz, miré el Peña, que por venir yo tan disfrazado de cara y de vestido, y por ser él corto de vista, no me había conocido antes, y en viéndome, sin poder hablar palabra, humedecidos los ojos, me abrazó, y fué al general, diciendo: ¿A quién piensa V. E. que traemos aquí? ¿A quién?, preguntó el general. Al autor, dijo Peña, de esta letra y sonata, y de cuanto le habemos cantado a V. E. ¿Qué decís? Llamadle acá. Llegueme con harta vergüenza, pero con ánimo alentado, y preguntóme el general. ¿Cómo os llamáis? Marcos de Obregón, respondí yo. El Peña, hombre que siempre profesó verdad y virtud, llegó al general y le dijo: Fulano es su propio nombre, que por venir tan mal parado debe de disfrazarlo.

Espantóse el general de ver un hombre de quien tenía tanta noticia en tan humilde traje, y rodeado de tantos trabajos y tan injustamente maniatado. Preguntóme la causa de ello, y yo, con mucha paciencia y humildad, le conté todo lo sucedido, porque el galeón del Duque de Medina había parado en el Final.

Hízome mucha merced, particularmente trastejándome de vestidos. Y en llegando a Génova visité a Julio Espínola, el embajador, cuya amistad yo había profesado en la corte de España, que, certificado Marcelo Doria de esta verdad, ambos me hicieron merced de acomodarme de dinero y cabalgadura para Milán; pero primero quise ver aquella república tan rica de dineros y antigüedad, de nobles y antiquísimas casas, descendientes de emperado-

res y grandes señores, y de la mayor nobleza de Italia, como son Dorias, Espínolas, Adornos, de cuya notabilísima familia hay un ramo en Jerez de la Frontera, emparentado con grandes caballeros españoles y señalado con el hábito de Calatrava y las demás órdenes, como don Agustín Adorno, caballero tan virtuoso como principal.

Y como mi intento no era parar allí, dispúseme para proseguir mi viaje a Milán, para donde había salido de España.

RELACION TERCERA

de la vida del escudero

MARCOS DE OBREGON

Yo, que de cautivo, esclavo y maltratado, tan presto me vi con dineros y bien puesto de vestidos, deseaba ya ardentísimamente llegar a donde mis amigos me viesen libre y supiesen los trabajos y favores de que la fortuna había usado conmigo. Y así, en habiendo visto la grandeza de aquella república y tomado el descanso que tan grande cansancio pedía, cogí mi cabalgadura y Victorino, o mozo de mulas, y aviándome para Milán subí por aquellas montañas de Génova, tan ásperas y encumbradas como las de Ronda.

Y en habiendo pasado por San Pedro de Arenas, ya que anohecía, fué tan grande la piedra y agua que nos recogió, que perdimos el camino en parte donde fuera fácil el despeñarnos hasta los profundos ríos, crecidos con la grande avenida, yendo a dar a la furia del mar; porque los arroyos que se juntaron de la tormenta del granizo y agua eran bastantes para mucho más que esto. No veíamos luz sino por los ojos del caballo, que nos guiaban, que es la peor bestia para caminar, del mundo, que en Italia se camina con ellos.

Y, con la poca gana que llevaba, se arrimaba a cualquier árbol que topábamos, o se arrojaba por donde se le antojaba. De suerte que yo me apeé, y en unos árboles que tenían grandes troncos y muchas ramas, trabadas unas con otras, nos arrimamos hasta esperar que o la tempestad cesase, o viésemos alguna claridad o luz que nos guiase a salvamento.

El Victorino, aunque práctico en la tierra, estaba tan turbado, que había perdido los memoriales, y yo las esperanzas de poder movernos de allí hasta la mañana. Corría el agua de nosotros por la carne como de cueros de curtidora y grandísimo rato pasamos con este trabajo; pero no pudimos gozar de la sombra de los acopados árboles, porque corría más agua de ellos que de nosotros, que todo lo rendía el tiempo insufrible y borrascoso.

Estando en esta suspensión de ánimo congojoso oímos decir cerca de nosotros: Guarda la vita. Como tan cerca sonó, miré por entre las ramas, y vi que a las espaldas de los árboles parecía una luz que salía de tres casas, donde el caballo debía de haber posado otras veces, y, aunque por malos pasos, nos había guiado allí. El espacio era poco, y en un instante, corriendo, nos pusimos en las casas, de donde salieron con grande cuidado a ofrecernos alojamiento; y donde no pensamos hallar agua, hallamos muy gentiles capones, que todas las naciones extranjeras hacen esta ventaja a España en las posadas y regalo de los caminantes.

Cenamos muy bien; yo pedí un jarro de agua, y trujéronla de una fuente que nacía

junto a las mismas casas, caliente, vaheando; hícela poner a una ventana, que aunque el tiempo no estaba tan frío, la borrasca y granizo lo había trocado, y en un instante se enfrió, y aun heló, el jarro de agua. Bebílo, y el huésped trajo allí de las otras casas dos testigos, y viéndome beber otro jarro de agua fría, les dijo: Señores, para esto os he traído, porque si este señor español muriese de estos jarros de agua fría, no digan que yo le he muerto. Reíme, juzgando que lo decía por aborrecer el agua, o por amar el vino, y no fué sino por la razón que el hostelero dijo después.

Pregunté, como nuevo en Italia, por qué razón quería que no bebiese agua quien casi siempre la había bebido y bebía. Respondió que las aguas de España eran más delgadas y de más fácil digestión que las de Italia, que tienen más humedad.

Y es de creer que, pues gente de tan gentil discurso como la italiana no osa beberla sola, halla en ella algún daño. Yo conocí un caballero italiano que cuando vino a España no había bebido gota de agua, y estando en España no bebió gota de vino, que las aguas, ora sean de río, ora sean de fuente, toman la calidad buena o mala de la tierra o minerales por donde pasan. Las de España, por ser esta provincia tan favorecida del sol y consumir las humedades con tanta violencia, son bonísimas, fuera de que ordinariamente pasan por minerales de oro, como se parece en las de Sierra Bermeja, que la misma sierra está del mismo color, y son excelentísimas; o pasan por mi-

nerales de plata, que son bonísimas, como las de Sierra Morena, que se verifica en las de Guadalsanal; o por minerales de hierro, como es en Vizcaya, que son saludables/

Y, en resolución, no hay agua en España que sea mala, sea de fuente o sea de río, que de lagunas y lagos, o encharcadas, ni las hay ni las beben; antes parece que, para mayor grandeza de la misericordia de Dios, una laguna de más de una legua, que está cerca de Antequera, que todos los años se hace sal, tiene junto a sí la mejor y más sana agua que se conoce en lo descubierto, que se llama la Fuente de la Piedra, porque la deshace. Y en Ronda, otra fuentecilla, que llaman de las Monjas, que nace mirando al Oriente y en un cerro, en bebiéndola luego deshace la piedra, y en el mismo día salen las arenas, y de ésta se puede escribir un grandísimo volumen. Pero lo que el hostelero me dijo fué tan verdad, que en todo el tiempo que estuve en Lombardía, que fueron más de tres años, ni tuve salud, ni me faltó dolor de cabeza perpetuo, por el agua que bebía.

Y verificóse el día siguiente, que yendo caminando, en todos los charquillos que se habían hecho del grande turbión de agua había animalejos, como sapillos, renacuajos y otras sabandijas, engendradas en tan poco espacio, que es causa de la mucha humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milán se ven unas bolas de culebras en mucha cantidad engendradas de la bascosidad y putrefacción del agua y la humedad gruesa de la misma tierra. /

DESCANSO PRIMERO

Pero ya, dejando esta materia, fuimos caminando por el Ginovesado mi mozo de mulas y yo, y hasta que topamos con unos labradores, que, preguntados por dónde tomaríamos el camino que habíamos errado la noche antes, nos dijeron un disparate para engañarnos y que anduviésemos perdidos más tiempo.

El mozo entendió la burla, y dijo que nos engañaban. Pero yo, no tomándolo por burla, deshonrélos en mal lenguaje italiano, y ellos, que eran muchos, cargáronse de piedras; yo me apéé, y di una cuchillada a uno; el mozo cogió su caballo y dejóme entre ellos, que como era de su nación no quiso ser testigo del caso, y ellos cargaron sobre mí, porque deslicé y caí en el suelo, y maniatándome dieron conmigo en el lugar más cercano, que era muy grande y muy poblado. Representaron la sangre del herido, y echáronme una cadena y grillos muy pesados.

Esta vez no me quise quejar de mi mucha desdicha, sino de mi poca consideración, que estando en tierra no conocida quise hacer lo que no hiciera en la mía: que los españoles, en estando fuera de su natural, se persuaden a entender que son señores absolutos. Yo, que no tenía de quién ni a quién quejarme, volví contra mí las piedras que los contrarios podían tirarme: vime cargado de los hierros que no tuve en Argel, siendo enemigos de la fe y de los que la profesan, sin poder volver los ojos a quien me mirase de buena gana. Que por la

misma razón que pensamos ser señores del mundo, somos aborrecidos de todos. Quien va a tierras ajenas tiene obligación de entrar en ellas con grande tiento, que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no hay conocimiento. Y es averiguada cosa que aunque los reinos y repúblicas se guarden el respeto y amistad que profesan entre sí, no ocurre lo mismo en los particulares, que ordinariamente se desdoran, y tienen enemistades unos con otros, y tanto más cuanto más se ven, sin razón o con ella, supeditados.

Eché de ver que la paciencia es virtud corriente para todas las cosas del mundo, pero más para tratar con gentes no comunicadas. Tiene el forastero necesidad de ser muy afable y comedido con crianza, y ha de perder de su derecho en las cosas, que donde está no sabe si son buenas o malas; con semblante alegre, cólera enfrenada, viene fácilmente en el conocimiento de lo que ignoramos en las tierras cuyas costumbres no han venido a nuestra noticia.

Yo me vi afligidísimo, sin ver a quién poder dar parte de mis trabajos. Llamábanme de marrano muy cerca de mí, y la más honrada sentencia era que me habían de dar garrote de secreto. El carcelero parecía hombre corriente; pero no hallaba por dónde entrarle para consolarme con él. Estuve pensando qué modo tendría, y acordéme que esta nación es codiciosa sobremanera, y que por allí podría echar algún cartabón para mi remedio.

Llevaba en la faldriquera algunos escudos que saqué de Génova. Andaban allí dos niños del carcelero, muy graciosos, y acordándome cuán buen rostro muestran los padres a quien hace bien a sus hijos, di a cada niño un escudo: aquí abrió los ojos el padre, agradeciéndolo mucho, y aun muchísimo, que me dió buena esperanza de salir con lo que había pensado. Díjome: V. S. debe ser muy rico. ¿En qué lo echáis de ver?, pregunté yo. En la liberalidad, respondió, con que habéis dado a esos niños moneda que aun los hombres mal conocemos por acá. Pues si esto estimáis, siendo tan poco, ¿qué haréis cuando sepáis lo demás?, y sacando dineros díselos a él, y díjele: Porque me parecéis hombre de buen discurso, os quiero decir quién soy, que de esta niñería no tenéis que hacer caso. Yo he alcanzado lo que todos los filósofos andan buscando y no acaban de dar con ello; pero primero me habéis de hacer juramento de en ningún tiempo descubrirme.

El lo hizo solemnísimamente, y con grandes ansias me preguntó qué era lo que quería decirle, y respondí: Sé hacer la piedra filosofal que convierte el hierro en oro, y con esto nunca me falta lo que he menester; pero no he osado comunicarlo con nadie en Génova, por que la república no me estorbase mi viaje, que lo hicieran sin duda, porque como esta divina invención es tan apetecida y deseada de todos, todos andan tras ella, y si saben alguno que lo sabe, o los reyes o las repúblicas los detienen contra su voluntad, por que ejercite el

arte para ellos a su costa, que en habiendo mucha cantidad de oro en el mundo será estimado en poco. Señor, dijo el carcelero, muchas veces he oído tratar de esto; pero nunca he visto ni oído decir que lo haya nadie alcanzado en nuestros tiempos, que aunque V. S. me ve en este oficio, que por estar quieto y mantener mis hijos ejercito, ya he estado en España sirviendo a un embajador en Génova, y por lo dicho me recogí a este pueblo, donde nació.

Huélgome de eso, dije yo, porque siendo, como sois, discreto, y habiendo oído tratar de la materia daréis crédito a lo que veréis con vuestros ojos. Si yo pudiese, dijo, aprender eso, sería un valiente hombre, que mandaría a todo mi lugar, y enviaría libre a V. S. adonde fuese servido. A lo primero, dije yo, os respondo que consiste el hacerlo en dar un punto que es menester gran cuidado para aceptarlo, y así no me atrevo a enseñároslo; pero dejaréos con tanto oro que no hayáis menester a nadie vos ni vuestros hijos. Y a lo segundo, que no quiero que hagáis por mí cosa que en algún tiempo pueda haceros daño, que la misma arte química me dará modo para librarme, y esto os lo enseñaré facilísimamente, que lo veréis aunque estéis ciego, cómo sin culpa vuestra y sin consentimiento vuestro me libro, y vos quedáis sin calumnia y con riqueza y gusto.

Echóse a mis pies con grandes ceremonias, quitándome la cadena y grillos, contradiciéndoselo yo con grandes veras y pensando adelante toda la noche, para más asegurado en la materia, por hacer mejor mi negocio, le dije: Sa-

bed que el no haber acertado a dar el punto a la transmutación de los metales nace de no haber entendido a los grandes filósofos que tratan de esta materia sutilísimamente, como son Arnaldo de Villanueva, Raimundo Lulio y Gebot, moro de nación, y otros muchos autores, que la escriben en cifras, por no hacerlas comunes a los ignorantes, que yo por enterarme en la verdad de ello he pasado a Fez, en Africa; a Constantinopla y Alemania, y con la comunicación de grandes filósofos he venido a descubrir la verdad, que consiste en reducir a la primera materia un metal tan intratable y recio como el hierro, que puesto en aquel principio suyo y en aquella simiente de que fué hecho, aplicándole las msas cosas y los mismos simples que la Naturaleza aplica al oro, cuando se forma o se va formando viene a transformarse en la misma substancia de él. Que de la propia manera que todas las criaturas van imitando, en cuanto les es posible, a la más perfecta de su género, así el hierro y los demás metales van imitando a la más perfecta de ellas, que es el oro, y dándole tales cualidades, que la Naturaleza, con la generación del padre universal, que es el sol, viene a mudar su naturaleza en la del oro; y esto se hace mediante ciertas sales fortísimas y corrosivas, mirando los aspectos de los planetas, en que yo estoy muy diestro y enterado. Y para que veáis alguna semejanza que os persuada de esta verdad, dejad esta noche un callo de herradura que haya sido muy pisado y lleno del orín que

recibe en los muladares, y hecho pedacicos muy menudos, o limándolo, ponedlo en una redoma con fuego lento, en muy fuerte vinagre, y veréis lo que resulte.

Hízolo puntualmente, y dióme en que reposase aquella noche muy a mi gusto, donde pensé muy bien la traza que llevaba ordenada para librarme de la prisión.

DESCANSO II

A la mañana vino el carcelero, muy contento, diciendo que descubriría que se iba el hierro convirtiendo en un color rubio, como de oro. Ahí conoceréis, dije yo, que os voy tratando de verdad; dile dineros para que me trajese ciertas cosas o ciertos simples corrosivos y venenosos, que no los digo porque mi intento no es enseñar a hacer mal, y con otras cosas que les junté hice unos polvos que muchas veces rociaba con agua fuerte, y enjugándose tornaba a rociarlos, quedando con un color rubio muy apacible.

Hechos los polvos y perfeccionados como yo los había menester, a dos bellacones que estaban sentenciados a galeras les dije: Las galeras están en Génova, que es acercarse vuestro martirio; si os atrevéis a ponerme en una noche en tierra del Rey, yo os sacaré de aquí con mucho silencio, y sin ruido de dentro ni de fuera.

Ellos respondieron con grande determinación: Y aun a los hombros sacaremos a vuestra señoría, y antes que amanezca estará entre soldados españoles. Pues estad, les dije, maña-

na en la noche atentos, y en viéndome con las llaves en la mano acudid a vuestro remedio y el mío.

Alegráronse los pobres, y con grandes ansias deseaban ya que llegase la hora. Por la mañana dije al carcelero que trajese unos crisoles y cuantos callos de herradura pudiera hallar, que todos los había de convertir en oro, y que a la noche, cuando toda la cárcel estuviese en silencio, encendiese lumbre de carbón, sin que hubiese ningún testigo que nos pudiese denunciar.

El lo tuvo tan en cuidado, que no dejó herrador ni muladar que no anduviese, y en llegando la noche me mostró tantos callos de herradura, que vendidos a libras podían aprovecharle mucho; encerró su gente y los demás presos, y los dos que me habían de ayudar se hicieron dormidos; encendió su brasero, y, puesto en silencio todo, saqué mis polvos y mostréselos, y parecióronle del mismo oro. Pues mirad, le dije, qué cordial olor tienen; y échéselos en la mano; él los llegó a oler, y yo, con mucha presteza, le di una palmada en la parte baja de la mano, y saltaron en los ojos, cayendo él de la otra parte sin sentido, ni sin poder hablar; cogíle las llaves, y los bellacones que vieron el caso acudieron luego; abríles las puertas, quedándose el pobre hombre sin sentido, y sin que nadie nos viese salimos de la cárcel y del pueblo, y a la mañana, habiendo pasado arboledas, sierras y barrancos dificultosos, me hallé en Alejandría de la Palla, entre

soldados españoles, que metían la guarda a don Rodrigo de Toledo, gobernador de ella.

A los buenos galeotes les pareció que les había venido del cielo la libertad, fuéronse a buscar su vida. Yo me holgué en el alma de haber salido bien con mi intento, que aunque fué a costa del pobre carcelero, por la libertad todo se puede hacer. Yo fuí esta vez como el demonio, que tienta a los hombres por la parte que más flaca siente en ellos: que él por la codicia y yo por la libertad, nos concertamos muy bien, que es tan superior la codicia en los pechos adonde se halla, que son muchos, y que los rinde a cualquier flaqueza. Los bienes que por merecimientos, ruegos y comodidades no se alcanzan, en acometiéndoles por la codicia se rinden al gusto de ambas partes; los males que por violencia y estratagemas no se pueden hacer, mostrando la codicia su amarillo rostro se ablanda la dureza de los pechos de hierro.

¡Qué de fortalezas se han rendido, qué de lealtades se han quebrantado, qué de clausuras se han roto, qué de castidades se han corrompido, acometidas por la codicia! Todos los vicios que a los hombres traen arrastrados dejan alguna consideración para lo venidero, sino la lujuria y la codicia, que cogen y ciegan todas las potencias del discurso; más fácil es de enfrenar la furia de un loco por castigo que reducir a razón la sed de un codicioso por consejo.

Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua de que es capaz, ni está harta, ni se aprovecha de ella, y son tan

furiosos en sus actos como la culebra hambrienta, que a todo acomete, aunque sea un sapo que la hinche de ponzoña; que ni miran si es lícito o contra razón, que como sea engordar a todo acomete, y creo es así que tienen el castigo por sombra de su desatinada hambre. Como este miserable de carcelero, que por donde pensó ver su casa llena de oro quedó sin ojos para verlo.

Dios mire por los codiciosos y los reduzca a la medicina que conserva la vida y aquieta la conciencia.

DESCANSO III

Partíme para Milán, temiendo, por el gran deseo que llevaba de llegar, alguna desgracia, que los desdichados han de vivir siempre con cuidado de lo que puede y suele suceder.

Hay un río que pasa por la ciudad de Alejandría, que se llama Eltamar, donde vi unas aceñas movedizas de madera, que deben de tener en el fundamento algunas ruedas para moverse, que no reparé en preguntarlo porque no hacía a mi propósito, y habiendo esperado el barco para pasar el Pó, río caudalósísimo, después de haberse sorbido el Eltanar entramos en él con unas pobres peregrinas, y al medio del río sucedió que, por la corriente de Eltanar, venía una aceña o molinos de aquellos, que le debía de haber faltado el fundamento, y encontróse de manera con nuestro barco que dió con él patas arriba.

El caballo, como son atrevidas estas bestias

para cortar el agua, se arrojó a ella; yo me así luego de la cola, y las peregrinas de mí, y el Venturino de la postrera de ellas, y, cayendo y levantando, y a veces topando con los pies en la arena, llegamos a la orilla, donde el caballo nos roció por la puerta falsa, que debía de venir acebadado; pero no por eso me desasí hasta verme ya pisar las orillas.

Hallamos allí que habían pasado en otro barco algunas gentes de diversas naciones, franceses, alemanes, italianos y españoles, y para entendernos hablamos todos en latín; pero era la pronunciación tan diversa la una de la otra, que hablando en muy gentil lenguaje latino no nos entendíamos los unos a los otros, que me dió mucho que pensar que aun en una misma lengua, y que corre por toda Europa, dure el castigo de la torre de Babilonia.

Llegamos a Pavía, insigne Universidad; regalóme el castellano, que era entonces, aunque como mi deseo me llevaba a Milán no paré hasta verme en aquella maravillosa población donde tan grandes santos ha habido, y continúan siempre los prelados de aquel excelentísimo templo. El que entonces le gobernaba era el santísimo cardenal Carlos Borromeo, que ahora dicen San Carlos, que fué su vida de manera que a pocos años de su muerte le canonizaron.

Llegué a tiempo que se celebraron las exequias de la santísima Reina doña Ana de Austria, y habiendo buscado a quién cometer la traza, historias y versos de la vida ejemplar de tan gran señora, pudiendo cometerles a

muy grandes ingenios, tuvo por bien el magistrado de Milán de cometerlas al autor de este libro, no por mejor, sino por más deseoso de servir a su rey y de aprender en cosas tan graves y de tan graves ingenios, y ofreciéndoles y dando noticias de Aníbal de Tolentino, excelentísimo sujeto, que lo hiciera mejor que otro en toda Europa; al fin, por más cercano, le mandaron al autor que la hiciese. Oíle un sermón en estas exequias al bienaventurado San Carlos, que fué como su vida.

Hallé a mis amigos muy contentos y admirados de la verdad con que había conseguido libertad, y deseosos de saber cómo había sucedido, me forzaban a que lo contase y refiriese muy muchas veces; que realmente los trabajos contados en la prosperidad, o habiendo salido de ellos, tienen su gusto particular; que las desventuras, todo lo que tienen de males presentes tienen de bienes pasados; son los trabajos como las servas o nísperos, que cuando están en su fuerza son ásperos al gusto; pero después de pasada su sazón, lo que tenían de ásperos tienen de suaves podridos; son como el que se va anegando en un río, que va siempre sacando la cabeza y haciendo todas las diligencias posibles para escaparse, pero después de salido bebe de aquella misma agua que le quiso ahogar. Espina el erizo de la avellana; pero después se halla gusto en rumiándola.

Holgué grandemente de ver la grandeza, fertilidad y abundancia de Milán, que en esto creo que pocas ciudades se le igualan en Europa, aunque la mucha humedad que tiene, o por

aquellos cuatro ríos hechos a mano, por donde le entra tanta abundancia de provisión, o por ser el sitio naturalmente húmedo, yo me hallé siempre con grandísimos dolores de cabeza, que aunque yo nací sujeto a ellos, en esta república los sentí mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas: ignorancia, envidia y corrimientos; pero los de aquí me duraron hasta volver a España.

Pasé en Milán tres años, como hombre que está en la cama, contando las vigas del techo trescientas veces, sin hacer cosa que importase: lo uno, por estar siempre indispuerto; lo otro, por lo poco que entre soldados se ejercitan los actos de ingenio. Dióme gana de ver a Turín, y por mis pecados fué por el mes de diciembre, tiempo en que no hay caminos, sino ríos en vez de ellos, que como hacía buen tiempo cuando salí, engañéme pensando que fuera todo de aquella manera; y en llegando a Bufalores comenzó a desgajarse el cielo, no con lluvia, sino con acequias de agua tan continua, que se perdió el tiento a los caminos.

Llegué a Turín, y, por haber experimentado los arroyos a la venida, estúveme dos meses allí, en compañía de otro español; pero fueron tan grandes las nieblas, que se topaban los hombres por las calles, sin verse: nacidas de la vecindad, según dicen allí, del Pó, que pasa por junto a la ciudad, fuera de que por medio de ella ven muchos arroyos de agua. Mas veo que en España Guadalquivir pasa por Sevilla, más caudaloso que el Pó, y algunas veces tan crecido, que baña la mayor par-

te de la ciudad, y todo el campo de Tablada está hecho un mar navegable, y no he visto tales nieblas.

Y Granada tiene dos ríos que la bañan, y muchos más arroyos por las calles, y no parece esta obscuridad o niebla; pero dejando, esto, posamos el otro español y yo en una hostería, donde me vi en el mayor peligro y en la mejor ocasión de ser dichosísimo que he tenido ni tendré en mi vida. Que estando comiendo mucha gente, esperando mi compañero y yo que acabasen para sentarnos, un viejo de hasta cincuenta años de edad, de propósito dió en tratar de la religión nueva, de la religión reformada, repitiendo esto muchas veces; y, aunque era natural de Ginebra, hablaba en buen italiano, que por ser españoles le pareció alzar la voz más de lo que había menester.

Y tras un brindis y otro decían herejías muy dignas de gente llena de vino. Mi compañero decíame que callase, y ellos, brindando por la salud de sus fautores, tornaban una vez y otra a decir de la religión nueva y de la religión reformada, de suerte que me obligaron a preguntar qué religión era aquélla, y quién la había reformado. Respondiéronme que era la religión de Jesucristo y que la habían reformado Martín Lutero y Juan Calvino. Antes de oír más palabras, les dije: Buena andaría la religión, reformada por dos tan grandes herejes.

Alborotóse la hostería, y cargaron tantas cuchilladas sobre mí y sobre el otro español, que si no cogemos una escalera nos hacen pedazos. La huéspedada atajó el negocio con decirles que

mirasen lo que hacían, que estábamos depositados allí por el Duque.

Sosegóse el alboroto, porque hasta entonces aún no habían negado la obediencia al Duque de Saboya, aunque la tenían negada a la Iglesia romana. En sosegándose el rumor, me dijo aquel viejo: ¿Por qué llamáis herejes a dos varones tan santos y que tanta gente llevaron tras su opinión? Respondí yo: ¿Por qué llamáis vosotros santos y reformadores de la ley de Jesucristo a dos hombres que en todo y por todo, en vida y costumbres, fueron contra la doctrina de Jesucristo y sus Evangelios; que fueron hombres libres, viciosos, deslenguados, embusteros, engañadores, alborotadores de las repúblicas, enemigos de la general quietud?

Quiso tornarse a alborotar el viejo, y como le habían puesto por delante el temor y respeto del Duque, cesó con decir: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos, y esos somos nosotros. Respondíle yo: Mejor dijérades, muchos son los escogidos y pocos los llamados, porque no vienen a manos del Papa. ¡Extraño caso!, que hay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad y poltronería se desvían de la misma verdad que interiormente saben y conocen. Y que tengan hombres poderosos que favorezcan sus errores, de suerte que unos y otros siguen su mal intento. Los poderosos, con decir que siguen doctrina de hombres sabios, y los otros, con decir que tienen arrimo en príncipes poderosos, como si fuese disculpa para la ejecución de tantos vi-

cios y amominaciones como cometen a sombra de la libertad con que sus maestros les hacen vivir, en cuyas arrastradas opiniones hay cosas tan ridículas que se echa de ver que adrede quieren errar.

DESCANSO IV

Volvíme de Turín a Milán, porque aunque tuve intento de pasar a Flandes no hallé comodidad, fuera de saber que la gente de Flandes venía marchando hacia Lombardía, y por haber estado ya en Flandes con la misma gente en el asalto del general de Maestic, donde me sucedió una cosa muy graciosa, que pudiera ser muy desgraciada, y fué: que en el saco de la ciudad cogí al más lucido cuartago de todos los que había en una casa principal, y subiendo sobre él en cerro, como en tiempo de bulla no se miraban mucho las cosas, a tiempo que salía de la ciudad iban tras mí más de trescientos cuartagos, porque la que yo había tomado era una yegua sazónada, y si no me arrojó de ella al suelo, me dieran muchas manotadas los galanes que la seguían.

Al fin, volví hacia Milán, porque el compañero pasó hacia Flandes, y buscando en qué caminar topé con una carroza, donde por fuerza hube de ir, en compañía de cuatro ginebreses tan grandes herejes como los otros. Determinando de callar a cualquier cosa que oyese decir, por donde les granjeé la voluntad de manera que, siendo muy enemigos de españoles, me regalaron por todo el camino, diciéndome

mil veces que era muy buen compañero; que, realmente, como no les traten de religión, son sencillos, y gente afable para tratar, y muy amigos de dar gusto.

Fuéronme festejando por el camino, y entre dos brazos del Tesino se apartaron hacia unas arboledas y sierra, donde dijeron que iban a ver un grande nigromántico para preguntarle ciertos secretos de mucha importancia. Yo, como era mozo y amigo de novedades, holguéme por ver aquella que tanto lo era para mí.

Anduvimos un rato por aquella arboleda, hasta llegar al pie de la sierra, donde se descubrió una boca de cueva con una puerta de tosca madera, cerrada por dentro. Llamaron, y respondiendo de dentro con una voz crespá, baja, y con un género de gravedad. Abrióse la puerta, y representóse la figura del nigromántico con una ropa de color pardo, con muchas manchas, mapas pintados en ella, culebras, signos celestes, un bonete en la cabeza, largo y aforrado en pellejo de lobo, y otras cosas que hacían su persona horrible, como también lo eran el lugar y casa donde habitaba.

Hablaron aquellos caballeros de Ginebra, informándole de su venida y cómo, certificados de su gran fama, venían a consultarle un negocio grave. El, aunque en el principio comenzó a negárselo, al fin acabaron con él con ruegos y presentes que le dieron, que lo ablandan todo, a que se inclinase a admitir su petición. Mientras hablaban con él, yo miré el cuerpo de la cueva, que estaba llena de cosas que ponían temor y espanto, como era cabezas de demo-

nios, de leones y tigres, faunos y centauros, y otras cosas de este modo, para poner horror a los que entrasen, unas pintadas y otras de bulto, con que daba a entender que tenía trato y amistad con algún demonio.

Hablóles muy gran rato, diciéndoles de su gran poder, y mostró muchas joyas de diversas gentes y de grandes señores, que le habían dado por los secretos que les había revelado. Llegados al caso, como yo miraba más al artificio con que tenía adornada la cueva, preguntóles cómo no llegaba yo a la conversación. Respondieron ellos que era español. Díjoles el nigromántico: No quisiera mostrar mis secretos delante de españoles, porque son incrédulos y agudos de ingenio. A lo cual respondieron ellos: Bien podéis hacer en su presencia cualquiera cosa, porque, aunque español, es hombre de bien y buen compañero.

Resolvióse a hacerlo, y llamó a un ayudante tan fiero y espantable, que me pareció que era algún demonio. Entramos más adentro, donde tenía el familiar, que era un aposentillo más obscuro que el cuerpo de la casa, que estaba cercado con unas barandillas, y dentro estaba uno como facistol, y sobre él un grande globo de vidrio con un abecedario de letras grandes escritas alrededor, y en medio del globo puesto el familiar, que era un hombrecito de color de hierro, con el brazo derecho levantado en derecho hacia las letras, que todo realmente ponía espanto.

Habló con el familiar con una arenga muy larga, proponiéndole la antigua amistad que

habían profesado tantos años, para obligarle a que con facilidad respondiese a lo que quería preguntar; y poniéndose unos guantes muy anchos, después de puesta la demanda, alzó la mano derecha, diciéndole: Ea, presto.

El familiar se resolvió, y señaló una letra. Quitóse el guante el nigromántico, y escribió aquella letra que había señalado el familiar. Tornó a ponerse el guante, y alzando la mano otra vez le dijo: Adelante. El familiar movióse, señalando otra letra, y de esta manera fué preguntándole hasta haber escrito diez o doce letras, en que iba respondiendo a la pregunta muy a gusto de los ginebreses. Yo, como eché de ver que para escribir cualquiera letra se quitaba el guante, diciendo qué podía ser, y aunque sospeché que se habían de alborotar todos, determinadamente, yendo a señalar otra vez con el guante, se lo arrebaté por el dedo demostrador, y, hallando una dureza muy grande en el dedo, primero le pregunté al nigromántico: ¿Esta no es calamita o piedra imán? Quedó suspenso y corrido, y volviéndose a los otros dijo: Bien decía yo que los españoles eran agudos, y que no quería hacer cosa delante de ellos.

El secreto del caso era que aquel familiarillo era hecho de alguna cosa muy ligera, y el bracillo era de acero tocado a aquella piedra imán, que era tan fina como el nigromante diestro en señalar la letra que había menester, con que atraía al familiar corriendo a mostrarla. Quedaron los ginebreses admirados, así de la sutileza con que aquél engañaba a las gentes

como de la mía en haber conocido su embeleco. Y aunque los sentí al principio pesarosos de que no hubiese cumplido el pronóstico con la respuesta del familiar, que ellos tenían por demonio, después tuvieron en mucho el desengaño, y rogóle el nigromante que me pidiesen que no le descornase la flor, porque con aquello ganaba su vida sin hacer mal a nadie, y tenía reputación de grande hombre. La invención, cierto, era ingeniosísima, muy conforme a la filosofía natural, y podía sufrirse, como por juego de masecoral; pero cosas tan repugnantes a la verdad y del trato común, engaños tan conocidos, no es razón que permanezcan ni se permitan.

Fuímonos, dejando muy desconsolado al embustero, y, escandalizados los ginebreses del caso, me reprendieron el haberle afrentado y desanimado para proseguir en su embeleco. Yo les dije: ¿No os habéis holgado de ver este secreto descubierto? Respondiéronme que sí, Yo les dije: Pues de la misma manera se holgarán todos los que lo supieren, porque menos importa quedar éste sin opinión y sin oficio que permitir un engaño tan extendido y pernicioso como éste. Yo, para decir la verdad, siempre he estado y estoy mal con estas gentes, como son: nigrománticos, judiciarios y otros semejantes; aunque estos judiciarios tengo por los peores, por estar más bien recibidos en la república y decir menos verdad. Que aunque los que tratan de verdadera astrología de movimientos, éstos son doctos que saben las matemáticas con fundamento, como es Clavijo Ro-

mano, el doctor Arias de Loyola y el doctor Sedillo, españoles, grandes varones de su facultad; que esos otros son embusteros, gente de poca substancia, de que podía traer muchos cuentos, porque de cien cosas que dicen yerran las noventa, y cuando aciertan alguna es por yerro. Válense de mujerçillas que les vienen a preguntar, como gitanas, la buena-ventura, y al fin es gente ridícula, que acaban tan miserablemente como los alquimistas, porque quieren dar alcance a los secretos de Dios tienen reservados para sí.

En estàs conversaciones y otras semejantes llegamos a Bufalora, pueblo del Estado de Milán, donde los ginebreses se apartaron y yo proseguí mi viaje.

DESCANSO V

Vuelto a Milán, como aquella república es tan abundante de todas las cosas, eslo también de hombres muy doctos en las buenas letras y en el ejercicio de la música, en que era muy sabio D. Antonio de Londoña, presidente de aquel magistrado, en cuya casa había siempre junta de excelentísimos músicos, como de voces y habilidades, donde se hacía mención de todos los hombres eminentes en la facultad.

Tañíanse vihuelas de arco con grande destreza, tecla, arpa, vihuela de mano, por excelentísimos hombres en todos los instrumentos. Movíanse cuestiones acerca del uso de esta ciencia, pero no se ponía en el extremo que estos días se ha puesto en casa del maestro Clavijo, don-

de ha habido juntas de lo más granado y purificado de este divino aunque mal premiado ejercicio.

Juntábase en el jardín de su casa el licenciado Gaspar de Torres, que en la verdad de herir la cuerda con aire y ciencia, acompañando la vihuela con gallardísimos pasajes de voz y garganta, llegó al extremo que se puede llegar. Y otros muchos sujetos, muy dignos de hacer mención de ellos. Pero, llegado a oír al mismo maestro Clavijo en la tecla, a su hija doña Bernardina en el arpa y a Lucas de Matos en la vihuela de siete órdenes, imitándose los unos a los otros con gravísimos y no usados movimientos, es lo mejor que yo he oído en mi vida. Pero la niña, que ahora es monja en Santo Domingo el Real, es monstruo de naturaleza en la tecla y arpa.

Mas, volviendo a lo dicho, un día, acabando de cantar y tañer, y quedando todos suspensos, preguntó uno que cómo la música no hacía ahora el mismo efecto que solía hacer antiguamente, suspendiendo los ánimos y convirtiéndolos a transformarse en los mismos conceptos que iban cantando, como fué lo de Alejandro Magno, que estándole cantando las guerras de Troya, con grande ímpetu se levantó y puso mano a su espada, echando cuchilladas al aire, como si se hallara en ella presente.

Dije yo a esto: Lo mismo se puede hacer ahora, y se hace. Replicóme diciendo que, después que se perdió el género enarmónico, no se podía hacer. Dije yo: Con el género enarmónico me parece que era imposible hacerse,

porque como la excelencia de ese género consiste en la división de semitonos y diesis, no puede la voz humana obedecer a tantos semitonos y diesis como aquel género tiene.

Y así, aquel príncipe de la música, el abad Salinas, que lo resucitó solamente, lo dejó en un instrumento de tecla, pareciéndole que la voz humana con gran trabajo y dificultad podía obedecerlo. Yo le vi tañer el instrumento de tecla que dejó en Salamanca, en que hacía milagros con las manos; pero no le vi reducirlo a que voces humanas lo ejecutasen, habiendo en el coro de Salamanca, en aquel tiempo, grandes cantores, de voces y habilidad, y siendo maestro aquel gran compositor Juan Navarro. Y que se pueda hacer, y se hace, con el género diatónico y cromático, como haya las mismas circunstancias y requisitos que el caso quiere, sucederá cada día lo mismo. Y en las sonatas españolas, que tan divino aire y novedad tienen, se ve cada día ese milagro. Los requisitos son que la letra tenga conceptos excelentes y muy agudos, como el lenguaje de la misma casta. Lo segundo, que la música sea tan hija de los mismos conceptos, que los vaya desentrañando. Lo tercero es que quien la canta tenga espíritu y disposición, aire y gallardía para ejecutarlo. Lo cuarto, que el que la oye tenga el ánimo y gusto dispuesto para aquella materia. Que de esta manera hará la música milagros. Yo soy testigo que estando cantando dos músicos con grande excelencia una noche una canción que dice:

Rompe las venas del ardiente pecho.

fué tanta la pasión y accidente que le dió a un caballero que los había llevado a cantar, que estando la señora a la ventana y muy de secreto, sacó la daga y dijo: Veis aquí el instrumento, rompedme el pecho y las entrañas; quedando admirados músicos y autor de la letra y sonata, porque concurrieron allí todos los requisitos necesarios para hacer aquel efecto.

No les pareció mal a los presentes, porque todos eran doctísimos en la facultad. En estos y otros ejercicios se pasaron la vida entre poetas de poesía y entre soldados de armas, donde se ejercitaba, no solamente la pica y arcabuz, sino también el juego de la espada y daga, broquel y rodela, que había valerosos hombres, diestros y animosos, donde se hacía mención de Carranza, aunque hubo quien daba la ventaja a D. Luis Pacheco de Narváez. Porque en la verdadera filosofía matemática de este arte, y en la demostración para la ejecución de las heridas, excede a los pasados y presentes.

En estos y otros ejercicios loables se pasa la vida en Lombardía, aunque yo traía siempre tan quebrada la salud, por causa de las muchas humedades, que determiné volverme a España, después de haber visto a Venecia, y hubo buena ocasión, porque entonces iba la infantería y caballería del Estado de Milán a recibir a la señora Emperatriz a tierra de los venecianos para traerla a embarcar a Génova.

Salió aquella gallardísima gente del Estado hasta llegar a Crema, donde recibieron a la ce-

sárea majestad como a tan gran señor se debía. En llegando allí, para proseguir mi intento, pasé de la otra parte del río en la cabalgadura que hasta allí había traído de balde, diciéndole al mozo de mulas que yo le pagaría el resto del camino hasta llegar a Venecia; pero él lo hizo tan bien, que en la primera posada me dejó plantado, sin hablar palabra, que era un pueblecillo pequeño, donde no hallé cabalgadura, ni aun persona que me respondiese palabra buena, por ser español y por ir en traje de soldado; de manera que ni la humildad, ni el término apacible, ni la paciencia me aprovecharon para dejar de ir a pie y sin compañía, por tierra no conocida y madrastra de españoles. Iba caminando por unos llanos, y aun de mala gana me decía si erraba el camino.

Y habiendo andado todo el día bien desconsolado, sin saber dónde había de ir a parar, ya que se ponía el sol, vi venir atravesando el camino un caballero con un halcón en la mano, y como me vió paróse en el camino hasta que pudiese emparejar con él, que estuve buen rato, porque iba despeado tanto como triste y afligido. En llegando a él, mostrando alguna compasión, me preguntó si era soldado; respondíle que sí, y díjome que estaba lejos de allí el alojamiento donde yo podía llegar aquella noche; que le siguiese hasta una casería suya, donde me albergaría hasta la mañana.

Seguíle, aunque con alguna sospecha; pero, acordándome que la gente principal siempre es acompañada de buen término, verdad y mise-

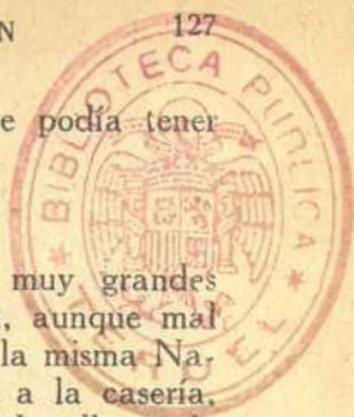
ricordia, quitóseme el recelo que podía tener con otra compañía.

DESCANSO VI

Entramos por unos jardines muy grandes que estaban cerca de su casería, aunque mal cultivados y llenos de yerba que la misma Naturaleza creaba acaso; llegamos a la casería, donde salieron a recibirle los criados, llenos de silencio y melancolía. Entramos en una casa, aunque de grande edificio, muy desordenada de cosa que pudiese dar gusto, sino con unas colgaduras negras y viejas; los sirvientes mustios, mudos y callados, y todo lo de la casa lleno de luto y tristeza.

Yo estaba suspenso y embelesado de ver un aplauso tan lleno de horror y desconuelo, y no seguro, sino sospechoso de algún daño mío. El caballero tenía un semblante de hombre que traía quebradas las alas del corazón, y no mandaba cosa a los criados de palabra, sino con sólo el semblante, aunque furioso, macilento. Llamóme a cenar, de que yo tenía muy gentil gana; como dije, estaba algo sospechoso, por mi poca suerte, de alguna novedad. Cené con tanto silencio como el caballero, que estaba frontero de mí, que nunca más bien me supo el callar, porque saqué el vientre de mal año a costa de la suspensión con que el caballero cenó.

Yo no osaba preguntarle cosa, porque el verdadero camino para conservarse los hombres es transformarse en el humor de aquellos con quien tratan, y como no podemos saber los secretos del corazón ajeno, habemos de aguar-



dar a que por alguna parte rompa el silencio; que es yerro escudriñar las cosas de que no nos dan parte, especialmente con personas poderosas, cuya voluntad se gobierna con el poder y el apetito.

Al fin, acabada la cena y echados de allí los criados, con una voz baja, que parecía salirle de las entrañas, me dijo de esta manera: ¡Dichosos aquellos que nacen sin obligaciones, porque pasarán con suerte, mala o buena, sin darles cuidado mirar por las ajenas y desvalerse en pensar qué dirán de la suya! El pobre soldado, en cumpliendo con hacer lo que le toca, se va a descansar a su lecho. El oficial y todos los demás de este género, en habiendo acabado su ministerio hallan descanso en la ociosidad. Mas ¡ay de aquel que, mirado de muchos ojos, respetado de muchas gentes, rendido al parecer de muchos juicios, sujeto al murmurar de muchas lenguas, no puede acudir a la sombra de sus obligaciones.

Yo he querido, señor soldado, descansar con vos en daros parte de mis lamentables desdichas, no porque faltara con quien descansar, sino porque las desventuras no se han de comunicar con testigos tan cercanos que cada día puedan renovarlas. Que hace mal el pecho y cría mala intención representarse a los ojos el testigo de los daños propios. Y aseguroos que ninguno de estos sirvientes sabe la causa de mis infelicidades; que aunque los veis andar tan amedrentados, no saben más de lo que leen en el sobrescrito de mi rostro.

Yo soy un caballero que tengo algunos va-

sallos y hacienda para poder vivir en descanso, si la hacienda lo puede dar, con las obligaciones que trae consigo; nací inclinado, no a las cortes ni bullicio popular, que culpa la vida y entretiene el tiempo, sino a la soledad, usando ejercicios del campo, como es la agricultura, huertas y jardines, pesca y caza de montería y volatería, en que he gastado algunos años y toda mi renta con mucho gusto, y algunas buenas obras usadas con caminantes.

Pasé mucha parte de mi juventud sin matrimonio, teniéndolo por pesada carga y ocupación excesiva para la ejecución de mis ejercicios; pero como las mudanzas en el mundo son forzosas, y el cielo tiene dispuestas nuestras vidas con diversos accidentes, de bien en mal, y de mal en peor, o al contrario, sucedió un día que yendo a caza con un halcón en una mano y un corazón en otra para cebarlo, me arrebataron el mío de improviso, dejándome en él una idea que ni se ha borrado, ni se borrará para siempre jamás.

Fué de esta manera: que pasando a la vista de Crema salió por un callejón de unas huertas uno de los más bellos rostros y de mayor majestad que en persona mortal jamás se ha visto; quise seguirla; al mismo punto se tornó a encerrar en las huertas.

Yo, admirado de tan extraordinaria y no vista belleza, informéme con gran cuidado de su estado, nacimiento y bondad, y después de averiguarlo todo hallé que era doncella honesta, hija de muy humildes padres. Parecióme que no sería dificultoso rendirla a fuerza de

presentes, promesas y dádivas, que suelen rendir a las peñas más encumbradas. Visitéla por medio de algunas señoras que no rehusan de usar de este ministerio para acudir a hacer amistades a quien las obliga con regalos. Ibanse en una carroza, en achaque de ver las huer-tas, y, con darle muchas baterías, nunca pudieron darle asalto a la fuerza de su honesta castidad.

Vine a extremo que, no pudiendo sufrir la violencia de mi estrella, me fuí en la carroza con las dueñas, en su mismo traje, que en las barbas había poca diferencia de mí a ellas, por ser mozo y lampiño, y fué para acabarme de matar. Porque en viéndome en la compañía de ellas y cerca de su persona, de nuevo me abrase con el encanto de sus dulcísimas palabras pronunciadas en mi favor, en que dijo: Quien trae tal dueña consigo, tan apacible y hermosa, otras fuerzas sabrán conquistar de más excelencia que esta triste y humilde sabandija.

Estas palabras, y ver en aquel pobre traje tanta limpieza y aseo, tanta gallardía acompañada de vergonzosa gravedad, con esta tan honrada resistencia, con otras mil cosas que en ella resplandecían, me forzaron a acudir al último remedio, que fué pedirla para mi esposa; y, para atajar discursos de historia tan lamentable, recibíla por mi mujer y recogíme con ella a esta casería, donde viví con ella con tanto amor y gusto de su parte y de la mía, que no sufría una hora de división.

El día que iba a cazar, a la vuelta la hallaba llorosa y con unas ansias y desconsuelos

que me regalaban el alma, y me obligaban de nuevo a quererla como cosa divina; seis años que pasé en este gusto, bien pudieran ser envidiados de todos los pasados y presentes; que fueron tales, que sólo un desagrado de un pecho bajo y mal nacido pudiera atajar tan bien fundados principios.

Estaba cerca de aquí un hombrecico, aunque sin calidad, de buenas partes, no consumadas, sino apuntadas, porque sabía un poco de música y otro poco de poesía; preciábase de ser hombre de hecho, y en el pueblo donde vivía no era estimado, ni hacían caso de su persona. Trújele para guarda de la mía y para comunicación de algunos ratos desocupados, en que me hacía compañía. Adornéle de vestidos, dábale mi mesa, era el segundo poseedor de mi hacienda, y, en resolución, levántele del polvo de la tierra a ser hombre principal, igual con mi persona; antes y después de descansado, siempre que yo iba a caza, iba en un rocín conmigo, y si se cansaba tornábase a la casería; esto era después de cansado, en el cual tiempo él tenía lugar de hablar con mi esposa, de que yo jamás tuve sospecha, porque él era un hombre pequeño de cuerpo, falto de facciones, dientes anchos, manos gruesas, falto de virtudes morales, inclinado a la detracción y cizaña; aunque después no le dejaba volver de la caza hasta que yo tornase, más por cumplir con el mundo que por mala satisfacción que de él tuviere.

Después de esta privación, aparecíase todas las noches que yo venía una fantasma en los

jardines, que alborotaba a los perros y espantaba a los criados. Yo, aunque venía cansado, levantábame a mirar todos los rincones de los jardines antes de volver a mi cama, por si topaba la fantasma. Y en saliendo de mi cama, mi esposa se encerraba por dentro.

Duró esta fantasma muchos días y algunos meses; pero notaba que los pocos días que me dejaba en la caza no había fantasma a la noche, ni yo podía imaginad dónde se recogía, hasta que una noche, habiendo venido de cazar, le dije a un criado que se estuviese a la puerta del jardín y tuviese gran cuenta con aquella visión. Encerréme en mi aposento con mi esposa, esperando si tornaba como las demás noches, cuando comenzaron los perros a hacerse pedazos ladrando, porque la fantasma era tan grande, que llegaba a la ventana y tejados; levantéme con toda la priesa que pude, y encontrado al criado que había dejado a la puerta del jardín, me dijo: No se canse vuesa merced, que la fantasma es Cornelio, su gran privado que hace este embeleco porque mientras vuesa merced sale, él está con mi señora haciendo traición a vuesa merced; el cómo y por dónde entra, yo no lo sé, si no es que algún demonio le ayude; pero sé que es verdad, y ha muchos días que pasa.

Fué tan encendido el furor que se me esparció por las entrañas, que, arrebatándole por el cuello del jubón, le di de puñaladas, diciéndole: Por que no lo digáis a otro, y por que a mí me lo decís después de hecho. Echéle en una bodeguilla y cerré la puerta con la llave

maestra de la casa y del jardín, y sosegándome contra mi condición, abrasado el pecho y las entrañas de celos y deshonra, fuíme paso entre paso para llegar más quieto; llamé a la puerta donde estaba mi esposa, y mostrando mucho temor preguntó si era yo la fantasma; mas, al fin, en conociéndome, abrió la puerta, y viéndome mudado el color, que por más que disimulé me lo conoció, me dijo: Señor mío ¿qué mudanza de rostro es ésa? Maldiga Dios la fantasma y quien la inventó, que tan inquieto os trae y me trae.

Disimulé lo mejor que pude, diciendo que era nada, y acostándome en mi cama, ella, con sus acostumbradas caricias, procuró aquietarme, con que yo puse en duda su daño y el mío. Dormí poco y mal con la batalla sangrienta que traía en mi pecho.

Levantéme en siendo de día, llamé los criados de caza y a Cornelio, con el mejor semblante que pude; fuimos al campo, y en todo el día no hallé cosa de volatería para las aves, ni caza para los perros.

Túvelo por mal agüero, y allá a la tarde, el traidor de Cornelio fingióse malo, por tornarse a la casería; envíele, y mandéle que dijese a mi esposa que tenía una garza echada tres leguas de allí, y no podía aquella noche irla a acompañar; pero que en amaneciendo había de dar sobre la garza.

El fué muy contento con este recado, y yo quedé con una grande máquina de pensamientos sobre la determinación que había de tomar.



DESCANSO VII

Siendo ya bien tarde, que quería anochecer, envié a los criados a parar la garza, y siendo de noche, víneme con todo el silencio que pude a la casería, y entrando por una puerta falsa del jardín con la llave maestra, fuíme derecho al aposento de Cornelio, y abriéndolo, no lo hallé dentro, sino el aposento con luz encendida. Tomé la luz, y fuí por una sala que estaba pegada a su aposento, buscándole si parecía por allí; anduve toda la sala, y fuí al remate de ella, que iba a dar a otra sala baja, en cuyo alto estaba la estancia mía y de mi esposa; vi una escalera arrimada a la pared que llegaba hasta mi estancia, y en el remate de la escalera abierto un boquerón por donde cabía un hombre muy bien, que estaba tapado con un lienzo de Ticiano, del adulterio de Venus y Marte.

Hasta entonces no había creído mi daño. Aparté la escalera de allí con intención de que no tuviese por dónde bajar, y como un trueno acudí a mi estancia, y, llamando para cogerlos descuidados, mi esposa me vino a abrir la puerta, y él fué muy de priesa a poner los pies en la escalera, y, poniéndolos en el aire, dió con su persona abajo, quebrándose ambas piernas por las rodillas.

Torné a cerrar la puerta de mi estancia, y fuí a recibir al caído, que iba arrastrando con las manos como toro español, desjarretadas las piernas, y díjele: Ah, traidor, ingrato a los bie-

nes recibidos, éste es el pago que llevan los falsos desconocidos. Y arimándolo a un madero de la escalera, después de haberle dado muchas puñaladas, le di garrote, y con la misma furia, subiendo a dar puñaladas a mi esposa, se me cayó la daga de las manos, y todas cuantas veces intenté hacerlo me hallé incapaz de mover el brazo para herir aquel cuerpo que tan superior había sido a mis fuerzas.

Al fin bajéla abajo, y poniéndola junto a su amante, ya que no pude hacerla otro daño, maniatéla de pies y manos, y a él saquéle el corazón y púselo entre los dos para que ella viese todos los días el corazón donde tan a su gusto había vivido. Y al otro criado muerto lo traje arrastrado, y le dije: Veis aquí el testigo de vuestro delito. Torné a quererla matar, y se me tornaron a desjarretar los brazos, y al fin determiné de matarla con hambres y sed, dándole cada día media libra de pan y muy poco agua. Hoy hace quince días que no ha visto luz, ni oído palabra de mi boca, ni ella me la ha hablado, con darle yo esa miseria con mis propias manos. Y a mí no me parecen quince días, sino quince mil años, y en cada día he pasado quince mil suertes. Este es el miserable estado en que me hallo, desamparado de todo aquello que me puede dar consuelo, y tan rematado, que quisiera que Dios me hubiera hecho un hombre desechado del mundo, desnudo de obligaciones, para irme donde jamás hubiesen habitado gentes. Y pues os he hecho y dado parte de lo que nadie sabrá de mi boca, también quiero que veáis por vues-

tros ojos lo que tiene tan sin luz a los míos y tan sin esperanza de volverla a ver.

Y tomando una vela con un candelero me dijo que le siguiese, y pasando por un pedazo de jardín, abrió la puerta donde estaban encerradas todas sus desdichas. Representóseme luego uno de los más horrendos espectáculos que los ojos humanos han visto. Un hombre arrastrado, con muchas puñaladas en el cuerpo; otro despedazado, por el costado abierto, y el corazón puesto en un escalón, junto a uno de los más bellos rostros que naturaleza ha criado.

Y para mayor ocasión de dolor, sucedió que, en abriendo la puerta, se entraron tras él algunos perros, que, en viendo a la desdichada de su esposa, llegaron a lamerle las manos y rostro, y hacerle tantas caricias, que a mí me enternecieron los ojos y al marido las entrañas y el alma. Viendo la ocasión de su ternura, le dije: Señor, yo no os he hablado palabra, ni replicado cosa que me habéis dicho, por no haber visto en vuestra pasión puerta abierta, ni por haberme vos dado licencia. Pues ahora, dijo el caballero, os la doy para que digáis todo cuanto os pareciere. Y desechado todo el temor por su terneza, le dije estas palabras: Vos, señor, me habéis confesado que la primera idea que se os entró en el alma del amor de vuestra esposa, ni se ha borrado ni se borrará para siempre jamás. También me habéis dicho que este negocio, falso o verdadero, nadie lo ha sabido sino estos dos, que ya no pueden publicarlo, y la honra o infamia de los hom-

bres no consiste en lo que ellos saben de sí propios, sino en lo que el vulgo sabe y dice; porque si lo que los hombres saben de sí mismos entendiesen que lo sabe el mundo como ellos lo saben, muchos o todos irían adonde gentes no los viesen. Vos habéis atajado con la muerte de éstos lo que se podría decir. Tenéis a vuestra esposa viva, y quizá sin culpa, pues en cuantas veces la habéis querido matar no habéis podido. No os digo más sino que miréis la terneza que han causado las caricias y blandura que estos perros están usando con ella.

Antes que el marido respondiese palabra, ella, alentándose y sacando una voz cansada del profundo pecho, como si saliera de algún sepulcro, dijo: Señor soldado, no gastéis palabras en vano, porque ni yo estoy para vivir, ni por cuanto cubre el sol querría tornar a ver su luz. Pero por si alguna vez, espantado de tan horrible caso, os viniere a la memoria el referirlo, sepáis la verdad, porque ni condenéis la crueldad de mi esposo, ni divulgéis la infamia que yo merezco.

Estos dos hombres han merecido justamente las muertes recibidas. Aquél arrastrado, porque dijo lo que no vió ni pudo ver. Y éste despedazado, no por lo que hizo, sino por lo que intentó hacer como traidor, desagradecido al mucho bien quemi esposo y señor le había hecho, que procedió con tantas diligencias que yo entendí que tenía pacto con algún demonio, porque le veía en mi propia estancia sin saber por dónde había entrado, mas de que

lo vi salir por debajo de una tabla de pintura, y preguntándole qué quería, me respondía que venía a entretenerme por la ausencia de mi esposo y señor.

Yo no le dije palabra mala por sus pretensiones: lo uno, porque yo jamás la he dicho a nadie; lo otro, porque después que vió mi entereza no dijo más palabra deshonesta. Y si me culpare mi esposo y señor porque no le avisé de ello, diré que aun viéndole con enojos muy livianos, me despulsaba hasta verle fuera de ellos, cuanto más decirle una cosa que tan al alma le había de llegar, y no tenía reino, ni imperio el mundo por quien yo manchase mi honra y el hecho de mi esposo y señor; y por la piedad que en vos he conocido, y por la verdad que os he dicho, os suplico que le roguéis que no me alargue la vida, sino que me abrevie la muerte, para que vaya presto a presentar este martirio en la presencia de Dios.

Desde el punto que comenzó a hablar la desdichada, tanto como hermosa, fueron tantas las lágrimas que derramó el marido, que viendo la ocasión, le dije: ¿Qué os parece de esto, señor caballero? A lo cual, sollozando, me respondió que de la misma manera que os di licencia para hablar, os la doy para que hagáis lo que os pareciere que me está bien.

Al punto cogí mi daga y corté las ligaduras de aquellos hermosos, aunque debilitados miembros, que lo estaban tanto, que sin poder tenerse se cayó sobre mi pecho, y después se asentó en el suelo, como para descansar del gran martirio que había pasado. El marido se

arrojó de rodillas ante ella, y, besándole las manos le dió un desmayo, tal que yo entendí que quedaba muerta, y levantándose el marido con toda humildad del mundo.

No pudo responder, porque con el descanso le dió un desmayo, tal que yo entendí que quedaba muerta, y levantándose el marido con mucha priesa, trujo muchas cosas confortativas, con que la que había quedado como azucena volvió en un instante a estar como una rosa, que abriendo unos suavísimos ojos zarcos y verdes, dijo al marido: ¿Por qué, señor mío, me habéis querido tornar a esta desdichada vida? Porque no se acabase la mía, respondió él, y cogiéndola entre los dos la llevamos a su estancia, donde fueron tan grandes los regalos y beneficios que se le hicieron, que, al fin, la reservaron de la muerte.

De todo esto que aquella noche pasó, ningún criado fué testigo. A la mañana le pedí licencia para irme, para seguir mi viaje; no me dejó ir en veinte días, que lo hube bien menester para el cansancio del camino, y para el horror que había concebido de tan triste historia y espantoso espectáculo. Que de arrebatare de su pasión, sin hacer reflexión en considerar si pudiera ser falso, hizo aquellos homicidios, y llevaba camino de acabar con la inocente e inculpable mujer, con que viviera inquietísimo, si viviera, y ella quedaría infamada de lo que no había cometido; que el caballero se engañase con tantas apariencias de verdad, lastimado de la honra y de los celos, raíz de tantos y tan exorbitantes males, no es

maravilla; pero que sea tanta la insistencia o pertinacia de un pecho doblado y lleno de cautelas, que por llevar su intención al cabo, lo que había de gastar con inquietud, lo gaste en estratagema, trazas y bullicios, en ofender la honra ajena y poner en peligro su vida, cosa es que espanta, que parecen estos hombres cautelosos hechos de diferente manera que los otros. Mas parece que anduvo muy arrebatado en dar puñaladas al que le dió la nueva, y que pudiera con aquella revelación averiguar la verdad sin precipitarse.

Mas la misma naturaleza, que la razón, le llevó a hacer aquel castigo justo por muchas causas. La primera y principal, porque es maldad de perversa intención y entendimiento corrupto y de conciencia derramada, decir un hombre las faltas ajenas de que no ha sido testigo. Lo otro, porque dar malas nuevas a nadie de lo que le ha de pasar, parece que es tener gusto de los males del amigo a quien lo dice. Lo tercero, porque chismosos y congratadores con su cizaña tienen destruída la mitad del mundo.

Hay también que notar aquí el gran sufrimiento de aquella tan hermosa como agravada mujer, que cuantos golpes le dió la fortuna, viéndose ya a la puerta de la muerte, ni perdió la paciencia a sus desdichas, ni el respeto a su marido. Ojalá todas supiesen cuánto les importa saber tenerla para conservar la paz de su casa y el amor de sus maridos; que les parece que es menos honra no dar tantas voces como ellos siendo más poderosos.

Yo había quedado tan escandalizado y sin gusto de lo que había oído y visto, que aunque me rogaron encarecidísimamente que me quedase allí por toda la vida, o por algún tiempo, no pudo acabarse conmigo; pero neguéselo, dándoles a entender que iba muy contento de la obligación que me había echado, loando mucho al caballero el valor que había mostrado en reparar su honra, y a ella la entereza y conservación de su reputación.

Dentro de los días que allí estuve eché de ver la razón que tenía el marido de estar muy enamorado de aquel apacible y divino semblante, tan lleno de gravedad honesta, que cierto en la hermosura del rostro, gallardía del cuerpo, mansedumbre de condición y suavidad de costumbres, era un retrato de doña Antonia de Calatayud.

Yo, para asegurarme del todo del temor que pudiera haber concebido y dejarlos gustosos, les di palabra de volver a su servicio o a su casa en acabando mis negocios en Venecia, y con esta condición me dejaron ir, que como yo tenía algún temor de algún daño de su parte, ellos lo tenían de mí porque no revelase lo que había visto; que todo ese artificio han menester los que son testigos de daños ajenos, y no les ha de parecer que son señores de las personas cuyos secretos saben. Que se ven grandes daños y se han visto en esta máquina sobre las personas que han revelado secretos.

Al fin, yo me despedí de ellos con mucho beneplácito suyo, y regalo que me hicieron. Cogí mi camino, encomendándome a Dios, es-

pantado de tan nuevo suceso y lleno de tantas desdichas; pero muy contento de verme libre de tan intrincado laberinto y loando mucho en mí la honra y estimación de las mujeres italianas principales y el recato con que se guardan y las guardan.

Habíame apartado ya cosa de una milla de los jardines, volviendo atrás muchas veces la cabeza hasta que los perdí de vista, que me pareció que estaba ya cien leguas de ellos, cuando vi venir dos hombres a caballo a toda priesa hacia mí; miré si en todo aquel llano había alguna población o casa donde recogerme y ampararme, y vime tan solo, que no pude tener recurso para huir, porque yo entendí realmente que ellos se habían arrepentido en dejarme venir, habiendo sido testigo de todo lo pasado.

Yo comencé a llamar a Dios en mi favor, porque cuanto más andaban los caballos, más crecía mi temor. Al fin, ya que llegaron cerca de mí, parecióme esperar su determinación. Llegaron con el peor término del mundo, y dijeron: Téngase, señor soldado. Yo respondí: Tenido soy, para lo que vuestas mercedes mandaren.

Eran dos hombres con dos escopetas, y unos cuchillazos de monte con que desollaban los animales; las caras tostadas, las palabras desapacibles, como dichas a español que iba solo, y a pie. Porque preguntándoles qué era lo que mandaban, respondieron con el peor modo del mundo. No le mandamos nada, que atrás viene quien se lo mandará; con que me hicie-

ron temblar y confirmar mi temor. Pero, señores, les dije, ¿qué ofensa hice yo al señor Aurelio para que de este modo me traten? El se lo dirá, respondieron. Yo le dije: Déjenme seguir mi camino, señores. Y dijo el uno: Estése quedo; si no, arrojaréle dos balas en el cuerpo.

Yo eché de ver que no se podían llevar con humildad, e hice una cuenta entre mí: Si éstos vienen a matarme, poco ha de aprovecharme la humildad, porque aquí no hay segundo lance para la disimulación; y si no vienen a matarme, no quiero que me tengan por cobarde.

Y, así, en diciendo de las dos balas, poniendo mano a la espada de él, dije: Pues si me tirare, aciérteme; si no, por vida del rey de España que les tengo de desjarretar los caballos y hacer pedazos las personas. Bravata de español, dijo el uno de ellos.

En esto, llegaba ya el caballero en un gentil portante, y como vió la espada desenvainada, preguntando qué era, le respondí: No sé yo en qué se puede fundar una cosa tan injusta como querer dar la muerte a quien ha querido dar la vida. No entiendo ese lenguaje, dijo el caballero. Los criados se sangraron en salud, diciendo: Señor, como nos enviásteis a detenerlo, que él quería pasar adelante, entonces le amenazamos con una pistola, y él a nosotros con decir que nos haría pedazos a nosotros y a los caballos. A lo cual respondió el caballero: Yo no os envié a detenerlo para hacerle mal, sino para hacerle bien, que no me

espanto que a dos hombres que yendo a caballo y bien puestos, queriendo tratar mal a un hombre de a pie, solo y honrado, se les atreva a eso y a mucho más. Apeaos vos del caballo, y dadle esa escopeta al soldado español, y suba en el caballo, y acompañadle hasta Venecia; y si os enviare luego, volveos, y si no, esperadle. Y díjome a mí: Señor soldado, la confusión causada por mis trabajos hizo que me descuidase de mi obligación, y mi esposa, con su angélica condición, enamorada de vuestra piedad y olvidada de mi rigor, os envía en esta bolsita cien escudos para vuestro camino, y esta joya de su misma persona, que es una cruz de oro, esmeraldas y rubíes; y queda con esperanza de tornar a ver quien reparó tanto derramamiento de sangre. Arrojéme a sus pies, agradeciéndole tanto bien y honra, y subí en mi caballo, llevado por el mozo de mulas que me había querido matar.

Llegué a Venecia tan rico, a mi parecer, que la podría comprar toda. Díjele a mi mozo de mulas que me llevase a una muy gentil posada, como práctico en la ciudad, y entrando en ella, no vi la hora de echarlo de mí porque yo lo traía de tan buena gana conmigo como él venía; reposé aquella noche, y a la mañana despedílo.

DESCANSO VIII

Miré con grande admiración la grandeza de aquella república, que siendo tan rica y de tanta estimación, que se persuaden a que tienen

más razón de desvanecerse que todas las naciones del mundo, no lo parecen en el trato de sus personas, porque andan tan desautorizados, que quien no los conociere no los estimara en lo que son. Y para la vanidad suya pasó un cuento gracioso entre un noble veneciano y un portugués, gente idólatra de sí propia, que no estima en nada el resto del mundo; y fué, que yendo yo a pasar por una puentecilla, que llaman del Bragadín, me detuve, porque venía un magnífico detrás de mí; túvele respeto, porque ellos quieren que se le tengan; y de la otra parte de la puente venía un portugués, de razonable talle, mirando hacia el horizonte, con unos guantes de nutria en las manos y unas botas arrugadas en las piernas, muy tieso; de suerte que, llegando al medio de la puentecilla, el magnífico entendió que el portugués le hiciera cortesía que era de razón por estar en su tierra, y el portugués quería lo mismo, estando en el agua.

Sucedió, que llegando al medio de la puente ambos con mucha majestad, chocaron; y por no caer al agua, el portugués apretó, y el magnífico no osó ladear; cayeron los dos: el magnífico, de espaldas, que era delgado de piernas, y el portugués, de pechos, que por poco no dieron ambos en la mar. Levantóse el portugués de presto, limpióse el polvo con los guantes de nutria, y el magnífico las calzas de lacre, limpiándose las espaldas; y después de limpios, paráronse a mirar el uno al otro, y habiéndose estado un rato suspenso, dijo el magnífico al portugués: ¿E vu sabi che mi

sono veneciano, gentil huomo patricio? Y el portugués, al mismo tono, respondió o preguntó: ¿E vos sabedes que eu saon portugues fidalgo evorense? El veneciano, con mucho desprecio, le dijo: Ande el bordel, beco cornuto. Y el portugués, dando con el pie, le respondió: Tiraivos la, patife. Fué cada uno su camino, volviendo el rostro atrás: el magnífico, señalando con el dedo al portugués, diciendo con mucha risa: No va il, pazzon. Y el portugués al mismo modo, decía: Ollay, o parvo.

De suerte que yo no pude averiguir cuál fué más fantástico y loco de los dos, aunque está la presunción por el portugués, por haberse atrevido en tierra ajena, y donde tan poco amados son los españoles: que alabando a los venecianos su ciudad, dicen que no hay en ella calor, ni frío, lodo ni polvo, moscas ni aun mosquitos, pulgas ni piojos, ni aun españoles. Son tan estadistas, que para lo que aman y han menester no hay encarecimiento en el mundo de que no usen, y para lo que aborrecen, no hay palabras tan obscenas de que no se aprovechen.

Llegó un noble de aquellos a comprar un poco de pescado, y con grandes caricias y amores le preguntó al pescador, sin conocerlo, como estaba su mujer e hijos; y a él le dijo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que él quería, le dijo que era un cornudo, y su mujer una putana, y sus hijos unos bardajes.

Vi otras cosas allí muy de notar, en razón

a la superioridad que les parece que pueden tener por su antigüedad y gobierno. Fuíme a mi posada a la hora de comer, y apenas hube llegado, cuando, habiendo comenzado la comida, me dijeron que me buscaba una señora principal en una silla, diciendo: ¿Dónde está aquí un soldado español?

Vi que no había otro sino yo; levánteme y fuí a ver lo que me mandaba; vi salir una mujer de la silla, de muy gentil talle y muy hermosa, y no menos bien aderezada, que con muy grandes caricias, palabras dulces y regaladas, me dió la bienvenida, de que yo quedé dudoso y confuso, entendiendo que realmente me hablaba por otro, y, así, le dije: Señora, no me hallo digno de tan grande y autorizada visita como ésta; suplícoos que advirtáis bien si soy a quien buscáis. Ella respondió con alegre semblante, y echándome los brazos al cuello: Señor soldado, bien sé a quién busco y a quién he hallado. Yo soy la señora Camila, hermana del señor Aurelio, de cuyas manos recibí anoche una carta, en que me manda que os hospede y regale, no como segunda persona, sino como a la suya misma, todo el tiempo que gustáredes estar en Venecia. Yo respondí: Bien creo que de un tan excelente caballero me ha de venir todo el bien del mundo, y comenzando por tan gallarda y discreta señora, habrá de suceder todo bien. Ea, pues, dijo ella, seguidme, que aunque todo esta mañana no he podido dar con vuestra posada, dejé mandado en la mía que os tuviesen aderezada la comida, como para tal persona. Y rehusán-

dolo yo, por tener ya hecho el gasto, dijo que había de hacer por fuerza el mandamiento de su hermano, y, así, pagando lo que debía en la hostería, me llevó consigo, no dudando yo en lo que decía; pero fuí imaginando si acaso sería traza de su hermano, para ejecutar en Venecia lo que no había hecho en su casería.

Mas ella me llevó con tanta blandura y amor a su casa, que se me quitó cualquiera imaginación y sospecha. Entramos en una sala muy bien aderezada, donde hallé puesta la mesa con muchos y muy escogidos mantenimientos, en que me entregué tan de buena gana como lo había menester; porque fuera de ser muy a gusto la comida, la partía y repartía la señora Camila con aquellas argentadas manos, no cesando de encarecer la voluntad y fuerza con que el señor Aurelio, su hermano, se lo había mandado.

Después de haber comido, sacó una carta firmada de Aurelio, en que decía estas palabras: "Con cuidado me dejó un soldado español, huésped mío, cuyas acciones descubrían ser hombre principal; no le regalé como quisiera, si bien vuestra hermana y mi esposa le envió al camino una bolsilla de ámbar con cien escudos, y de su persona una cruz de oro, rubíes y esmeraldas, que no pudo más por ahora; buscadle, dándole el hospedaje y regalos que a mi propia persona, sin dejarle gastar cosa alguna en todo el tiempo que estuviere en Venecia; y si hubiere de volver acá, dadle lo necesario para el camino."

Yo, con las señas de la carta, acabé de en-

terarme en creer que era verdad cuanto la señora Camila me decía, y los regalos recibidos y los que había de recibir eran por cuenta de aquel gran caballero Aurelio. Díjome luego que trujese mi ropa o maleta a su casa, porque en todo el tiempo que estuviese en Venezia, no había de comer ni dormir fuera de ella, ni gastar sino a su costa. Halléme obligadísimo, y díjele que yo no había traído maleta, ni otra prenda, sino a mi persona gentil, y ella mandó a una criada que me trujese un cofrecillo pequeño para dármele. Trújolo, que era labrado con toda la curiosidad del mundo; dióme la llave de él, y dijo que echase allí mis papeles y los guardase, porque en Venecia había mucho peligro de ladrones; holguéme de ver el cofrecillo, y encerré dentro de él mis papeles y dineros, y la joya, que ella se holgó mucho de ver, y le dió mil besos por haber sido de su cuñado, a quien ella dijo que quería infinito.

Eché la llave al cofrecito, y roguéle que lo guardase. Ella dijo que mejor estaría en mi poder, por si quería sacar dineros, aunque no los había menester mientras estuviese en Venecia. Yo le respondí que, para haberlos menester o no, mejor estaban en su poder que en el mío. Y al fin, porfiando, aunque ella lo excusó, le hice que me le guardase. A la noche me tuvo muy gentil cena, autorizándola con su gallarda presencia, que realmente era muy hermosa.

Pasé aquella noche muy contento, por haber comido a costa de una tan gentil dama.

DESCANSO IX

En amaneciendo vino a visitarme, preguntándome cómo me había hallado, y si había menester alguna cosa la pidiese con libertad, porque ella iba a hacer una visita a una gran señora, y que si ella no tornaba a comer sus criados y criadas me regalarían. No vino a comer, ni en todo el día pareció. Esperé hasta la noche; tampoco vino.

No dejé de tener alguna pesadumbre, dando y tomando en si podía por algún camino ser traza o cautela; porque ella me había dicho que en Venecia no me fiase de ninguna mujer, por principal que me pareciese, porque me habían de engañar; pero considerando que aquellas señas de aquella carta por ningún camino podían saberlas sino del mismo Aurelio, me sosegué.

Por la mañana, como no me visitó a la hora que el día antes, ni mucho después, pregunté a una sirviente de la casa si era levantada la señora Camila, y respondiome que no había tal mujer en aquella casa. Repliquéle, y tornóme a responder lo mismo. Pero otro sirviente, que debía de estar hablado, acudió, y preguntóme qué le quería, que estaba en cierta visita de una señora enferma. Fingí que me sosegaba con eso, y preguntándole al otro sirviente a solas si era aquella casa suya, me respondió que no sabía más que había alquilado aquella sala para un gran caballero español.

Callé, y fuíme a la primera posada a pre-

guntar si conocían aquella señora que me había venido a buscar, o si sabían dónde vivía, y respondiome uno muy presto: Quien os podrá decir su casa mejor que nadie es el que vino aquí con vos, que es con quien enviásteis el caballo, porque él venía con ella mostrándole vuestro alojamiento, y esa que vos tenéis por una gran señora es una ramera que vive de hacer estafas y engaños.

Sin replicar más palabras me salí desesperado de verme despojado de mis dineros, joyas y papeles con la bellaquería del que había venido conmigo, que le había dado las señas de lo que traía, por donde fingió la carta que me mostró; pero visto que ella misma me había avisado del engaño que me había de hacer, reportéme, y fuí a ver si podía reparar el daño a la posada donde ella me había llevado.

Y preguntándole al mozo que había vuelto por ella si había venido la señora Camila, me respondió: Señor, aquí vino ahora, y como no os halló, se tornó a la enferma; pero mirad si la queréis algo, que yo la iré a llamar. Quiérola, respondí yo, para que me dé unos papeles en que están las señas de mi persona, porque tengo aquí una póliza de doscientos escudos que cobrar en un cambio, y sin este papel que digo no se pueden cobrar. Dijo el sirviente: Pues yo iré en un instante a avisarle de eso. Mientras él iba, yo fingí la póliza con las señas que en el pasaporte que traía de Milán venían.

Apenas acabé de escribir la póliza, cuando

vino mi señora doña Camila desolada, pensando coger los doscientos escudos con todos los demás; y es de creer que habría visto ya el papel de las señas él, pues estaba en su poder, y tendría otra llave del cofrecito. Díjole mi recado, y saqué la póliza del seno, y en mostrándosela envió a una criada por el cofrecillo; torné de muerto a vivo, y díjele a la señora que me buscase un caballero a quien diese poder para cobrar aquella póliza, porque no quería que el embajador de España me la viese, porque me conocía.

Ella me trujo luego un rufianazo suyo, muy bien puesto, diciendo que era un caballero muy principal. Díjele que trujese un escribano para darle el poder; y la señora Camila, para más favorecerme, dijo que quería que fuese de su mano. Fueron por él, y entretanto, yo cogí mi cofrecillo y fui a buscar un barco en que acogerme.

Dejélo concertado, y volví a la posada, donde hallé a la señora, y al rufo, y al escribano; díles el poder y la póliza, y el papel de las señas, con que quedaron muy contentos y yo mucho más; y porque ya era de noche, les supliqué que se cobrasen muy de mañana aquellos doscientos escudos, porque quería hacer un gran servicio a la señora Camila.

Fuí a pagar al escribano, y no me lo consintió. Fuéronse, y yo torné a suplicarles que fuese luego por la mañana la cobranza con mucho encarecimiento; diéronme la palabra que a las ocho estaría cobrado.

Al salir de la calle, asoméme, para, en sa-

liendo ellos, salir también yo. Volvió el gayán la cabeza, riéndose de la burla que me hacía, y como me vieron, torné de nuevo a encomendarles la brevedad de la cobranza, de que ellos se rieron mucho, porque como antes le había dado el cofrecillo con sencillez, creyeron que todo fuera así.

En trasponiendo la calle, cogí mi cofrecito debajo de la capa y fuíme a mi embarcación; no había andado treinta pasos, cuando me encontró aquel sirviente que andaba en favor de la señora Camila, y preguntándome que a dónde iba con tal priesa, respondíle que iba a llevar aquel cofrecillo a la señora, que se acababa de apartar de mí por aquella calle abajo; y señaléle una calle por donde, aunque anduviera toda la noche, no toparía con ella. Dijo: Pues yo iré a avisarla de ellos; vuélvase a la posada. El fué por su calle, y yo derecho al barco que me estaba aguardando, con tan buenos alientos, que amanecimos treinta leguas de Venecia, y contando a los pasajeros algo de lo que había pasado, dieron en quién podía ser, por el modo del engaño y el artificio de que usó, pero cuando supieron que había gastado en regalarme su dinero, holgaron de saberlo para publicarlo en Venecia.

No supe si echaría la culpa a mi facilidad en creer o la fuerza de su engaño en decir, porque aunque es verdad que es dificultoso librarse de una cautela engendrada de una verdad clara y evidente, con todo eso arguye liviandad el arrojarle luego a creerla; pero es tan poderoso el embeleco de una mujer her-



mosa y bien hablada, que con menos circunstancias me pudiera engañar. La facilidad en creer es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente si la persuasión va encaminada a provecho nuestro, que en tal caso fácilmente nos dejamos engañar.

Yo me vi rematado y perdido, no sintiendo tanto el agravio de la persona como la falta del dinero, que tanta me había de hacer; y, así, no fué el ingenio quien me dió la traza, sino la necesidad, por verme pobre y en tierra ajena, y que ningún camino lícito y fácil podía deshacer mi agravio, sino por otro engaño semejante o peor. Mas Dios me libre de una mentira con tantas apariencias de verdad, que es menester ayuda del cielo para conocerla y no rendirse a darle crédito. Aunque, mirándolo bien, ¿qué conocimiento o qué prendas de amistad o amor habían precedido entre aquella mujer y yo para que tan fácilmente gastase conmigo su hacienda y para que yo me persuadiese que había sencillez en aquel trato?

La resolución de esto es que yo tengo por sospechosos ofrecimientos y caricias de gente no conocida. Y es yerro sujetarse a obligaciones cuyo principio no tiene fundamento; y, así, es lo más cierto en semejantes ofrecimientos agradecer sin aceptar, que el mayor contrario que un engaño tiene es no rechazarlo con darlo a entender, sino en entendiéndolo, echarlo a buena parte, que el trato apacible señorea todo lo que quiere.

Y dos cosas hallo que granjean la voluntad general y encubren las faltas de quien las usa.

que son cortesía y liberalidad, que ser un hombre pródigo de buenas cortesías y palabras amorosas y no miserable de su hacienda, siempre engendra buena sangre y mucho amor en los que le tratan. /

DESCANSO X

Yo no me arojé tanto a la navegación por saber qué viaje había de llevar, como por huir de aquella embustera y su traga sangre, y, así, me fué forzoso alargar mi viaje más de lo que convenía para disponer mi camino para donde mejor me estuviera.

Topéme entre los pasajeros uno que dijo que iba huyendo porque le habían levantado un testimonio muy pesado, y que había puesto agua en medio en tanto que o se averiguaba la verdad, o se deshacía el mal nombre que había cobrado. Tengo, le dije, por yerro notable volver el rostro y dejar las espaldas que reciban los agravios y heridas, cuyos golpes han de dejar cardenales irreparables. Que en tanto que parece la presencia del agraviado, cada uno quiere más poner en duda en el caso, que no arrojarle a manchar la reputación ajena. Y para la averiguación de los delitos, el mayor y más evidente testigo es huir el rostro. En poco estima su opinión quien no teme las heridas de la lengua ausente. No hay hombre tan ajustado que no tenga algún émulo, y por no dar lugar a las asechanzas de éste no se ha de apartar de su vista, que los mal intencionados de cualquiera átomo toman ocasión para empon-

zoñar las intenciones del mundo, contra quien desean ver fuera de él. Con estas y otras cosas que le dije le persuadí a que se volviese a Venecia, que me importó algo; porque desembarcando en el primer pueblo que vimos, por ir costeando, me hallé cerca de Lombardia, de donde yo tomé la derrota de Génova, y él la de Venecia, que por el buen consejo dejé de rodar más de doscientas leguas que hay por agua desde Venecia a Génova, adonde pensé hallar a D. Fernando de Toledo, el tío; pero habiendo pasado adelante, me di aquella noche, aunque borrascosa, tan buena priesa, que le alcancé en Saona al tiempo que se quería partir. Fuí recibido alegremente, que lo había muy bien menester por la melancolía que traía conmigo, nacida de una perpetua enfermedad de corrimientos, que siempre me han traído corrido, a las partes hipocondríacas. Dimos la vuelta de España, dejando a la mano derecha la costa del Piemonte y Francia, poco seguro entonces por las compañías que andaban de gente perdida, gobernada por su antojo y voluntad, fuera de la de su Rey.

No tomábamos puerto para lo necesario sino en las riberas que más cómodas parecían para asentar el rancho, dejando a buen recaudo once falúas en que veníamos. Comíamos, y buscábamos agua y leña.

Yo había sacado de Génova una bota de diez azumbres de muy gentil vino griego, que me hizo gran compañía y amistad hasta llegar a las pomas de Marsella, que son unos mon-

tones muy altos y pelados, sin yerba, ni cosa verde, estériles de árboles y de todo lo demás que puede dar gusto a la vista. Pues llegando a este paso, porque no fuese sin trabajo la jornada, siendo mi falúa la postrera, encalló muy cerca de estas pomas, en una que del batidero de las olas tenía hecho un poyo o bancal bien largo. Así como encalló, dijo el arráez: Perdidos somos.

Yo, como sabía nadar y vi cerca donde podía ampararme, quitéme y arrojéme una saltambarca que traía, y púseme al cuello como tahlí la bota, que ya llevaba poca sustancia, y a cuatro o seis brazas llegué al poyo de la poma; entretanto, desencalló la falúa y fuéronse los marineros, no haciendo más caso de mí que de un atún, y aunque les di voces, o no las oyeron por el ruido de las olas, o no las quisieron oír, por no ir contra su natural costumbre, que es ser impíos, sin amor y cortesía, tan fuera de lo que es la humanidad como bestias marinas ajenas de caridad.

Yo me hallé perdido y sin esperanza de consuelo, si no era de Dios y del ángel bendito de la guarda, considerando qué había de ser de mí si no era que acaso pasaba por allí algún bajel o barco que me socorriera en tal apretada necesidad. Estuve desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde esperando si pasaba quien me pudiera socorrer, teniendo confianza que aquel gran caballero se había de compadecer de mi trabajo; pero los marineros fueron tan crueles bestias que le dijeron que me había ahogado.

Yo, de cuando en cuando, me alentaba con mi bota, hasta tomar determinación en lo que había de hacer. Resolvíme de entregarme a la tiranía del mar, bestia insaciable y fiera cruel, y para esto desnudéme de un colete de muy gentil cordobán, y con la punta de la daga, y dos docenas de agujetas que traigo siempre que camino, cogílo por la delantera, falda, brahones y cuello tan estrechamente, que pude hincharlo sin que el viento se saliese. Vacíe la bota del santo licor que había quedado, e hinchándola muy bien, hizo contrapeso al colete. Hice la misma diligencia con las botas enceradas, que, asidas de las ligas, ayudaban también a sustentar. Descalcéme los valones, porque el agua se había de colar por las faltriqueras, y quedéme con sólo el jubón y camisa, porque, siendo de gamuza, no se rendiría tan presto a la humedad.

Y puesto de esta manera, y acordándome que los caminos guiados por Dios son los acertados, le dije de esta manera: Inmenso Dios, principio, medio y fin sin fin de todas las cosas visibles e invisibles, en cuya majestad viven y se conservan los ángeles y los hombres, universal fabricante de cielos y elementos, a ti que tantas maravillas has usado en éste con tus criaturas, y que al bienaventurado Raymundo, estribando sólo en su manto, por tantas leguas de agua guiaste a salvamento, y en este mismo lugar a los marineros que se iban tragando las indomables olas, con sólo un ruego de tu siervo Francisco de Paula, aquitándolas, libraste de la muerte que ya tenían tra-

gada; por el nacimiento, muerte y resurrección de tu sacrificado Hijo, Redentor nuestro, te suplico que no permitas que yo muera fuera de mi elemento. Y luego dije al santo ángel de mi guarda: Ángel mío, a quien Dios puso para guarda de este cuerpo y alma, suplicote por el que te crió y me crió, que me guíes y ampares en este trabajo.

Y dichas estas palabras, y asido muy bien de mi barco, me arrojé con muy gentil brazo sobre el colete y la bota, comenzando a usar de mis cuatro remos valerosísimamente, no de manera que me cansase, porque como llevaba el barco de viento, iba braceando poco a poco a modo de que no se rindiese la fuerza al cansancio. No osaba imaginar en la profundidad de agua que llevaba debajo de mí, por no desalentarme, ni osaba pararme, porque bien sabía yo que mientras el cuerpo hace movimiento no le acometen los hambrientos animales marinos; y si alguna vez sentía flaqueza en los remos, tendíalos sobre el agua; fiando lo demás del barco, que alguna vez me consolaba con la fragancia de la bota, que iba muy cerca de las narices; comenzaba a rezar; pero dejábalo porque me faltaba la respiración, que para semejante conflicto es muy necesaria.

Anduve una hora, ya descansando, ya navegando, hasta que comenzó a refrescar un viento que venía de Africa y me traía hacia la tierra, que me era forzoso resistirlo porque no diese conmigo en una poma de las que tengo dichas y me hiciese pedazos. Pero estando en este último peligro descubrí una caleta, con

que respiré con nuevo aliento, y caminando o navegando hacia ella, el mismo viento meridional me ayudó milagrosamente. Ya que llegaba tan cerca que descubrí bien toda la caleta, vi a la orilla de ella un hombre merendando, que me dió nueva fuerza con verle, y que comía.

Pero de la misma manera que yo me alegré y esforcé con verle, él se espantó de mí, entendiendo que fuese alguna ballena o monstruo marino. Vino una ola tan grande, que me llevó tan cerca de la caleta que hice pie, y al mismo punto, el hombre, espantado, echó a huir a la tierra adentro. Y un lebrél que con él estaba saltó al agua contra mí, y lo pasara mal si no fuera por la daga, que siempre me acompañó, porque, picándole con ella, saltó en tierra y fué huyendo tras su amo. En las caletas siempre está sosegada el agua, y como yo hacía pié, salí a tierra, hiqué las rodillas ambas en ella, dando gracias a la primera causa; pero puestos los ojos en la merienda que el otro había dejado, miréme con mi bota y mi colete, cosidos con el jubón y las botas encerradas, que también hacían su figura, y no me espanté que me tuviera por cosa mala. Arremetí con un pedazo de pan y otro de queso, que había dejado con un jarro de vino, y sacando el vientre de mal año, juraré que en mi vida comí cosa que más bien me supiese.

Pero estando con el jarro en la boca, vinieron diez o doce hombres, *cum fustibus et armis*, que los había movido el huido, a matar la ballena, y como no la hallaron, preguntáronle al buen hombre que dónde estaba, y a

mí si la había visto. El quedó confuso; yo respondí en italiano, que no osé en español, que allí no había llegado la ballena, ni otra cosa que pudiera parecerle, sino yo, del modo que me veían, y que aquel hombre había huído por dejarme la merienda.

Riéronse de él, diéronle matraca, llamándole borracho y otras cosas en lengua francesa, con que rieron hartos, y a mí me tuvieron lástima de verme tan mojado y desnudo. En el mismo tiempo venía una falúa con doce remos, por mandado del maestro de campo, a buscarme, porque les dijo que había de ahorcar al arráez si no me llevaban vivo o muerto.

Híceles señas con la bota, que era la mayor que yo podía dar para mi conocimiento y su gusto, y luego dieron la vuelta a la caleta, adonde me hallaron puesto el sol, más afligido que perro manteado, temblando y encogido. Echáronme en la falúa, todos admirados de verme vivo habiendo pasado tal trabajo en tantos años de edad, que ya tenía cerca de cincuenta. Lleváronme a Marsella, donde aquel gran caballero, amado y conocido de todo el mundo, me acarició y regaló, aunque como aquel trabajo me cogió en años crecidos, siempre me duró, y todos los inviernos me resiento de aquella humedad y frialdad.

Parecí yo en esto a un escarabajo que, estando en compañía de un caracol, recogido por miedo del agua, confiado en sus alillas, se determinó de volar a buscar lo enjuto, y, levantándose, dijo el caracol: Allá lo veréis, y le dió una gota gruesa, y le arrojó en el arroyo

de la creciente; confiando yo en que sabía nadar y los otros no, arrojéme al charco de los atunes, como dice D. Luis de Góngora, donde me pudiera suceder lo que al escarabajo, si Dios no lo remediara, que para una bestia tan cruel y desleal como el mar no aprovecha saber nadar, que echarse un hombre en el mar es echarse un mosquito en la laguna Urbión. Los animales de la tierra están enseñados a tratar con elemento fiel, amigable, suave y apacible, que dondequiera da acogida y sustenta al cansado; pero el mar, ingrato tragador de los bienes de la tierra, sepultura perpetua de lo que en él se esconde, que se sale a la tierra a ver si puede llevarse adentro lo que está en la orilla, hambriento animal de todo lo que puede alcanzar, asolador de ciudades, islas y montañas, envidioso enemigo de la quietud, verdugo de vivos y despreciador de muertos, y tan avariento que, estando lleno de agua y de peces, mueren en él de sed y de hambre, ¿qué puede hacer, sino destruir a quien de él se fiare? Y, así, parece que con sola la mano de Dios puede hacerse lo que estos días pasados sucedió en la toma de la Mámora a don Lorenzo y al capitán Juan Gutiérrez; a éste que, nadando y sin ayuda, y con muchos años acuestas, quitó a cinco moros un barco en que iban, y a D. Lorenzo, que habiendo nadado toda la noche, azotado de las levantadas olas, llegando al barco donde pudiera descansar de tan inmenso trabajo, alentándose con fuerzas sobrenaturales, dijo que no quería entrar en el barco porque recogiesen a otros que venían

atrás más necesitados que él, y pasó adelante.

Caso es pocas veces o nunca visto. Yo llevé mi trabajo y una reprensión por el atrevimiento, porque la confianza me pudo costar la vida; que yo, realmente, por mostrar que sabía nadar y que tenía ánimo desvanecido para atreverme fué causa de arrojarme tan sin consideración, aunque de las cosas tan arrebatadas da poco lugar el discurso; pero mejor fuera aguardar la fortuna de todos que anticiparme con la mía, que tan poco favorable me ha sido, que cuando la vanidad engendra el atrevimiento ha de ser en los que tienen experiencia en su buena fortuna; ¿pero de qué importancia me podía ser a mí cobrar fama de nadador, no siendo renacuajo, ni delfín, ni habiendo de ser marinero? Ella fué vanidad, temeridad y disparate.

DESCANSO XI

Llegamos a España, desembarcamos en Barcelona, ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante en mantenimiento y regalos, que con oír hablar en lengua española parecían suaves y sustanciosos; y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, vi que a quien procede bien le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros, que en todas las repúblicas del mundo quieren que el forastero con el buen proceder obligue a la amistad. Si el que no es natural parece humilde, y vive sin perjuicio de los naturales, tiene granjeada la voluntad de todos, porque

junto su buen término con la soledad que padece, engendra piedad y amor en los pechos naturales.

Todos los animales de una misma especie se llevan bien unos con otros, aunque no sean conocidos, sino con los hombres y los perros, que teniendo mil buenas propiedades con que suelen admirar, tienen esta propiedad bajísima, que todos muerden al pobre forastero y le matan si pueden.

Y esto mismo corre por los hombres si el advenedizo no es como debe ser, entrando en jurisdicción ajena, y lo que más ofende a los naturales es solicitarles las mujeres, que en lo que más se ha de remirar el huésped es en esto, que basta teniendo agrado para llevarse los ojos de la voluntad de todos tras de sí. Muchos es quejan de pueblos donde han estado fuera de su patria, mas no dicen la ocasión que dieron para ello: alaban sus tierras de madres de forasteros, y no miran por qué camino les han obligado para tratarlos bien. Yo sé decir que en toda la Corona de Aragón hallé padre y madre, y en Andalucía grandes amigos, si no son de la gente perdida, que solamente tratan de hacer mal: éstos en todo el mundo son enemigos de la quietud, revoltosos, inquietos, levantados y soberbios, enemigos del amor y de la paz.

Mucho me divierto para llegar a Madrid, que tan deseado lo tenía. Llegué y hallé muchos amigos deseosos de verme; hice asiento con un gran príncipe muy amigo de música y poesía, que aunque siempre huí del escudera-

je, me fué forzoso acudir a él. Entré en su gracia muy de improviso, fuí muy privado y favorecido suyo, y como yo venía harto de pasar trabajos, viéndome con demasiado regalo acometióme la poltronería y engordé tanto, que comenzó la gota a martirizarme.

Di en tener pajarillos, y entre ellos en regalar a uno muy superior a los demás en su armonía, aunque su consonancia muy concertada. Hacíale abrigar en mi aposento de noche, donde una de ellas sentí toda la noche crujir de cañamones, contra la costumbre de los pájaros.

En amaneciendo, fuí a mirar mi pájaro, y hallé en compañía suya un ratoncillo, que de lo mucho que había metido de los cañamones, hizo tanta barriga que no pudo tornar a salir. Dije entre mí: Este ratoncillo, por haber comido tanto, ha buscado su muerte. Yo voy por el mismo camino, que si un ratón con sola una noche de regalo ha engordado tanto, yo, que todos los días como y ceno mucho, y muy regaladamente, ¿qué fin pienso tener sino la enfermedad que he cogido, y alguna apoplegía que me acabe presto?

Quitéme las cenas, que con esto y el ejercicio me he conservado, que realmente esto de comer a costa ajena engorda demasiadamente, porque se come sin miedo, y quien no se va a la mano en esto está muy peligroso para una enfermedad. Han de comer los hombres mantenimiento de que sus estómagos sean capaces, porque si no, o será forzoso vomitar la comida, o poner en peligro la vida, como la

perdió el ratón. Fuera de que los demás miembros del cuerpo tienen envidia al estómago, porque todos han de trabajar para que él solo engorde, cuando si no pueden llevarlo acuestas le dejan caer, y dan con él en la sepultura. Yo ví que iba camino de esto, y retiréme a comer poco y cenar nada, que aunque al principio se lleve mal, con la costumbre se puede alcanzar todo.

Miren los que engordan mucho el peligro en que se ponen, que ni la edad es siempre una, ni los mantenimientos de una calidad, ni los que los dan de una misma intención, ni el tiempo corre de la misma manera. El que nació gordo, que siempre sea gordo no es maravilla, que ya están enseñados sus miembros a sufrirle y traerle a cuestras; pero el que nace flaco y delgado, y en breve engorda, en sospecha pone su duración y su vida.

Como puse enmienda en mi comer y beber de noche, fuése consumiendo la gordura un poco, y yo sintiéndome más ágil para cualquiera cosa. Que ciertamente la poltronería manca y tulle a los hombres.

Con esto me torné inquieto, que fué causa que el príncipe a quien servía, con la ayuda de los congraciadores, se entibió en favorecerme, y yo con servirle, que ellos señores son hombres sujetos, no sólo a las estrellas, pero también a sus pasiones y apetitos; y cuanto más superiores son, tanto más presto se cansan de las acciones de sus criados, que quien los sirve es necesario que renuncie su voluntad y se ajuste con la del príncipe; y es ra-

zón que quien se dispone a servir sacrifique su gusto a quien le de su hacienda, porque todos quieren ser bien servidos, aunque he visto muchos señores de tan piadosa condición, que llevan con mucho valor y paciencia los descuidos de los criados; pero lo contrario es lo más ordinario.

DESCANSO XII

Con este poco caso que mi amo hacía de mí tenía libertad para pasearme de noche, no para cosas ilícitas, porque ni yo tenía edad para eso, ni mis trabajos me habían dejado tan holgado que pudiese acudir a cosas de mal ejemplo, ni es razón que en ninguna edad se hagan, sino a tomar un poco el fresco, que las noches de verano en Madrid son para esto aparejadas. Ibamos todas las noches con amigos, con nuestros rosarios rezando; no hacia el Prado, por huir el mucho concurso de la gente, sino a calles solas, que por mucho que lo sean, siempre hay la gente que basta para compañía.

Alejámonos una noche hasta llegar cerca de Leganitos; díjome mi amigo. Parad aquí, que vais cansado, al fin sois ya viejo. Piquéme, y díjele: ¿Queréis que corramos una apuesta, y veremos quién está más viejo? Rióse, y dijo que sí. Pusímonos en orden para la carrera, y aun en esta sencillez halló el demonio en qué perseguirme.

Estaba un mozo a la puerta de su casa, que así lo entendimos, y dímosle que nos tuviese

las capas y las espadas en tanto que pasábamos la carrera; Apenas comenzamos a correr, cuando dijo una mujer: ¡Ay, que me han muerto!, por una gran cuchillada que le dieron en el rostro, y apenas dió ella el grito, cuando aparecieron dos o tres alguaciles, y como íbamos corriendo, asieron de mí, que iba delantero en la carrera, y luego del otro, que hay muchos Tribunales en Madrid, y en cada uno más varas que días tiene el año, y con cada vara cinco o seis vagamundos, que han de comer y beber y vestir de su ministerio.

Asiéronnos como a hombres que iban huyendo por delito. Pidiéronnos las espadas, y señalamos la casa donde las dejamos; el mozo se había acogido con ellas y las capas, porque no vivía allí. Como nos cogieron en la mentira, que no habíamos dicho, lleváronnos a la mujer herida, y con el coraje que tenía de su agravio, dijo que quien se la había dado echó a huir; y como nosotros íbamos corriendo, aunque no huyendo, asentóseles a los alguaciles que, sin duda, éramos nosotros.

Lleváronnos a la cáárcel de la villa sin espadas ni capas, donde yo entré con toda la vergüenza del mundo, que no la tuve para desafiar al otro con mis años, y la tuve para entrar en la cárcel sin capa.

El alboroto fué mucho, el delito sonó malisimamente, porque dos hombres, no niños, ni de la primera tijera, acometieron una hazaña como aquella contra una mujer miserable. Y el mismo que lo había hecho, como después con buenos indicios averigüe, vino tras nos-

otros, y los alguaciles, que si fueran como deben no se precipitaran a hacer un borrón tan infame, y si pusieran los ojos en la justicia y no en el provecho averiguaran el caso, como a ellos les valiera algo la prisión, y a mí no me pusieran en el mal nombre. Si ellos tuvieran consideración, miraran que dos hombres que iban sin capas, sin espadas, sin sombrero, sin daga, ni cuchillo, ni otra cosa ofensiva, corriendo parejas, no habían de salir de su casa para una cosa como aquella tan desapercibidos, no pareciendo en toda la calle instrumento con que se pudiera haber hecho.

No preguntaron palabra a nadie en toda la calle para averiguar la verdad, como lo hacen siempre. Y dado que los alguaciles quisieran justificar la causa, la priesa que les daban los ayudantes no les dejaban hacer cosa buena, por no hacer novedad en su costumbre.

Al fin nos echaron grillos, y fué la causa el teniente, que, informado de los alguaciles como quisieron, vino a la cárcel con intento de darnos la tortura; mas como oyó las razones que arriba dije, y como apartándonos halló que concertábamos en lo dicho, estuvo perplejo, y no se determinó a cosa. Echáronnos grillos, que estuvimos dos o tres días con ellos.

Fuése siguiendo la causa, y como no se halló al delincuente, por el indicio de ir corriendo cuando se dió la cuchillada, nos olvidámos allá tres meses; echáronnos en un calabozo, donde estaba un preso antiguo, bermejo, de mala digestión, con unos bigotazos que le llegaban a las orejas, con que se preciaba mucho por-

que eran tan gordos y fornidos, que parecían cabos de cirio amarillo. Este tenía de suerte supeditada la cárcel, que no se hacía entre los presos más de lo que él quería.

La gente menuda temblaba de él, y le servían con mucha puntualidad, y otros no osaban hacer un mandado, porque él no gustaba de ello, y si lo hacían, torciéndose el bigote, decía: Pues por vida del rey, si me enojo, que al pícaro y a ellos les dé mil palos. De manera que el rato que estaba fuera del calabozo no se podía vivir, que realmente era marcial y ocasionadísimo para que se perdieran todos con él.

Estuvo dos o tres días enfermo, y no saliendo del calabozo, gozamos de paz y quietud, que todos se holgaban de ello, más en saliendo tornó a su ruin costumbre. Yo me vi tan rematado, que me determiné de hacer que en muchos días no saliese del calabozo, y comunicándolo con mi compañero, dijo: Mirad lo que hacéis, no sea la prisión más larga de lo que pensamos. Y preguntándome cómo había de hacer para que no saliese fuera, respondíle: Cortándole un bigote. No os pongáis en ese peligro, dijo él, por amor de Dios. Yo no os pido, le dije, consuelo, sino ayuda.

El tenía costumbre siempre de dormir boca arriba, soplando, por no estragar la grandeza de sus bigotes. Hice amolar muy bien unas tijeras largas, y dejélo acostar a él y a todos los demás del calabozo antes que nosotros, que nos traía tan sujetos, que en acostándonos no se había de mover nadie. Cogí al primer sueño las tijeras, y, alumbrándome mi compañero,

díle una gentil tijerada con tanta sutileza, que le llevó todo el bigote, y él no despertó, y de todos los presos nadie lo sintió sino mi compañero, que le dió tanta tentación de risa, que por poco reventara, que, como le quedó el otro tan grande, parecía toro de Hércules con un cuerno menos.

Dormimos aquella noche, y yo me hice el enfermo, quejándome de la mala cama; pero levantéme casi junto a él, o primero, con mi rosario en la mano, rezando, por verle cómo llevaba el negocio. En subiendo arriba, miráronle todos espantados, sin decirle palabra; pero él dijo, en saliendo; Hola, pícaros, dad acá aguamanos. Vino un pícaro con un jarro calderesco, echóle agua y lavóse las manos. Luego acudió al rostro, y, levantándolo, tomó el bigote intacto con la mano derecha, luego volvió a tomar agua, y fué a asir el otro con la izquierda cuatro o cinco veces, y como se halló sin él, fué tan grande su coraje, que sin hablar palabra metió el otro bigote en la boca, y se lo comió, entrándose en el calabozo. Yo dije, como él lo pudiese oír: Eso ha sido muy gran bellaquería, la mayor del mundo, el que a un hombre tan honrado hayan ofendido en lo que más se miraba y estimaba.

Estas y otras cosas le dije, con que le pude quitar la sospecha que pudiera tener de mí; pero mirando lo que es razón, digo que un hombre que está en superior grado, se estime y haga respetar, vaya enhorabuena; mas que un desdichado que está en medio de su infelicidad; en el cieno de la tierra, que es la cárcel,

siendo soberbio, merece que una hormiga se le atreva. ¿Qué tiene que ver prisión con soberbia? ¿Necesidad con valentía? ¿Hambre con desvanecimiento? La cárcel se hizo para sujetar cóleras y malas condiciones, y no para inventar agravios; aunque hay algunos bárbaros tan remontados, que, o por desesperación, o porque los tengan por valiente, siendo acá unas ovejas, se hacen en la prisión leones, en lugar a donde con mayor humildad y ansias de corazón se ha de clamar a la misericordia, sea justa o injusta la prisión. El se acabó de quitar la barba azafranada.

Y como una desdicha sigue a otra, en este trabajo le llamaron a visita para ver su negocio. Dijo un procurador: Está en el noviciado, que se ha entrado a fraile motilón. Tráiganle, dijo el teniente. Subió por fuerza, y con toda la vergüenza y humildad del mundo, porque debía de tener la valentía en los bigotes, como Sansón en el cabello. Así como entró, fué la risa en la sala tan grande, que el teniente le dijo: Bien parecéis así, y bien habéis hecho, porque no tengan que rapar en las galeras. A que él respondió: Vuesa merced habla como juez, que nadie se me atreviera a decir eso.

Leyéronle su causa, que era sobre haber dado una puñalada a una miserable en la casa pública, delante de diez o doce testigos, y, nombrándolos, dijo el agresor: Mire vuesa merced: ¿qué testigos son los que juran contra un hombre tan principal como yo? Cuatro corchetes y cuatro sellencas. Dijo el teniente:

¿Pues queríades que estuviesen para testigos en esa casa el prior de Atocha o algún fraile descalzo? No argüís bien.

Tornáronle a encerrar en el calabozo, y de allí adelante le llamaban el Padre Fray Rapado. A nosotros nos echaron libres, pero gastados.

No quiero yo alabar lo que hice, porque bien sé que no se han de hacer males, aunque de ellos resulten bienes; pero también sé que es menester que perezca uno, porque no perezcan todos. Quitar de entre nosotros a quien nos escandaliza, permitido es. El que se estima, estítese; mas no ha de ser con superioridad impertinente; los fanfarrones con tiranía tienen a todo el mundo por contrario. Los hombres ocasionados a los humildes, hacen salir con reveses que no pensamos. Yo he visto siempre que estos habladores soberbios, que quieren supeditar a otros, en hablándoles recio un hombre callado y llano, se rinden a callar. Que son como las ruédas del coche, que mientras van por piedras, van haciendo ruido, mas en llegando a lo llano, luego van con mucho silencio.

A este desatinado desvanecido, fué necesario por algún camino humillarlo, y ninguno pudo ser más a propósito que privarlo de tan inmenso cuidado como traía con aquellos rabos de zorro.

DESCANSO XIII

Salimos de la cárcel al cabo de tres meses, porque dimos muy gentiles descargos; pero tan gastados, que no teníamos tras qué parar, porque para poder caminar al día siguiente, yo fuí a vender unas botas escuderiles, y mi compañero una maleta ratonada, que es muy de escuderos, por no tener un cofre, guardar los pedazos de pan en semejantes alacenas, receptáculo de ratones.

Estando vendiendo nuestras prendas, envió Dios a un hidalgo muy bien puesto, y doliéndose mucho del testimonio que nos habían levantado, dijo que cierto gran caballero que había sabido nuestra desgracia le enviaba a que supiese lo que se había gastado en nuestra prisión, y que, movido por entrañas de misericordia, le había dado en doblones lo que dijésemos que nos había hecho de daño. Yo conocíle; pero antes de declararme le dije: Señor, esta obra de Dios viene, que sabe nuestra necesidad, que es tanta, que vendemos nuestro ajuar para comer hoy. Lo que nos cuesta serán cien escudos, poco más o menos; y en diciendo esto, sacó cincuenta doblones y me los dió. En viéndolos en mi mano, le dije: Esto es cuanto a la costa; pero cuanto al gusto que vuesa merced recibió de la venganza y el disgusto que nosotros pasamos, ¿qué satisfacción puede haber? Que bien le conocí aquella noche que nos fué siguiendo hasta la cárcel. Respondió cuerdamente: El prenderos fué desdicha

vuestra; el pagar es obligación mía. Como yo no os di la desdicha, no puedo satisfacerla; y si todos los desdichados tuviesen recurso a satisfacción, no serían desdichados. Yo, como no tuve ventura para no padecer, tengo piedad para compadecerme; otro pudiera ser que no mirara lo uno ni lo otro. Muchas desdichas suceden a los hombres por secretos juicios de Dios, de que no podemos pedirle cuenta. Las desdichas no están en nuestra mano, ni estuvo en la mano mía hacer que fuédeses aquella noche corriendo, que eso fué voluntad vuestra. Y os sé decir que me pesó en el alma del hecho, no por la cuchillada, sino por vuestro trabajo. La desdicha fué que la cara de la otra y la carrera de vuestros pies cayeron en un día; habéis sido tan prudente en esta desdicha, que os he tenido envidia; que quien se acuerda pacientemente en la adversidad, es señor de sus acciones, y las desdichas le acometen con temor. Y si como puede satisfaceros el daño pudiera mi persona ponerlos la fortuna debajo de vuestros pies, yo os hiciera felicísimo; pero ya que en esto no lo fuisteis, fuísteislo en cortar el bigote al otro, saliendo bien de ello. Que, como vos, por discurso bueno, habéis echado de ver mi travesura, yo, por vuestro disimulo, conocí la vuestra.

Aunque el hidalgo habló tan bien, yo estaba contento y alborozado con ver en mis manos aquel metal tan semejante a la luz del sol, que no supe replicarle, sino agradecerle y estimar su cordura, igual con su piedad. Yo me hallé tan harto de trabajos y desventuras, que

determiné de dejar la corte, después de haber andado algunos días de mala ventura, sirviendo del escuderaje, que tan forzoso me ha sido, aborreciéndolo como a una culebra.

Fuíme a despedir de un caballero amigo, que no había visto muchos días hacía, y hallándole muy melancólico y desgraciado, le pregunté qué tenía. Respondióme que ni podía dormir, ni comer, ni tomar descanso en cosa. Pues si hacéis, dije, lo que yo os enseñaré, sanaréis de estas tres cosas. ¿Cómo si lo haré?, respondió. Aunque cueste todo mi mayorazgo. Pues levantáos mañana en amaneciendo, que yo os llevaré adonde cojáis una yerba que os sane de todos esos males.

Levantóse, o hícele levantar, de mañana, y mandó poner el coche; yo le dije que no haría la yerba provecho si no iba a pie, y dejando el coche lo llevó hacia San Bernardino, convento de los Recoletos Franciscanos, diciendo que estaba la yerba allí, y que la había de coger con sus manos. Hícele andar de manera que iba carleando como podenco en el camino. Preguntéle si descansaba. Respondió que sí. Pues ¿sabéis por qué habéis descansado? Porque os cansastéis; y en las sillas de vuestra casa no descansáis, porque no os cansáis.

Hícele llegar a San Bernardino y volver a su casa a pie, con muy buena gana de comer. Comió y bebió con gana, y luego se acostó, y durmió muy bien. Díjele luego: Quien no se cansa, no puede descansar; y quien no tiene hambre, no puede comer; quien no tiene falta de sueño, no puede dormir; no se queje, quien

no hace ejercicio, de males y enfermedades que le vengán, que la poltronería es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano. El ejercicio a pie restaura los daños causados de la ociosidad. Los caballos más ejercitados son de más dura y brío. El pescado del mar Océano es mejor que el del Mediterráneo, porque está más azotado por aquellas cavernas hondas de las olas, más continuas y furiosas; los hombres trabajados están más enjutos, y para más que los holgados; y así son todas las cosas, que un hombre que trabaja más que otro es más poderoso, entiéndese con igual capacidad.

Holgóse mucho, y de allí en adelante dió en hacer ejercicio a pie por la mañana y por la tarde, con que se halló muy bien y con muy entera salud, y agradeciómelo la estratagema de que usé para quitarle de la ociosidad, que le tenía impedido, sin gusto y sin salud, e hízome un grande regalo.

Anduve por Madrid algunos días, donde fuí ayo y escudero del doctor Sagredo y su mujer, doña Mergelina de Aybar, hasta que los dejé o me dejaron.

DESCANSO XIV

Acabada mi última relación, el ermitaño, dando grandes muestras de admirarse de lo que había oído, dijo que ya se podía pasar por la puente, quizá cansado de haber escuchado tanto tiempo; despedíme de él, y pasando la puente vi tantos árboles arrancados de raíz como había traído Manzanares; algunas ballenas des-

tripadas, de las que solían alancear muchos animales ahogados; otros muchos mirando aquéllos, admirándose del diluvio y tempestad tan arrebatada y repentina. Todas las huertas anegadas, las isletas cubiertas de arbolillos, que casi había llegado hasta la ermita de San Isidro Labrador; y con la arena y árboles hechas algunas represas, que hasta ahora dejaron el río dividido por muchas partes.

Determiné de quitarme de tanto ruido como el de la corte, y buscar quietud en tierra más templada que es Castilla, yéndome al Andalucía, donde los gentiles pusieron la quietud de las almas bienaventuradas, a su modo de creer, diciendo que en pasando el río Leteo, que aún todavía conserva el nombre de Guadalete, se olvidaban de las cosas de la tierra, y todo lo demás pasado; que la excelencia del temple, abundancia de regalos, apacibilidad de cielo y tierra, les hizo dar en este error, que los más templados son más aparejados para la conservación de los viejos, y como me hallé con dinerillo, compré una mula, que me la dieron barata, por tener esparavanes en los pies y un ojo pasado por agua; pero caminaba razonablemente, con que fuí mi camino encomendándome a Dios y al bendito Angel de la Guarda. Iba solo, porque por no caminar a gusto ajeno, se puede un hombre ir a pie, que es cansada cosa haber de parar yo donde el otro quisiere, y no cuando yo fuere cansado o se me antojare parar.

Al fin, como me vi con dinero, quise caminar a mi modo. Hacía muy grande calor, y

habiendo salido muy de mañana para hacer mediodía en la venta de Darazután, fué tan excesivo el fuego que entró con el día, saliendo de aquellas matas unas exhalaciones abochornadas, que me abrasaban el rostro, y me quedara mil veces si hallara lugar aparejado para ello.

Vi la venta desde lejos, aunque se parece poco por los chaparros y arbolillos que la encubren; me parecía que al mismo paso que yo llevaba, ella se alejaba de mis ojos, y la sed se me aumentaba en la boca; no creí que pudiera llegar a ella, hasta que oí música de guitarras y voces que salían de la misma venta: Ahora, dije, no me puedo engañar; y, entrando, hallé mucha gente que iba y venía, haciendo mediodía. Alentéme con ver una tinaja de agua, de que siempre he sido muy apasionado; refresqué, y púseme a oír la música, que siendo ella de suyo manjar tan sabroso al oído, es de creer que en aquella soledad, llena de matas y apartada de poblado, parecería mucho mejor su melodía que en los palacios reales, donde hay otras cosas que entretienen.

Como el calor estaba en su punto, y la venta muy llena de gente, fué menester la suspensión que la música pone para poder llevar la fiesta con algún descanso; que esta facultad no solamente alienta el sentido exterior, pero aun las pasiones del alma mitiga y suspende, y es tan señora, que no a todos se da, por grandes ingenios que tengan, si no a aquellos a quien Naturaleza cría con inclinación aplicada para ello; pero los que nacen con ella son ap-

tos para todas las demás ciencias, y así habían de enseñar a los niños esta facultad primero que otro, por dos razones: la una, por que descubran el talento que tienen; la otra, por ocuparlos en cosa tan virtuosa, que arrebatara todas las acciones de los niños con su dulzura.

Aunque un autor moderno, inadvertidamente, dice que los griegos no enseñaban a los mozos el primer tono, como si no fuera el más grave que muchos de los otros, fué por ignorar la facultad, que quiso decir que no les enseñaban música lasciva, que como por el oído entran en el alma las especies, si es honesta y grave, la suben a la contemplación del Sumo Hacedor; si es deshonesta, con demasiada alegría, la ponen en pensamientos lascivos. Y es tan juez el oído de esta facultad, que me acuerdo que un mozo que cantaba con mucha alegría vino a ensordecer, y pidiéndole después que cantase, teniendo la voz tan buena como antes, hacía tan grandes disparates, que se reían todos de oírle cantar; que realmente el oído es la clavija de la voz humana.

Estos músicos cantaron con tanta gracia, que después de haber comido se pasó la siesta alegremente. Sacó uno de ellos un demostrador para ver qué hora era, encareciendo mucho la invención de los relojes, al cual dije que lo mismo que el había hecho con el demostrador se podía hacer con hincar una paja o palillo en el suelo, mirando los dedos de sombra que hacía; y con una vasija de agua, faltando el sol, haciéndole un muy sutil agujerito, y se-

ñalando las horas con lo que va menguando, y otras invenciones que se pueden hacer.

Pasóse lo demás que restaba para caminar en alabar cada uno su profesión y las invenciones a que más está inclinado, tomando ocasión de la invención de los relojes. Tratóse de la astrología, de la música, de la invención de la memoria artificial; porque se halló un caballero, oidor de Sevilla, que hacía milagros con ella. Dijo un escudero viejo, que estaba en un rincón espulgándose: Todas cuantas invenciones han dicho vuestas mercedes no tienen que ver con la invención de la aguja.

Riéronse todos, y él, corrido, con mucha cólera, dijo: Si no les parece que es así, hágame merced de echar un remiendo con un pedazo de astrología. A lo cual dijo el licenciado Villaseñor: Cada uno alaba aquello de que se halla más capaz; este señor escudero puede hablar de esta materia, porque usa más del ministerio del agujero. Yo no soy sastre, respondió, sino un escudero tan calificado y tan antiguo, que todos mis antepasados, desde Nuño Rasura y Laín Calvo, han servido a los condes de Lemos. Y si ahora voy a pie, es porque tengo mis caballos dándoles verde en las puentes de Eume.

Y con esto echó sobre la guarnición de la espada unas calzas viejas, y, poniéndoselas al hombro, cogió las del martillado. Bien es, dije yo, que cada uno se precie de lo que profesó, que en Madrid había un verdugo que, mostrándole a un muchacho suyo, en una horca que tenía en su casa, cómo ahorcaría a un hombre

suavemente, y no pegándosele al muchacho la profesión y aborreciéndola, le dijo el verdugo: ¡Oh! Llévete el diablo, que no te se puede pegar cosa buena; pues yo te pondré con un zapatero y morderás el zumaque.

Ya que nos queríamos partir, dijo el oidor: Cierto que me dijeron ayer que buscaba calbagadura para venir este camino Marcos de Obregón, hombre de buen gusto y partes, a quien yo deseo conocer. Así es, dije yo; yo le vi buscar en qué venir. ¿Conócelo vuesa merced?, preguntó el oidor, D. Hernando de Villaseñor. Yo respondí: Sí, señor, y es grande amigo mío. Subimos a caballo, o a mula, y fuéme preguntando si sabía algunas cosas del señor Marcos de Obregón.

Yo le dije unas redondillas muy nuevas, tanto, que no habían pasado de mis manos a segunda persona; y en oyéndolas despacio, me las repitió luego el oidor de memoria. El se admiró de las coplas, y yo mucho más de su memoria. Fuíle diciendo muchas cosas, y él refiriéndolas luego.

Confesóme que era memoria artificial, pero que para aprenderla era necesario tenerla, que sin la natural se aprendía con mucho trabajo y dificultad. Yo le dije: Por cierto, la memoria es cosa que parece divina, pues las cosas pasadas las tiene presentes; pero yo la tengo por verdugo de los hombres desdichados, porque siempre les está representando los malos sucesos, los agravios pasados, las desdichas presentes, las sospechas de lo venidero y la desconfianza que tienen en todas las cosas; y sien-

do la vida, como es breve, se les abrevia más con la continua representación de las infelicitades; y así, a estos tales, mejor les sería el arte de olvidar que el de acordarse. ¿Cuántas vidas habrá costado la memoria de las ofensas, que si no se acordaran no se vengaran? ¿Cuántos borrones se han hallado en muchas mujeres por la memoria de los favores y desfavores? Tener buena memoria natural es excelentísima cosa; pero gastar el tiempo en buscar dos o tres mil lugares, pudiéndolo gastar en actos de entendimiento, no lo tengo por muy acertado, porque para la memoria sirve la estampa, las imágenes, los colosos, estatuas, escrituras, edificios, piedras, señales de peñascos, ríos, fuentes, árboles y otras cosas sinnúmero, y para el entendimiento sola la Naturaleza lo da y lo enriquece con la elección de los autores graves y comunicación de amigos doctos.

He visto muchos autores que escriben de esta memoria artificial, y no he visto de éstos obras en que se hayan esmerado y dejado por ellas nombres de sus grandes ingenios; que aunque Cicerón, Quintiliano y Aristóteles tocan algo de esa materia, pero no hacen libros de ella, como cosa inferior al entendimiento. Y así, don Lorenzo Ramírez de Prado, caballero muy docto en las buenas letras, así de poesía como de filosofía, tiene muy sujeta la memoria artificial, que hace milagros con ella; pero no por principal objeto, sino por curiosidad; porque a quien le sobran tantas partes no le faltase ésta.

Y la historia que cuenta de aquel gran poe-

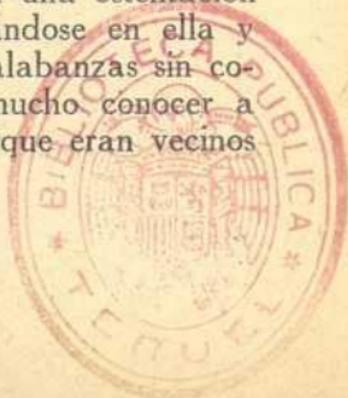
ta lírico Simónides, que habiendo caído una casa sobre muchos convidados, y estando de suerte desfigurados que nadie los conoció, él dijo en qué lugar estaba cada uno, nombrándoles por sus nombres. Yo entiendo que fué acto de memoria natural, y no artificial, porque un hombre que iba a comer y brindar al banquete con la libertad que entonces se usaba no se había de parar muy despacio a poner imágenes y figuras en lugares imaginados, naturales y artificiales, ni acordarse cargando la imaginación de más carga de la que el vino les ponía en tiempo que tan pocos aguados se usaban, y habiendo sido aquel mismo día, yo creo que sin artificio se hizo.

El autor de este libro, habiendo salido de casa de sus padres niño estudiante, volviendo con canas a ella, conoció y nombró por sus nombres a todos los que había dejado niños, hallándolos con barbas y canas, y ningún nombre ni costumbre dejó de decir de cuantos venían admirados de verle. ¿Y no se dice por cosa de admiración que Cineas, embajador del Rey Pirro, en dos días que estuvo en Roma, conoció y nombró por sus nombres a todos los moradores della? Mitrídates, Rey de Ponto, negociaba con veintidós naciones que tenía sujetas, en el propio lenguaje de ellas. Julio César, en un mismo tiempo leía, escribía y dictaba y oía cosas importantísimas, y por eso se hace particular mención de ellas; que hombres ordinarios hay algunos que hacen milagros con la memoria natural. En Gibarltar había un conoedor de D. Francisco de Ahumada Men-

doza, llamado Alonso Mateos, que a treinta mil vacas que había en la Saucedá las conocía a ellas y a sus dueños, y las nombraba por sus nombres, dando a cada uno la que era suya. Y a todos los bandoleros que venían de diversas partes, de una vez los conocía y sabía los nombres.

Todo esto he traído para que no parezca memoria artificial la de Simónides, y para que sepan que con sólo ejercitarla se aumenta y crece, como se ve en estos conocedores, que siendo hombres toscos, muchos hacen lo mismo que el dicho. Y en Madrid anda un gentilhombre llamado D. Luis Ramírez, que cualquiera comedia que ve representar, va a su casa y la escribe toda, sin faltarle letra ni errar verso; pero hay diversas maneras de memoria: unas, que se acuerdan de las palabras, y otras, que se acuerdan de las cosas; como es Pedro Mantuano, que de infinitas historias que ha leído, no solamente no se le han olvidado, pero en cualquiera tiempo que le pidan o que se ofrezca tratar de alguna de ellas las tiene tan presentes como cuando las iba leyendo, y los nombres propios contenidos en ellas; y de los versos, todos los que ve a segunda no se le olvida ninguno.

A todo esto el oidor estuvo callando y loando mucho la que yo había mostrado; y así, dijo que la artificial más era para una ostentación que para estar siempre cansándose en ella y con ella. Y, tornando a mis alabanzas sin conocerme, dijo que deseaba mucho conocer a Marcos Obregón: lo uno, porque eran vecinos



en los pueblos, porque él era de Cañete la Real, y Obregón, natural de Ronda; y preguntóme qué traza de hombre tenía, qué trato y qué proceder; y le respondí: La proporción y traza de su persona es de la misma manera que la mía, y el trato y proceder, el mismo que el mío, que como somos tan grandes amigos, yo le sigo a él y él a mí. Por cierto, si él tiene, dijo el oidor, semejanza a la apacibilidad que vos habéis mostrado, con mucha razón tiene el nombre que le da el mundo.

El oidor, por todo el camino me fué regalando, de manera que descubrió la nobleza heredada y adquirida en aquel viaje, en su ánimo, bondad y liberalidad. Ibamos por toda Sierra Morena, mirando cosas extraordinarias, que como es tan grande, ancha y larga, que atraviesa a toda España, Francia e Italia, hasta que se va a entrar en la mar por el canal de Constantinopla, aunque con diversos nombres, había mucho que ver y notar en ella.

Topamos en un arenalillo con una culebra con dos cabezas, de que se admiró el oidor, diciendo que lo había oído decir, y hasta entonces no lo había creído. Ni aun ahora lo creo, dije yo, que un cuerpo tenga dos cabezas; y noté que no se movía bien, ni huía de las bestias.

Díjeme a un mozo de mulas que le diese con la vara, y él lo hizo así; y en dándole vomitó un sapón que había ya tragado hasta la cabeza, que estaba por tragar. Así deben ser, dijo el oidor, muchas cosas que nos dicen, que nunca las vemos, como es lo de la salamandra.

Yo estaba, le dije, incrédulo en eso, hasta

que a dos personas de crédito y bondad les oí decir que junto a Cuenca, en un pueblecito que se dice Alcantuz, habiéndose caído un horno de vidrio, hallaron pegada al mismo mortero donde baten las llamas del fuego una salamandra; y por ser persona de crédito lo creí, y no se han engañado los que lo traen siempre por comparación.

DESCANSO XV

Como el hombre naturalmente es animal sociable, que apetece la compañía, el oidor se halló tan bien con la mía, que no se sufrió un punto de división en todo el camino que pudimos ir juntos. Tenía, y tiene, muy gallardo entendimiento, con que movía de lo que se ofrecía a la vista muy gentiles cuestiones, a que yo le respondía lo mejor que pude y supe. Y si algún hombre de traza se nos juntaba de su misma profesión, le sacaba preguntas o daba ocasión a que se las hiciesen; a que respondía gallardamente.

Pegósenos un clérigo de un pueblecito de por allí cerca, y yendo caminando, iba rezando sus horas en voz que lo pudiesen oír los alcornoques y robles, de suerte que nos interrumpía la conversación y él cumplía mal con su obligación. Preguntó el oidor: ¿No se podría dejar eso para la noche, para que se hiciese con el silencio y devoción que se requiere? ¡Oh, señor!, respondió el clérigo; diónos la Iglesia esta pensión, que aun caminando habemos de rezar. ¿Por qué no ordenará que yendo un

clérigo cansado, y pensando en sus negocios y en el fin que han de tener, no rezara caminando? Respondió el oidor: Porque la Iglesia no cría a los clérigos para correos, sino para rezadores. Bien respondido está, dijo el clérigo.

Y quedó con esto muy satisfecho. Topamos un muchacho medio rapado, que por andar no tanto como las cabalgaduras, en alcanzándole preguntó al oidor: ¿Adónde vas, mozo? El respondió: A la vejez. Oidor: no digo sino qué camino llevas. Muchacho: El camino me lleva a mí, que yo no lo llevo a él. Oidor: ¿De qué tierra eres? Muchacho: De Santa María de todo el mundo. Oidor: No te digo sino en qué tierra naciste. Muchacho: Yo no nací en ninguna tierra, sino en un pajar. Oidor: Bien juegas del vocablo. Muchacho: Pues siempre pierdo, por bien que juego. Oidor: Este muchacho no debe de ser parido como los otros. Muchacho: No, porque nunca me he empañado. Oidor: Quiero decir, pues no dices donde naciste, no debiste salir de madre. Muchacho: ¿Pues soy yo río, para salir de madre? Oidor: A fe que no tenéis la lengua muy ruda. Muchacho: Si fuera ruda, no la trujera tan cerca de las narices. Oidor: ¿Tienes padre? Muchacho: Antes por no tener muchos vengo huyendo, porque me metieron fraile, y había tantos padres, que no podía sufrirlos. Oidor: ¿Y es mejor andar como correo? Muchacho: Por huir de la correa, bien puede ser un hombre correo.

Reímos mucho con el muchacho, y en llegando cerca de una ventanilla que está junto a

un arroyo algo profundo, nos dijo el mozo de mulas: Aquí habemos de parar, porque nos darán buen recaudo, y la ventera es muy hermosa y aseada; y si pasamos adelante habemos de caminar de noche más de tres horas. El hizo fuerza, prometiéndonos camas, que, a lo que pareció, la ventera era su conocida más de lo que fuera razón.

Entramos en la venta, y luego se presentó la huéspedada, muy boquifruncida y vestida de un colorado obscuro, y una ropa encima de lienzo blanco, llena de picaduras, y preguntóme el mozo de mulas: ¿Qué le parece a vuesa merced? Yo le respondí: Paréceme asadura con redaño. Y dijo el oidor: Está vestida de virgen y mártir. Bien dice vuesa merced, dije yo; mas está la castidad por defuera, y lo mártir por de dentro; y como hay muchas matas por aquí, está muy rota la castidad. Cada uno habla como quien es, dijo la ventera. Volví la hoja, porque la vi corrida del apodo, y el mozo de mulas enojado; y le dije: La verdad es que vuesa merced está muy deseada y hermosa; que tiene cara, no para aquí, sino para estar muy bien empleada.

Quedó muy contenta, que era fácil de condición, y sacónos muy buenas perdices, con que cenamos. Ella, muy contenta, después de haberle dicho que lo hacía como una cortesana, nos dijo: Camas habrá para vuestas mercedes, aunque para el friecillo que por aquí hace hay pocas mantas. Dijo el muchacho fraileco: De éstas no faltarán, que con las que ha echado el mozo de mulas se puede abrigar Burgos y

Segovia. No se burle conmigo, dijo el mozo de mulas, que le haré ver estrellas a mediodía. ¿Pues sois vos la Epifanía?, dijo el muchacho. Respondióle el otro: Soy la puta que os parió. Y aun por eso, dijo el muchacho, salí tan grande bellaco.

Dijéronse muy graciosas cosas el muchacho y el mozo de mulas, con que se pasó buen rato. El oidor preguntó al muchacho: Dí, por tu vida, ¿de dónde eres? Yo, señor, respondió, soy andaluz, de junto a Ubeda, de un pueblo que se llama la Torre Pero Gil, inclinado a travesuras; y como por ser pequeño el pueblo no podía ejecutarlas, hurté a mi padre cuatro reales y fuíme a Ubeda, donde, mirando las casas de Cobos estaban jugando turrón, y con la codicia del comerlo púseme a jugar los cuatro reales, y habiéndolos perdido, sin probar el turrón, arriméme a un poste de aquellos soporales, que están allí cerca, y estúveme hasta que ya era de noche, desconsoladísimo; llegó un viejo, preguntóme: ¿Qué hacéis aquí, gentil hombre? Respondí: Tengo este poste, que no se caiga; ¿por qué lo pregunta? Porque si no tenéis, dijo, donde dormir, allí hay un banco de un tundidor, y os podéis acostar en aquella borra. Y esa borra, dije yo, ¿podrá borrar mis borrones y desdichas? ¿Pues tan temprano os quejáis de ella?, dijo el buen hombre. ¿No quiere que me queje, respondí yo, si desde que salí de la casa de mi padre todo ha sido infelicidades? ¿De dónde sois?, preguntó. De muchas leguas de aquí, respondí yo. Mirad, hijo, dijo: para los hombres se hicie-

ron los trabajos, y quien no tiene ánimo para resistirlo, en ellos parece; que comenzando tan temprano a sentirlos se os harán más fáciles cuando seáis hombre; los que se andan ovachones no tienen experiencia de cosas, y así nunca estiman el bien; que el trabajo habilita a un hombre y le hace capaz para todas las cosas; yo salí de la casa de mis padres de vuestra edad, y por mi virtud he llegado a tener un oficio de almotacén de esta ciudad. Bien adelante ha pasado, dije yo; no se deshaga de él; pero quien no tiene blanca, ¿cómo podrá pasar tan adelante? Si sois de tantas leguas, dijo, como decís, no es maravilla haber gastado y pasado trabajos. ¿Dónde es vuestra tierra? En la Torre Pero Gil, respondí. Rióse, y díjole: ¿Parécele que para contar trabajos es poco tiempo? Así como salí, que fué de noche, me colé en una viña, donde metí tanta uva llena de rocío, que si no buscara por donde salir, reventara y no pudiera llegar a Ubeda; y ya que llegué con este trabajo, me sucedió jugar cuatro reales que traía y quedarme sin dineros y con hambre y mucha sed, sin posada y cama. Pues id, dijo, allí y la hallaréis.

Fuí, y acomodando la borra tendíme sobre ella; parece que descansé un poco, y a media noche fué tan grande la mudanza de la serenidad en borrasca y viento, que pensé no llegar a la mañana, porque el aire, furioso, entraba en el banco, haciendo polvo de la borra para los ojos y charco de agua para todo el cuerpo; y, sobre todo, los cochinos que andaban paseándose y buscando la vida por aque-

llas calles, acudieron a los bancos de tundidores a repararse de la tempestad, y pensando que estaba solo el mío entraron, gruñendo, una docena de ellos, hociendo la borra, que aínas me borrarán toda la cara; pero sufrílos y halaguélos, por el abrigo que me causaban, y aunque con ofensa de las dos ventanas, llegué a la mañana, no muy limpio ni oloroso, pero con algunos palos, porque el mozo del tundidor, antes de amanecer, llegó a echar los cochinos con una varilla de fresno de tres dedos de gordo, y pensando que daba en ellos pegaba también en mis espaldas, con que se me quitó el sueño y la pereza.

Pasé mi trabajo, aunque él no se me pasó, porque dondequiera que iba, o me buscaba el mal, o yo lo buscaba a él; que los muchachos mal inclinados, en tanto son buenos en cuanto la fuerza les hace que no sean malos. Fuíme de Ubeda a Córdoba, donde topé un fraile mozo que iba a estudiar a Alcalá, y diciéndome si quería acompañarle, le dije que de muy buena gana, porque comía y bebía muy bien de limosna que por los pueblos y ventas le daban.

Agradóle tanto mi bachillería, que me alabó mucho en un monasterio de su Orden, donde me dieron el hábito con mucho gusto. La tentación de hambre que pasan los novicios, aunque la oía decir, no la creía, hasta que la experimenté, que cuando acabábamos de comer cogíale al refitolero un panecillo para comer entre día; pero a la segunda vez que lo hice, me lo cogieron, tratándome mal. Usé una traza

muy buena, que hiqué cinco o seis clavos por la parte de abajo en las tablas de mi cama, y en cogiendo el panecillo iba corriendo y espetábalo en un clavo de aquéllos; venían tras de mí, y, como no lo hallaban, echaban la culpa a otro.

Pasé de esta manera algunos días, con que almorzaba y merendaba a mi gusto, y otros, por mi culpa, lo padecían; y estuviera hasta hoy secreto, si no fuera por una travesura que hice contra el maestro de novicios, que habiéndole enviado un tabaque o canastillo de unas tortas hermosísimas de bizcochos, le cogí dos en volviendo la cabeza, y fingiendo que iba a otra cosa, fuí en un instante y espetélas en los clavos; volví muy mesurado, púseme a leer, echó de menos las tortas y fué de presto a mi cama; miróme todo el cuerpo, y los lebrillos, y no hallando lo que buscaba, quiso ver si estaba debajo de la cama, metiendo mitad del cuerpo, y al fin dijo: Aquí no hay nada: vamos a otra parte; estaba ya yo muy seguro y muy contento; pero al tiempo que fué a sacar la cabeza de debajo de la cama topó con el colodrillo de un clavo de aquellos y como se lastimó, miró lo que era y halló en los clavos sus tortas y mis panecillos.

Asiéronme, poniéndome el cuerpo como tablilla de pintor; mire vuesa merced si es mejor la correa que el correo. Dejéronme aquella noche, a su parecer, que no podría volver sobre mí; pero yo cogí mi hatillo, y aviándome hacia el camino, enviaron tras mí dos mozos que servían al monasterio como donados, y,

por sobre la tierra mejor que yo, cogiéronme la delantera tan de mañana, que cuando salí los vi de lejos, puestos en lugar que no tenía remedio sino que me habían de coger; pero como la necesidad es tan grande trazadora de remedios, hallélo en un colmenar que estaba junto al camino, y así como los vi entréme en el colmenar, derribando más de veinte colmenas y poniéndome entre ellas, sin hacer movimiento poco ni mucho, porque las abejas no acometen sino a quien lo hace, y entrando ellos a acometer, las abejas, por defender su jurisdicción, los recibieron con sus armas al tiempo del asalto de las murallas, y como ellos se defendieron con las manos, cuanto más jugaban de ellas, tanto mayor número de abejas acudía.

Alborotado el ejército y puesto en arma, desampararon las tiendas de la retaguardia y viniendo a socorrer la vanguardia; fué tan grande el concurso, que les hacían sombra a los pobres verdugos. Yo, vista la batalla que por mí se había trabado, y viendo la seguridad con que podía escabullirme, con el mayor silencio que pude me salí a gatas del real por entre unas jaras, que para encubrirme estaban más espesas que las abejas para mis contrarios, que entrándoseles por las muñecas y pescuezo, no les daban lugar a la defensa. Aunque lo primero que hicieron fué cargar tan increíble número a la frente y ojos, que un momento les cegaron, de manera que cuando quisieron salir ya no acertaron, ni veían por dónde.

Acudió el dueño del colmenar a sosegar sus soldados, armado con sus armas defensivas, y

halló de suerte a los miserables mozos, aporreados y llenos de chichones, que en lugar de reñirles el daño hecho en su real, hubo de sacarlos muy lejos de la gente alterada y colérica, por que no los acabasen de matar. Seis días ha que vengo huyendo de los azotes que me habían de pegar si me cogieran.

Entretuvo el muchacho toda la gente de la venta con sus sucesos, con gusto y risa. Yo le dije: Al fin, hallaste misericordia en las abejas, que a haber sido sin daño de tercero fuera el más feliz suceso del mundo; pero como tenemos más obligación a nosotros propios naturalmente que a los otros, buscamos remedio para nuestros daños en los ajenos, aunque ha de procurar un hombre su bien sin mal del prójimo, porque lo demás es contra caridad. Dijo el muchacho: Sea como fuere, que siempre oí decir que tiene un hombre obligación de guardarse a sí propio; que un cordero mató a un lobo por huir de él en una trampa que había puesto el pastor muy encubierta de yerba, con una culebra muerta puesta encima. Vió el lobo, que venía muy determinado a cogerlo, y corriendo el cordero hacia donde estaba su pastor, cuando llegó a la trampa vió a la culebra y espantóse de ella; dió en la trampa, y quebróse las piernas. Y si un cordero sabe defenderse con daño ajeno, ¿por qué no lo hará un hombre?

Con esto se fué cada uno a su cama, espantados de la bachillería del muchacho.

DESCANSO XVI

Salimos de la venta, y aunque gustáramos llevar al muchacho con nosotros, él andaba tan poco, que el oídor le dió dineros para que se fuese a su espacio. Yo que había salido a puerto de claridad o de seguridad, y admirándome de la diversidad de los ingenios, dije: ¡Cuán pocas esperanzas se pueden tener de estos muchachos que muestran en sus principios agudeza y bachillería, que no les queda profundidad para las cosas de veras y de sustancia! El entendimiento capaz de las cosas, nunca anda vacilando ni variando en cosas de poco momento; que a los principios, para conmigo, da mayores esperanzas el que comienza más callado que no el que descubre con locuacidad todo cuanto tiene en el alma. Que siendo el entendimiento la más principal parte de ella, y no siendo ella habladora, tampoco lo será el buen entendimiento. Cuando un hombre está ya sazonado y habilitado el ingenio en las veras, y con la experiencia bien enterado en la verdad, que sea locuaz, tiene caudal para serlo; pero que no teniendo esta capacidad bien fundada sea hablador y atrevido, ni creo en él, ni en quien hiciere mucho caso de él; pero, con todo eso, estos que hablan mucho son para la soledad del camino de provecho, porque si los oyen entretienen, y si no los oyen, dan lugar a que mientras hablan piense cada uno en su negocio.

El oídor disputó un rato muy doctamente

del entendimiento, la memoria y la imaginativa, que no es para este lugar, y todo el camino me fué preguntando por cosas de Marcos de Obregón con grande afición.

Llegamos a Córdoba, donde fué forzoso el apartarnos, y me rogó encarecidamente al separarnos que le dijese el deeso que tenía de conocerlo, y que si algún tiempo fuese a Sevilla, fuese derecho a su casa. Y con esto, llegando a la puente del Guadalquivir, dividímonos cada uno por su camino, y en habiéndonos apartado cosa de cien pasos, yo le dije recio, que lo pudiese oír: Señor oidor, yo soy Marcos de Obregón, y, picando con toda la priesa posible, cogí el camino de Málaga o de Gibraltar, que a uno de estos lugares era mi viaje.

El oidor quiso volver a llamarme, y como yo me di priesa, fué diciendo a sus criados: No en balde me hallaba yo tan bien con la compañía de este hombre, que cierto le he cobrado un amor, sin saber quién era, que haría cualquier cosa por él. Yo me avié a una de estas ciudades, de cuya templanza yo tenía satisfacción que para la vejez son apacibles, por el poco frío que hace en ellas y por la variedad que tienen consigo los puertos de mar, por la cercanía y correspondencia que tienen con Africa, fuera de tener lugares acomodados para la soledad.

Llegué a Málaga en tiempo que había llegado el mismo día el bergantín del Peñón, de que era capitán Juan de Loja, muy valiente soldado, que había recibido y dado muchas heridas a moros y turcos, y traía una presa muy

apacible. Fuíle a ver, por ser muy amigo mío, y dándonos los parabienes cada uno por la venida del otro, me dijo que había topado con un barco muy trabajado de una borrasca, y había cogido en él una doncella turca y un gentil hombre, que debían de ser hermanos, ella muy hermosa, y el mozo de gallardo talle y algo españolados, tanto, que se habían espantado por ser nacidos en Africa e hijos de infieles.

Roguéle que me lo mostrase, por tenerlos muy guardados, para hacer un presente de ellos. El me dijo: Antes, pues habéis estado en Argel, quiero que sin veros los oigáis hablar, por ver si tratan verdad. Entró donde estaban, quedándome yo a la puerta, y díjoles: Contadme la verdad de vuestra historia, ya que es forzoso vuestro cautiverio, para que, conforme a esto, os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el mozo muy triste, y la doncella deshecha en lágrimas, suspiros y sollozos; consolándolos su amo, el mozo dijo de esta manera: Que la privación de la preciosa libertad nos traiga triste y afligidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres y regalos que poseímos, por fuerza se ha de sentir; que dejásemos hacienda, esclavos y grandeza de nuestra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento a que venimos, nos arranca el corazón del pecho.

Mi hermana y yo, que lo somos cierto, nacimos en Argel, somos hijos de un español que del reino de Valencia se pasó a Argel. Casóse con nuestra madre, que es turca de nación. Es

nuestro padre corsario que trae por la mar dos galeotas suyas, con que ha hecho mucho mal a los cristianos. Entre los cautivos que robó en España, vino uno a quien nuestro padre nos dió para maestro de la lengua y letras españolas, que como nos encarecía tanto las cosas de su tierra, nos encendía en amor y deseo de ver y haber lo que tanto estimaba; este esclavo español se dió tan buena priesa en la doctrina que nos enseñó, que dentro de pocos días teníamos aborrecida la que habíamos mamado en la leche y abrazada en el corazón la del bautismo. Si yo nombraba a Jesús, mi hermana a su madre, María; no teníamos otra comunicación sino ésta. Hicimos voto en voz de vivir y morir en la religión cristiana. Díonos palabra este esclavo de buscar modo como nos bautizásemos.

Han pasado ocho años que fué a su tierra, y al cabo de éstos nos dijeron que, en saliendo de Argel, lo habían cautivado las galeras de Génova y le había muerto, entendiendo que era nuestro padre. Desconfiamos ya de su aviso o venida, determinamos de buscar por otra parte remedio.

En este tiempo, como ya mi hermana tenía edad para tomar estado, y yo era el mayorazgo de aquella hacienda, concertó nuestro padre con un turco muy rico, que tenía hijo e hija de nuestra edad, de trocar y casar hijo con hija, e hija con hijo, y había sido este deseo general en todo Argel, porque aunque tenía mi hermana y yo libertad con riqueza, nunca nos vió nadie con resabios de tales, que si bien

éramos estimados, ella por su mucha hermosura y yo por sucesión de mi hacienda, nunca nos empeció que olvidásemos la libertad cristiana que nos enseñó nuestro maestro, y por brevedad de nuestras desdichas, viendo tan cerca nuestros casamientos por donde habíamos de borrar de nuestra alma los ardientes deseos que conservábamos en el pecho; mi hermana y yo aguardamos a que nuestro padre hiciese una jornada hacia Levante para traer alguna presa con que enriquecer más nuestro nuevo estado, y, en echando las goletas al agua, nos fuimos a una heredad, y, comunicando el caso con cuatro esclavos españoles, dos turcos y seis italianos prácticos en toda la costa de España, y estando mi madre segura y descuidada, por estar mi hermana en mi compañía, cogimos al anochecer un barco, y, con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priesa, que al amanecer descubrimos la costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento de hacia Levante que nos hizo bajar la vela, y nos echó hacia Poniente con tanta furia, que no fuimos señores del barco, porque venían sobre nosotros tan levantados montes y breñas de agua, que mil veces nos vimos debajo de las olas sumergidos; y como yo y mis criados llevábamos el cuidado puesto más en salvar a mi hermana que a nosotros propios, una vez, esperando un peñasco de agua que venía a tragarnos, tendióse ella de bruces sobre el suelo del barco, y a cuatro que se pusieron a resistir la fuerza porque no llegase a

ella, se les sorbió la ola, y nunca más parecieron.

Rendímonos a lo que el cielo ordenase después de haber atado a mi hermana, de suerte que no se la llevasen las olas aunque padeciese naufragios el barco, y a los que llevaban los remos en las manos, se los arrancó de ellas el soberbio viento, dejándoles los brazos mancos. Yo, visto que sólo Dios podía socorrernos, mandéles que no hiciesen defensa, porque el barco sobre aquellas poderosas olas andaba como cáscara de nuez, siempre encima, aunque una vez, viendo que se volvía boca arriba, yo me abracé con mi hermana, que me valió la vida, porque a los demás que iban sueltos los voló, si no fueron a dos que se asieron a los dos bordes del barco.

Vino a sosegarse un poco el viento, pero las olas, movidas del Levante inexorable, quedaron por dos días a su fuerza, andando sin gobierno cinco o seis días, sin poder comer lo poco que nos había quedado; como no tenía remos, ni quien los gobernase, acordéme que aquel nuestro ayo o esclavo nos dijo que los que se encomendaban a Dios, tomando el sagrado bautismo, habían de pasar los trabajos con mucha paciencia y esperanza, y consolámonos con esto.

Mi hermana, vuelta en sí, comenzó con muchas veras a rezar con un rosario que le había dejado Marcos de Obregón, que así se llamaba nuestro maestro, y en esto descubrimos vuestro barco, no con intento de ponernos en defensa, que aquellos dos turcos que nuestro

valeroso brazo mató, los traíamos ya con celo de bautizarse; llegamos a tierra de cristianos, donde suplicamos a Dios nos dé paciencia y nos cumpla nuestro deseo.

Acabó su razonamiento, y la hermana no el llanto, que había comenzado desde el principio del cuento. El capitán, piadoso y enternecido, les dijo: Si lo que habéis contado con tanta terneza es verdad, yo os daré libertad y todas las joyas que tengo vuestras, y les dijo: ¿Conoceréis a Marcos de Obregón si lo véis? Respondió la doncella: ¿Cómo lo habemos de ver si es muerto? Dijo el capitán: Salid a fuera, y mirad si es alguno de los hombres que están ahí.

Alborotáronse confusos entre esperanza y temor, y la doncella, con mayor turbación, porque el amor hizo memoria de lo pasado, y la religión le facilitó su ardiente deseo de ver a quién los había enseñado; salieron afuera, y, en viéndome, se arrojaron a mis pies, llamándose padre, maestro y señor; quedé en éxtasis por algún espacio sin poder hacer otra acción sino admirarme, afirmando que cuanto habían contado era verdad; en sosegándose de la súbita alteración, lloré tiernamente con ellos, que también el contento tiene sus lágrimas piadosas, como el pesar congojosas; el capitán quedó espantado del caso, y habiéndoles consolado con sus palabras y mi presencia, les dijo: No quiera Dios que yo captive a cristianos; libertad tenéis, y vuestras joyas, de que yo he sido no poseedor, sino depositario, véislas aquí (entre las cuales vi un rosario que

yo le había dado a la doncella), usad de la libertad cristiana, pues tan venturoso habéis sido en llegar a ejecutar vuestro soberano intento.

La alegría que yo sentí en ver aquellas dos prendas, que en mis trabajos y cautiverio me alentaron y consolaron, me volvió, si puede decirse, a la mocedad pasada; que el pecho con alegría entretiene la vida, y la alegría fundada en bien engendra paz en el alma.

Hablé grandes ratos con ellos de mis trabajos y sus consuelos, que, siendo pasados, bien pueden traerse a la memoria, pues causan, a la medida del pasado mal, la presente alegría. Los virtuosos mozos cobraron tanta en verme, que se les borró del rostro la tristeza del trabajo pasado. Dimos orden en su vida con ayudarle a cumplir lo que tanto deseaban, y fué la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos dió ejemplo de vida a todos.

Aviáronse a Valencia a conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva que acabaron sus vidas con grande ejemplo de virtud cristiana.

DESCANSO XVII

Parecióme que para la quietud que yo deseaba, el bullicio de Málaga y las ocasiones de la tierra y mar, con el apacible trato de la gente, siendo yo conocido en ella, no se podía hallar a la medida de mi deseo y la ejecución del

intento principal, fuíme a la Saucedá de Ronda, donde hay lugares y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él no quiere. Púsome en camino un buen hombre, y porque no pasase sin trabajo, llegando a la Sabiñilla, se desembarcaron dos bergantines de turcos, saltaron en tierra, y cogieron pescadores y vaqueros, cuantos hallaron por allí; porque aunque habían hecho ahumadas, no las echamos de ver hasta que dimos en manos de los moros, que nos maniataron y llevaron a los bergantines; pero de verse tan señores de la tierra, descuidáronse, hinchando las panzas de vino de lo que hallaron en una hacienda de pesca; de manera que todos o la mayor parte se emborracharon; dan sobre ellos la gente de Estepona y Casares, y los demás que vivían cerca, viniendo al rebato, cautivando y matando, se escaparon muy pocos. Los que estábamos en los bergantines maniatados, pedimos a los guardas que si querían vivir nos desatasen y echasen a tierra; lo cual hicieron, y les valió para poderse aviar, porque desatando a un vaquero con los dientes, hombre de fuerza y ánimo, cogió un remo como si fuera una vara de medir, y, jugando de él, hizo que nos desatasen a todos y nos echasen en tierra.

Afligíme de nuevo, acordándome de mis trabajos de mar y tierra, que aunque han sido muchos, siempre hallé piedad y misericordia en ellos, como en éste, que viéndome un hombre anciano en edad, aunque robusto y fuente en las acciones de hombre de valor, vecino de la

villa de Casares, que decían ser un Abraham en piedad, porque su casa y hacienda era siempre para hospedar peregrinos y caminantes, llegóse a mí, y dijo: Aunque siempre la piedad me llama a semejantes cosas, ahora parece que me hace más fuerza que otras veces, viéndoos afligido y con edad; idos conmigo a mi casa, que aunque es pobre de hacienda, es abundantísima de voluntad, y nadie hay en ella que no se incline a piedad tan entrañablemente como yo; no solamente mi mujer e hijos, pero criados y esclavos, que tanto tiene el hospedaje de bueno cuanto tiene de concordia y amor de todos. ¿Cómo es el nombre, pregunté yo, de quien tanta piedad usa conmigo? Que fuera de la caridad, que tanto resplandece en vuestra persona, hay en mí otra fuerza superior que me abraza el pecho en amaros. Yo, respondió, soy un hombre no conocido por partes que en mí resplandezcan, contento con el estado en que Dios me puso, pobre bien intencionado, sin envidia al bien ajeno ni de las grandezas que suelen estimarse; trato con los mayores con sencillez y humildad; con los iguales como hermano; con todos los sujetos como padre. Alégrome cuando hallo mis vaquillas cabales, castro mis colmenas, hablando con las abejas como si fueran personas que me entendiesen; no me pongo a juzgar lo que otros hacen, porque todo me parece bueno; si oigo decir mal de una persona, mudo de conversación en materia que les pueda divertir; hago el bien que puedo con lo poco que tengo, que es más de lo que yo merezco, que con esto

paso una vida quieta y sin enemistades que destruyan la vida. Dichoso vos, dije yo, que sin andar contemporizando las pompas y soberbias del mundo, habéis alcanzado lo que todos desean poseer. ¿Pues cómo habéis caminado a tan quieta vida? Respondió: No desprecio de lo propio, no envidio lo ajeno, no confío en lo dudoso, no reparo en recibir lo que viene sin alteración de ánimo. Quien tal estado alcanza, dije yo, bien es que publique su nombre. No es mi nombre, dijo, de los conocidos por el mundo, sino a la manera de mi persona: llámome Pedro Jiménez Espinel. Dióme una aldabada en el corazón, pero sosegúeme, prosiguiendo en la conversación para entretener el camino hasta llegar al lugar; y preguntéle: ¿Y con esa vida tan segura, tenéis alguna pesadumbre que os inquiete? Por Dios, señor, respondió, si no es cuando no hallo la hacienda bien hecha, o la comida por enderezar, no tengo pesadumbre, y ésa, con leer el Memorial de la vida cristiana, de Fray Luis de Granada, se me quita como por la mano. ¡Cuántos filósofos, dije yo, han procurado esa sencillez y no la poseyeron con cuantas observaciones han tenido en los preceptos de filosofía moral y natural! No me espanto, dijo el buen hombre, que como la mucha ciencia engendra en los hombres algún desvanecimiento, sin humildad no se puede alcanzar esta vida, que como yo soy ignorante, abracéme desde mi niñez con la virtud de paciencia y humildad que conocí en mis padres, y héme hallado bien con ella; pero pues habéis andado por

el mundo, podrá ser que hayáis conocido por allá un sobrino mío, que ha muchos años no sabemos de él, que, según nos han dicho, anda en Italia, y a cuantos hospedo en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino. ¿Cómo se llama?, pregunté, y respondiome con mi propio nombre. Sí le conozco, dije, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. El es vivo, y está en España, y bien cerca de aquí; donde sin andar mucho le podréis ver y hablar. Holguéme en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundada en las virtudes morales cristianas, que pudiera yo imitarle si fuera tan puesto en la verdad de las cosas como era de razón. El se holgó de las nuevas que le dí, aunque por entonces no me di a conocer hasta que hube mudado estado. Que realmente la carne y sangre, y tan cercana como ésa, tiene algo de estorbo para la ejecución de los intentos buenos que apetecen soledad.

De todos los valerosos hombres en religión tenemos noticia que han huído a los desiertos de la compañía de parientes y amigos que pueden ser impedimento para los buenos fines. Los actos del alma en la soledad están más desembarazados y libres. Obras de ingenio no quieren compañía. El vicio tiene menos fuerza cuando las ocasiones son menos. Las más excelentes obras de varones señalados se han fraguado en las soledades. Y quien quisiere adelantarse en cosas de virtud, ora sea en ejercitarla, ora sea en escribir de ella, se hallará más fácil y pronto para semejantes acciones.

Y aunque la soledad por sí no es buena, no está solo quien tiene a Dios por compañero.

DESCANSO XVIII

Y, para cortar razones, llegué a la Saucedá, donde lo primero que encontré fueron tres vaqueros con muy largas escopetas, que me dijeron: Apéese del macho. Yo les repliqué: Mejor me hallo a caballo que a pie. Pues si tan bien se halla, dijeron ellos, cómprenoslo. Eso sería, dije yo, quedar sin macho y sin los dineros que no tengo. ¿Quién son vuestas mercedes, que me venden el macho que yo compré en Madrid? Después lo sabrá, respondieron, y ahora apéese. Cierto, dije yo, que me huelgo, porque no he visto más mala bestia en mi vida: maliciosa, ciega y llena de esparavanes, y con más años acuestas que una palma vieja, tropieza cada momento, y se arroja en el suelo sin pedir licencia; sólo una cosa tiene buena: que si le ponen un alcalí de cebada, no se moverá hasta tener sed. Pues con todas esas faltas, lo queremos, dijeron.

Al fin me bajé de ella, y, rindiéndoles las faltriqueras, como no hallaron sustancia en ellas, dijeron que habían de desollar al macho y meterme en el pellejo si no les daba dineros. ¿Pues yo soy cofre, les dije, que me quieren aforrar del pellejo del macho? ¿O quieren abrigarme, por el frío que me ha causado el temor de ver las escopetas?

Con el buen ánimo que conocieron en mí, se desenconaron del ruin que ellos tenían, y por-

que, al mismo tiempo, venían otros cinco o seis, furiosos por asir a un hombre que se defendía de ellos valerosamente, dando y recibiendo heridas, a los cuales mandó su caudillo que no le matasen, porque tan valiente hombre sería bueno para su compañía; mas él, con valeroso pecho, dijo que no quería sino que le matasen si pudiesen. ¿Por qué?, preguntó su cabeza, aquietándoles y sosegando a él. Porque a quien tal desdicha como a mí le ha sucedido, no ha menester vivir. Miré al hombre, y pareciéndome que era el doctor Sagredo, a quien yo había comunicado en Madrid, aunque con traje diferente, porque él era médico, y allí venía como soldado desgarrado, pero siempre hombre muy de hecho, y, así, no me determiné en que fuese él mismo.

Sosegáronse, y él, con grandes ansias reprendía la piedad de los salteadores porque no le mataron, y con ardientes suspiros clamaba al cielo, diciendo: ¡Oh rigores de las estrellas, desdichas entrañables solamente mías, mudanzas de fortuna, planetas verdugos de mi quietud y sosiego, que habiéndome librado de tan inmensos peligros por mares y tierras no conocidas, me viniese a tragar la furia del mar mi dulce compañía, mi regalada esposa, después de haberme seguido y acompañado en tan importunos trabajos, y que fuese yo tan para poco que no me arrojase en las levantadas olas para acompañar en la muerte a quien me acompañó en la vida!

Tantas ternezas dijo, que movió a compasión a la más mala canalla que había en el

mundo en aquel tiempo, que en hábito de vaqueros andaban trescientos hombres robando y salteando a quien no se defendía, y matando a quien se defendía.

Juntáronse a consejo cosa de ciento que se hallaron allí con el caudillo, para tratar de cierta sospecha que traían de que Su Majestad quería remediar aquel fuego que se iba encendiendo con tan exorbitantes daños como se descubrían en toda la Andalucía a cada momento, y juntamente sentenciar qué habían de hacer de muchos que tenían en cuevas presos. Y entretanto nos pusieron al doctor Sagredo y a mí con otros dos en una cueva, fácil para entrar, y para salir imposible, aunque tenía bastante claridad, que por entre la espesura de los encumbrados árboles entraba en la cueva. Y viéndome en aquella aflicción, por no estar en triste silencio, le pregunté: Señor, ya que estamos en un trabajo y padeciendo un mismo agravio, os suplico me digáis si sois el doctor Sagredo. Alborotóse, y replicóme: ¿Quién sois vos, que me lo preguntáis, y dónde me conocísteis? Yo soy, le respondí, Marcos de Obregón. No lo acabé de pronunciar, cuando, echándome los brazos al cuello, me dijo: ¡Ay, padre de mi alma! Ya murió vuestra querida y regalada, ya murió mi amada esposa, ya murió doña Mergelina de Aybar, ya murió todo mi bien y mi compañía. Ya no soy el doctor Sagredo. Alborotóse, y replicóme: ¿Quien sois que llegue la disolución de este miserable cuerpo. ¡Ay, mi consejero leal, y cuán mal me aproveché de vuestra doctrina para verme ahora

en la soledad que me aflige y atormenta el alma, si no es que el inmenso Dios, tras tantos infortunios, sea servido de ponerme en esta mazmorra con vuestra compañía para que muera con algún alivio y refrigerio, que después que de ella me aparté, se apartó de mí todo lo que podía estarme bien! ¿Pues cómo y cuándo, dije yo, y dónde murió aquella prenda tan amada vuestra, y alabada por su hermosura de todo el mundo? Ninguna fuerza pudiera haber tan grande para mí en lo descubierto como la vuestra para contar desdichas, y que tanto me atormentan la memoria. Pero pues no sabemos el fin que nos está guardado en esta esquiva prisión, y estando tan cierto que renovar mis desventuras a quien las ha de sentir, y no burlarse de ellas, puede aligerar tan pesada carga, tomaré el principio de lo que fué mi total ruina. /

DESCANSO XIX

Luego que, por mi desgracia, salí de aquella reina del mundo, Madrid, o madre universal, en el primer pueblo a donde llegué vi tocar cajas que hacían gente por mandado de Felipe II, para ir a descubrir el estrecho de Magallanes; y como yo nací más inclinado a las armas que a los libros, di con ellos a un lado, y, con el ánimo alterado, arrimándome a un capitán amigo mío, eché mi caudal en armas y en vestidos de soldado, que no le parecieron mal a doña Mergelina, que con ver que ella gustaba de ello me incliné más a seguir



aquel modo de vida, llevándola en mi compañía, por quererlo ella y por desearlo yo, que muchos hombres casados fueron a la misma jornada, porque la intención de Su Majestad era poblar aquel estrecho de vasallos suyos, y plugiera a Dios me lo estorbara, que yo tenía mi voluntad tan subordinada a la suya, que sin su beneplácito no me arrojara tan inconsiderablemente a profesión tan llena de miserias y necesidades.

Embarcámonos en Sanlúcar, que voy abreviando, y llegando al golfo de las Yeguas fué tan desatada y terrible la tormenta que nos sobrevino, que por poco no quedara tabla en que salvarnos; pero por la prudencia de Diego Flores de Valdés, general de la flota, volviendo las espaldas a la tormenta, tornamos a invernar a Cádiz, primero, de dónde salimos y con grandes incomodidades llegamos a la costa del Brasil, invernando segunda vez en San Sebastián, a la boca del río Ganero, muy ancho y extendido puerto.

Estuvimos allí algún espacio, admirándonos de ver aquellos indios desnudos, y tanta abundancia de ellos, que bastara para poblar otro mundo.

Solían desaparecerse algunos de ellos, sin saber qué se hacían, y un valeroso mancebo, mestizo de portugués e indio, determinóse de buscar el fin de tantas personas como faltaban, y embrazando una rodela de punta de diamante, y una muy gentil espada, se fué por la orilla del ancho mar; vió de lejos un monstruo marino que estaba esperando algún indio para

cogerle, y que, llegando cerca, puesto en pies el monstruo, porque antes estaba de rodillas, era tan grande, que el portugués no le llegaba al medio cuerpo, y cuando el monstruo le vió cerca, cerró con él, pensando llevarle adentro, como hacía con los demás. Pero el valeroso mozo, poniendo la rodela delante y jugando la espada, defendióse lo mejor que pudo, aunque las conchas de la bestia marina eran tan pesados que no los osaba esperar, hasta que dió en ponerle delante la punta del diamante, apuntando a las coyunturas de los brazos, por donde el monstruo recibió tanto daño que se iba desangrando; y habiendo durado esta pesca grande rato, al fin cayeron ambos muertos.

Fueron a buscar al animoso mozo, y hallaron uno caído a una parte y otro a otra. El capitán Juan Gutiérrez de Sama y yo vimos el cuerpo del espantable monstruo, y otros muchos españoles, con grande admiración.

El mar por allí tiene muchos bajíos y muchas islas; en una de ellas vimos una serpiente de las que por acá nos pintan para espantarnos, que tenía el hocico a manera de galgo, largo, y con muchos dientes agudísimos; alas grandes de carne, como las de los murciélagos; el cuerpo y pecho grandes; la cola como una viga pequeña enroscada, dos pies o manos con uñas, el aspecto terrible.

Encaramos cuatro escopetas hacia ella, porque estaba en una fuente que por el remanente íbamos a buscar para beber. Yo fuí de parecer que cuando la matásemos ella mataría

a alguno de nosotros, y, así, la dejamos, porque ella, viéndonos, se entró por la espesura del monte, dejando un rastro muy ancho, como de una viga.

Mas como no me importaba ni importa para mi discurso, no digo muchas monstruosidades que vimos.

Seguimos desde allí el camino o viaje del estrecho, por el mes de enero o febrero, cuando allá comienza el verano, con muchos vientos contrarios, oponiéndonos a recias corrientes, que o por cerros altísimos, y canales que hay debajo del agua, o por vientos furiosos que la mueven, nos hacían tantas contradicciones, que muchas naos padecieron tormentas, y algunas naufragio, sin poderse socorrer unas a otras.

Entre las que padecieron naufragio fué la que llevaba mi esposa y a mí, que aunque soltaron pieza, o no nos oyeron, o no pudieron socorrernos, sino fué una que iba a vista de la nuestra, que, compadecidos los marineros, contra su costumbre, de nosotros, acudieron a tan buen tiempo, que pudo salvarse la ropa y las personas antes que del todo se hundiese.

Los soldados y marineros, después de haberse anegado nuestro navío y pasado al otro, acudieron a regalar a la malograda de mi esposa, que aunque era tan varonil, el temor de la tragada muerte la tenía turbada, y, así, fué parecer de todos que no siguiésemos la armada hasta ver que la gente hubiese respirado del trabajo pasado.

Descubrióse una isla despoblada, adonde con

algún trabajo pudimos arribar. Reparámonos del cansancio y trabajo, hicimos agua, que la hallamos muy buena, y algunas frutillas con que nos refrescamos, y dentro de quince días nos hicimos a la vela siguiendo la flota, que no pudimos alcanzar.

Llegamos a la vista del estrecho, después de haber andado perdidos mucho tiempo. Descubriéronse grandes y altas sierras, con muchos árboles frutales e infinita caza, según supimos de pobladores que dejó allí la armada, aunque ni saltamos en tierra, ni nuestra cabeza lo consintió por volver a seguir la flota.

DESCANSO XX

Estando esperando viento para volver la proa, vimos venir muchísimas aves en aquella parte del estrecho, donde había unos hombrezuelos pequeños de estatura, porque en la otra son altísimos y membrudos, que casi las aves se señorean de la tierra, de manera que los hombrecitos huían de ellas; nos vino un viento tan poderoso, que nos hizo pasar el estrecho sin poderle resistir, con grandes daños del navío, porque siendo la orilla muy llena de bajíos, íbamos casi arrastrando por la arena las áncoras, fuera de no estar el estrecho llano como el de Gibraltar, haciendo combas y senos, y topando en las áncoras que había dejado la arena por allí.

La presteza del viento fué tanta y tan sin pensar, que no tuvieron los marineros traza para defender al navío. Pasamos de la otra

parte con todos estos peligros de golpes que el navío daba, y duró tanto, que nos rompió las velas mayores, aunque las demás se amainaron, dejaron el trinquete de proa para que la inmensa furia del aire nos llevase a donde quisiese, sin poder dar bordo ni ver lugar adonde pudiésemos tener recurso ni socorro.

Al fin anduvimos seis meses perdidos, faltando ya todo lo necesario para conservar la vida, arrojados y sacudidos de las olas por tan inmensos mares, de nadie conocidos y navegados, perdida la esperanza y el gobierno sin saber hacia dónde caminábamos, dispuestos cada día para ser manjar de monstruos espantables, fuera de nuestro elemento y acabadas ya comida y bebida, de suerte que no había quedado cuero de maleta que no hubiese sido dulcísimo mantenimiento de su dueño, si se las dejaban comer a solas, con un temor horrible de imaginar la sepultura que teníamos abierta en las no habitadas cavernas del profundo mar o en las hambrientas entrañas de sus indomables bestias.

Creyendo que ya todo el mundo hubiese tornado a ser agua otra vez por el diluvio general, comenzaron todos a decir en un grito: ¡Tierra, tierra, tierra!, porque descubrimos una isla de tan altos riscos cercada, y ellos adornados de tan levantados árboles, que parecía alguna cosa encantada, y apenas la descubrimos, cuando en un instante se desapareció, no por arte mágica, sino por la fuerza de una corriente que nos arrebató el navío contra nuestra voluntad, sin ser poderosos para resistirlo, hasta que la misma corriente nos echó a

un lado, entre unos remolinos tan furiosos, que tuvimos por cierto que se tragara el navío, y a nosotros con él; pero, volviendo en sí los marineros, y no habiendo perdido el tiento donde se descubrió la isla, parecióle que dando bordos con el triquete, llevando siempre a vista la corriente, sin acercarnos a ella, podíamos tornar a cobrar la isla; pero yo fuí de opinión y parecer que amainasen el trinquete, y con los dos barcos que iban amarrados en la popa, llevásemos el navío a jorro; porque si la corriente arrebatase uno de los barcos, sería fácil de volver al navío; mas si arrebatase el navío, tornaríamos a perder el tiento y aun las vidas; y encomendándonos todos al bendito ángel de la guarda, con grandísimas plegarias y oraciones y bogando los barcos aquellos que más robustos y menos flacos habían quedado por la falta de los mantenimientos, remudando de cuando en cuando porque todos se alentasen con la esperanza de ir a buscar tierra, pusimos en la guía o en lo más alto del árbol mayor un hombre muy bien atado que fuese descubriendo con grande vigilancia y avisando lo que pareciese que se descubriría, y al cabo de dos días, al punto que nos parecía que habíamos perdido el camino de nuestra salud, tornamos a ver aquellas altísimas y tajadas peñas, más empinadas que el Calpe de Gibraltar, pero llenas de tan próceros y vistosos ramos, que alentó de manera a todos mis compañeros, que fué menester quitarles los remos de las manos, porque con las ansias y encendidos deseos que tenían de llegar

a tierra, por poco dieran otra vez con el navío en la corriente y con las personas en la última miseria de desesperación. Pero dándoles una grande voz, les dije: Compañeros, ya que Dios os ofrece, tras de tantas desventuras, hambres y trabajos, ocasión en que se conozca cuánto puede la industria junta con el valor de los pechos, que tanto tiempo han estado firmes, siendo terreno de increíbles golpes de fortuna, si ahora nos faltase la cordura y sufrimiento para con prudencia considerar cuánto más cercanos estamos de la muerte que en todo tiempo que nos ha traído la fortuna jugando nuestras vidas, no sería ya culpa suya, sino nuestra, precipitarnos en tan evidente peligro como el que habemos tocado con las manos y visto con los ojos.

Y siguiendo mi parecer en lo que tanto nos importaba, fuimos acercándonos a la isla con tanto tiento, que aunque diéramos en la corriente con alguno de los barcos, con la mucha atención que todos los marineros de conocimiento llevaban, no se recibiera daño que no fuera fácil de reparar.

Caminamos tanto y tan atentamente, que veníamos a hallarnos menos de media legua de la isla y muy cercanos a la corriente, que, al parecer de los más experimentados, comenzaba sobre la isla muy poco trecho, y se extendía por ambos lados, de manera que dejaba la entrada imposible y la isla inaccesible, como le dimos el nombre. Y aunque la corriente no era tan extendida como en lo que por nuestro daño habíamos visto, era mucho

más furiosa, por ser en aquella parte más angosta.

Al fin, estando suspensos y sin consejo sobre lo que se había de hacer, yo dije resueltamente: ¿Allí hay tierra y riscos? Pues aquí ha de haber lo uno y lo otro. Y determinada-mente hice arrojar el ánora, y a poco trecho aferró de suerte que todos quedamos muy contentos y con esperanza de salvamento. Hecho esto, pedí todos los cabos, sogas y maromas, de que había abundancia, también como de pólvora, porque no se había ofrecido lance en que gastar lo uno y lo otro, y, atadas fuertemente una soga con otra, vino a ser tanta la cantidad, que podía el barco llegar a la isla, y, echando en él cincuenta compañeros, y los más fuertes que me pareció, con sus arcabuces, frascos y frasquillos bien llenos de pólvora, y yo por cabo de ellos, aviando en el navío, que aunque nos arrebatase la corriente, fuesen dándonos cabo y alargando con mucho tiempo las maromas, hasta ver en qué parábamos, nos dejamos llegar, guiándonos el bendito ángel de la guarda, y arrebatándonos la corriente, sin recibir el barco otra alteración sino ir con mucha furia.

A poco trecho nos hallamos en un abrigo o seno que hacía la isla por aquella parte, tan sosegado, que si era grandísima la furia de la corriente, no era menos mansa y quieta la playa o puerto adonde nos arrojó.

Con este infeliz, y no pensando suceso, fuimos bogando, arrimados al levantado risco, para buscar alguna entrada, y luego vimos a la

puerta que hacía el encorvado abrigo un ídolo de espantable grandeza y más admirable hechura, y de novedad nunca vista ni imaginada; por su grandeza era como de una torre de las ordinarias; sustentábase sobre dos pies tan grandes como lo había menester la arquitectura del cuerpo; tenía un solo brazo que le salía de ambos hombros, y éste tan largo, que le pasaba de la rodilla gran trecho; en la mano tenía un sol o rayos de él, la cabeza proporcionada con lo demás, con sólo un ojo, de cuyo párpado bajo le salía la nariz con solo una ventana; una oreja sola, y ésa en el colodrillo; tenía la boca abierta, con dos dientes muy agudos, que parecía amenazar con ellos; una barba salida hacia fuera con cerdas muy gruesas; cabello poco y descompuesto.

Pero aunque pudiera espantarnos esta visión para no pasar adelante, como íbamos buscando la vida y se había de hallar en tierra, caminamos hacia el ídolo, por donde estaba la pequeña entrada para la isla, de nadie jamás vista ni comunicada, y al punto que llegamos el barco a la entrada, salieron los dos altísimos gigantes, de la misma hechura que tengo pintado el ídolo, y cogiendo el barco cada uno de su lado, fué tanto el espanto nuestro y la violencia suya que, sin podernos valer, nos vaciaron en una cueva que estaba al pie del ídolo, y a un pobre compañero que tuvo ánimo para disparar el arcabuz, cogió un gigante de aquellos, ciniéndolo con la mano por medio del cuerpo, y lo arrojó tan lejos, que le vimos ir por encima del agua grande trecho, hasta que

cayó en el mar. Yo tuve advertencia de amarrar el barco a un tronco de un árbol que estaba cerca de la entrada, antes que llegásemos a ella, que después nos fué de mucha importancia, no previniendo el daño que nos había de venir, sino porque el barco no se fuese hacia la corriente.

DESCANSO XXI

Los gigantes, así como nos echaron en la cueva, taparon la boca, dejando caer un troncón de árbol, que estaba en la puente superior pendiendo, a manera de puerta levadiza, que hizo con el encaje y golpe temblar, no sólo la cueva y el ídolo; pero por un resquicio o ventana que salía a la mar, la violencia del viento movido levantó tan grandes olas en ella, que sentimos nuestro barco dar muy grandes golpes, por la grandeza y pesadumbre suya, porque no creo que me engaño en decir que tenía el tronco treinta varas de circunferencia y de alto más de sesenta; era de una materia tan maciza y pesada como la más dura piedra del mundo.

Los gigantes, con el gran servicio que habían hecho a su ídolo, comenzaron a bailar y danzar, y hacer sonos descompuestos y desconcertados en unos tamboriles roncós y melancólicos, que más parecía ruido hecho en bóveda que son para bailar.

En tanto que ellos estaban atentos a sus juegos y entretenidos a costa de nuestras vidas,

nosotros llorábamos la desventura nuestra y la fuerza del hado que con tal violencia nos había tratado y traído a punto que ya que nos parecía haber hallado algún alivio a tan continuos e incesables trabajos, nos había puesto a morir de hambre y sed entre cuerpos muertos, de los que sacrificaban a su insaciable ídolo; pero como no se ha de perder el camino en cualquiera adversidad, si los trabajos son la piedra de toque del valor y del ingenio, luego se me representó el modo de poderos valer en tan apretado paso, adonde el ánimo, el ingenio y la presteza habían de concurrir juntos en un instante.

Y como estaban contentos y divertidos en sus fiestas, y realmente era gente sencilla, y les pareció que con aquel lance y con tenernos encerrados en tan obscura sepultura no habría más memoria de nosotros, pudimos, aunque con trabajo, venir a la ejecución de mi intento, que fué de este modo: tomé las cuerdas que me parecieron necesarias, y con las huesos blancos de aquellos muertos que había más descarnados, tomando los más pequeños, hice una escala con que pudiésemos llegar al resquicio que tengo dicho, que no pudo hacerse sin mucha dificultad, porque como todo era peña viva, nos dió lugar a que se pudiesen hacer agujeros para subir a poner la escala; mas como la necesidad es tan grande maestra, y no iba menos que la vida en hallar modo para poner la escala, tomé un hueso de un espinazo bien descarnado, por el agujero metí una cuerda, y juntando los dos cabos que se quedaban

debajo, con la mayor fuerza que se pudo probamos todos a tirar el hueso hacia la ventana o resquicio; y un mozo recio, criado en las montañas de Ronda, tuvo tan buen modo, traza y fuerza, que acertó a colar el hueso por el resquicio, de manera que quedó atravesado o encallado; entonces, atando la escala a un cabo de aquellos y tirando por el otro, llegó la escala a lo alto, y teniendo mis compañeros del cabo que había quedado abajo, yo subí con mucho tiento por la escala, y la aseguré de manera que todos pudimos subir al resquicio y bajar al barco.

Hallada esta ingeniosa traza, tomé la pólvora de todos los frasquitos, y mientras mis compañeros subían y bajaban al barco, hice una mina debajo de los pies del ídolo, que había muchos huesos donde hacerla, y, dejándola bien tapada, con menos de un palmo de cuerda encendida, subíme por la escala y salté en el barco, y desviándonos con los remos adonde no nos pudiera el daño alcanzar, apenas nos pusimos a mirar lo que pasaba, cuando dió la mina tan espantable trueno, que alborotó las aguas y resonó el ruido por la mayor parte de la isla, y el ídolo dió tan increíble caída sobre los danzantes, que hizo pedazos docena y media de ellos.

Los demás, viendo que aquel en quien tenían confianza les había muerto los compañeros, dieron a huir, metiéndose la isla adentro y dejando desamaparado todo el sitio que nosotros habíamos menester; entramos dentro, dejando el barco bien amarrado, y todos a un

tiempo nos arrojamos y besamos la tierra, dando inmensas gracias al Fabricador de ella por habernos dejado pisar nuestro elemento.

Y aunque nos espantó el estrago que había hecho el ídolo, y nos pudiera detener el espectáculo que teníamos delante de los ojos, vindi cubierto el suelo de aquellos exorbitantes monstruos, como vimos la tierra escombrada de ellos y la hambre y sed hallaron en qué ejercitar su oficio, arremetimos a unos árboles frutales excelentísimos, y a una alegrísimma fuente que nacía al pie de un peñasco, muy cercada de ojos más claros que los de la cara,

Yo fuí a la mano a los compañeros, estorbándoles que no encharcasen en fruta y agua, porque no se corrompiesen, y lo que buscábamos para la vida nos acarrease la muerte; y mirando a un lado y otro, vimos un gigante de aquellos sobre quien había caído el ídolo, vivo, pero quebrado, y las piernas de suerte que no podía menearse, y haciéndole señas que nos dijese dónde había mantenimiento, nos señaló con la nariz, que no podía con otra cosa, una cueva que tenía la entrada llena de árboles muy verdes y muy espesos, tanto que la hacían dificultosa, a lo menos para los naturales, que para nosotros no, y supimos después que nadie podía entrar allí sino cuando se hubiesen de sacar mantenimientos para la república o el común, so pena de no comer de ellos en cierta cantidad de tiempo.

Al fin entramos en la cueva, muy ancha y clara por de dentro y con muchos apartamientos, donde había cecinas de pescado y carne

suavísimas, muchos tasajos bien curados, y una fruta más gorda y más sabrosa que avellanas, de que usaban en lugar de pan, y otros muchos mantenimientos, de que cargamos el barco, e hinchando una docena de cueros de agua dulce y fría, enviamos a los compañeros, que ya nos tenían por muertos, con que todos se alentaron comiendo y bebiendo del mantenimiento y agua fría dulcísima, y tornaron dando orden que, dejando en el navío alguna guarda para las mujeres de los que ya habían estado en la isla, los demás en los barcos viniesen a ella, usando siempre de los cabos y sogas, que de otro modo no podía ser; y bien llenos los estómagos de comida y los frascos de pólvora y de cuerdas, se pasaron a nuestra compañía.

DESCANSO XXII

Interrumpieron la relación que iba dando el doctor Sagredo unos portugueses que venían de la Venda con cuatro cargas de lienzo, por una senda, a su parecer, segura de los saltadores, por ser muy nueva; y como ellos la sabían mejor que los portugueses, dieron con ellos a la boca de nuestra cueva; de manera que turbados del no pensado encuentro, se arrodillaron, diciendo: Por as chagas de Deus naon nos matades como a patifes, nen tomedes venganza en nosas patuvisadas, que fez a santa Forneira a os castelhanos. Sosegaos, mentecatos, dijo el caudillo, que no queremos

sino que nos vendáis el lienzo a como os ha costado. De muito boa vountade, dijeron ellos, y sacando el libro de caja, donde venían escritos los precios, cada salteador pidió lo que había menester, y mandando el caudillo que pagasen el dinero antes de tomar el lienzo, de que yo me admiré que usase de tanta piedad con los portugueses.

Tomaron su dinero, y desfardelando para medir el lienzo, y tomando la vara para medir, dijo el caudillo a los portugueses: Aquí tenemos nuestro contraste y medida, como república libre, y no medimos con las varas que por allá se usan, sino con las que acá tenemos; y pidiendo la vara para medir el lienzo, le trujeron una pica de veinte y cinco palmos, con que ellos midieron, y dieron a cada uno las varas que habían pedido, que les debió de salir a cuartillo por vara, con que ellos quedaron riéndose y contentos, y los portugueses callaron y se fueron descargados del peso que traían.

Reímonos nosotros, si no fué el doctor Sagredo, que prosiguió su cuento, diciendo: Antes que la fortuna diese vuelta a la rueda de nuestra prosperidad, nos dimos tan buena maña, que dejamos con el saco la cueva casi vacía, nuestro navío lleno, no sólo de frutas secas y frescas, pero de mucho pescado seco, carne, cecina y muchas botas de agua y otros licores que bebían aquellos gigantes de mucho gusto y sustancia; pero no fué tan seguro que a los fines no nos sobresaltasen los gigantes, porque como hallamos la tierra sin contradic-

ción y el cansancio y trabajo de la mar pedían reposo en tierra, tomámoslo de manera que nos dormimos en los descansos frescos de aquella cueva, que ella era de manera apacible por las salas y remansos que tenía llenos de comida, y a trechos unas fuentecillas heladas, que aunque estuviéramos muy descansados, nos obligara a sentar allí nuestros tabernáculos.

Duramos dos días en este regalo y fresco, hasta que al tercero, estando hasta como entre las doce y la una sesteando, sentimos tan gran ruido y alboroto de gente y tamboriles, que recordamos todos, diciendo: Arma, arma, porque venía toda la isla llena de gigantes sobre nosotros, y, acudiendo a los arcabuces, no hallamos cuerda encendida, ni fuego en qué encenderla, ni hombre que hubiese sacado del navío pedernal, eslabón y yesca; comenzaron a decir: Perdidos somos; pero yo, antes de que el temor tomase posesión de los corazones con la imposibilidad de la defensa por verse encerrados y no poderse aprovechar de los arcabuces, di orden que la mayor parte de ellos quitasen de aquellos maderos que dividían de un apartamiento a otro y lo pusiesen a manera de trampa, en que tropezasen; después de haber rompido la dificultad de los árboles, que, como arriba dije, hacían la entrada muy dificultosa a los gigantes, y los demás tomamos unos palos muy secos, cada uno dos, que eran unos de moral y otros de yedra y de cañaleja, o como más a mano se hallaban, y frotando el uno con el otro fuertemente, a poco espacio vinieron a humear, sacando lumbre, y nosotros en-

cender las cuerdas y aprovecharnos de los arcabuces, y tuvimos demasiado tiempo para todo, porque su intento no fué venir sobre nosotros, que ya nos tenían por más que muertos, sino a ver el estrago que su ídolo había hecho, que los que habían escapado de él habían ido a dar cuenta a su gobernador, que llamaban todos Hazmur, y, trayéndolo con mucha majestad sobre cuatro muy grandes vigas, en una silla hecha de mimbres a manera de cesto, le mostraron hecho pedazos a aquel en quien adoraban, y los que él con su caída había despedazado y destripado, y no supiera que estábamos allí, si el mismo gigante derengado que nos mostró la cueva no se lo dijera, lo cual sabido, arremetieron a la boca de la cueva, tirando peñascos, desgajando y arrancando de los árboles que les estorbaban a la entrada, aunque el que llegaba primero, o tropezaba o caía en las trampas o le derribábamos con las balas, porque aunque hubo opiniones que les tirásemos al ojo que tenían solo, porque sin él no podían atinar a la boca de la cueva, la mía fué que cebando los arcabuces con dos balas, se les tirase a las piernas, porque el tiro del ojo no era tan cierto como esotro, y todos caían, sirviéndonos de saetera y de trinchera, así los maderos que habíamos puesto, como los árboles espesos que estaban a la entrada, y aunque las muchas piedras o peñas que arrojaban pudieran hacer gran daño en nosotros, como perdían la fuerza de los árboles, cuando llegaban a las trampas hacían muy poco o ninguno; fuéles tan mal, que admirado su gobernador de

tan grande novedad, mandó que se retirasen del mal que hacían y que recibían de la cueva, pareciéndole que, pues el ídolo había caído con tan grande espanto, y los que tenían por muertos herían a los vivos, debía de haber alguna fuerza superior que causaba tan grande daño en ellos.

Al punto obedecieron y se sosegaron con caída de algunos de ellos y ningún daño nuestro, y haciendo demostraciones de paz y amistad, el gobernador, mirando al cielo y alzando hacia él la mano, nos dió seguro que podíamos manifestarnos libremente y estar sin recelo hablándole y dando razón de quién éramos y de nuestra venida allí, y fué el mejor tiempo del mundo, porque si más tardaran, se nos acabara la munición, y con grande ánimo salimos muy en orden, hechas tres hileras y las cajas sonando en sus puestos con gentil correspondencia y aire.

Fué tanto el gusto de aquella sencilla gente, a lo menos de los que no estaban heridos, que en oyendo el son y orden de las cajas, se les cayeron las duras armas de las manos, mirando con admiración grande y alegría a su señor, que siempre se había estado en la silla en hombros de los que le habían traído acuestas, y él quedó como suspenso y admirado de ver en tan pequeña gente dos brazos y dos piernas, y las demás partes del cuerpo dobladas, y mucho más del ánimo y traza con que procedíamos; y haciendo alto en la boca de la cueva, nos paramos a ver aquella espantosa gente llena de pieles de animales, y de plumas

de muchos colores, y la gravedad de su gobernador, respetado, temido y obedecido en sus mandamientos.

Habiendo considerado el modo con que podíamos hablar en nuestra defensa con las señas más naturales y semejantes a la verdad que pudimos declarar lo que sentíamos, dejadas prolijidades y señas, y las demás dificultades que por entonces se allanaron, el gobernador nos preguntó tres cosas: si éramos hijos de la mar; y si lo éramos, cómo éramos tan pequeños; y siendo tan pequeños, cómo habíamos osado entrar entre gente tan grande como la suya.

A lo primero respondimos que no éramos hijos de la mar, sino del Dios verdadero, superior al suyo, y como tal los había castigado, porque viniendo maltratados del mar a pedirles hospedaje, nos habían querido matar.

A lo demás respondimos que la grandeza no consiste en la altura del cuerpo, sino en la virtud y valor del ánimo, y con él osamos entrar en su tierra y pasar todas las aguas del furioso mar; y que los hijos del Dios, fabricante del cielo y de la tierra, no temían los peligros que les podían suceder de las manos de los hombres, especialmente si no adoraban aquel que era Señor universal sobre todas las dignidades del cielo y de la tierra, y Criador del mismo sol a quien ellos adoraban.

Aquí mudó la conversación, como oyó decir que el sol tenía superior, y preguntó a qué fin había sido nuestra venida.

Respondimos la verdad, refiriendo algunos

de nuestros trabajos, y acordándole la obligación que tenían unas criaturas a otras, en razón de ser hijos de Dios, a socorrerse y ampararse en las necesidades y desventuras, y que esto le pedíamos como a hombre que tenía lugar supremo y le había puesto Dios para juzgar las causas de premio y de castigo.

Dió muestras de admirarse de nuestra respuesta, y la suya fué que le había parecido muy bien lo que le habíamos dicho; pero que él no podía, sin avisar al rey de la isla de tan grande novedad, recibirnos y ampararnos, porque tenía pena de la vida si lo contrario; y suplicándole nos concediese licencia para enviar al navío cuatro compañeros, que para todos, ni la quiso dar, ni nosotros desamparar la puerta de la cueva, diciendo que iba por mantenimiento de los de nuestra tierra, y con la mayor diligencia que pudieron entraron en el barco, haciendo señas al navío que tirase de los cabos. Entretanto el gobernador despachó un correo al Rey de la isla a darle noticia de lo que pasaba.

El correo era un perro de que usaban para las diligencias importantes, que metiéndole en la boca un cañuto atravesado, y dentro unas hojas de árbol muy anchas con las cifras de lo que avisaban, bien arrolladas las hojas, las ponían en el cañuto, y al perro le ponían un barboquejo bien apretado para que no se le cayese el cañuto, ni se parase a comer y beber; de suerte que sólo le quedaba la boca libre para carlear o resollar, y no para otra cosa, y en teniéndolo bien puesto, le despachaban con

cuatro palos, con que lo hacían llegar más presto a su querencia, que debían ser cuatro leguas; y en viéndolo venir le salían a recibir al camino, y regalándolo con comida y bebida, hacían con otro perro lo mismo; de manera que la estafeta podía caminar cien leguas cada día; pero tenía pena de sacrificarle al ídolo el que le estorbaba el viaje al perro, o le estorbaba que no llegase a su manida, o mansión, o descansare donde había siempre perros de las ventas más vecinas, a quien trataban mal, porque volviesen con más amor a sus querencias.

Mientras mis compañeros fueron al navío, el gobernador mandó que no les dejasen entrar en la cueva sin ver lo que llevaban, ni nosotros salir de ella, con pena que, si alguno saliese le matasen, y estaba nuestro remedio en la venida de los compañeros, porque habían ido por pólvora y balas, que nos había quedado muy poco de ambas cosas, lo cual aseguraron con mandar el gobernador que no se quitasen seis guardas de junto a la boca de la cueva de noche, porque de día todos lo podían ver. Fué nos forzoso cuando los compañeros venían, decirles que se tornasen al barco, hasta que diésemos traza para que pudiesen entrar, y pensando cómo quitaríamos las guardas de noche, díjele, que en oyendo algún movimiento o ruido, entrasen con toda la prisa que pudiesen; y para esto de día, cuando las guardas se quitaron de su puesto, estando la gente descuidada, derramé por el suelo, donde se sentaban, pólvora revuelta con algunas

chinas menudas, e hice desde allí hasta nuestro puesto, una reguerita de la misma pólvora. En llegando la noche, se pusieron los seis guardas en su lugar, y estando los unos sentados, y los otros tendidos sin calzones, porque no los usaban, dimos fuego a la reguerita, y llegando en un instante a la pólvora que tenían debajo, les abrasó aquella parte de manera que con las chinas y la pólvora, muchos días no se podían sentar.

Ellos y los demás, con su sencillez, entendieron que el fuego había salido de la tierra, y fueron todos, temerosos y admirados a contarlo a su gobernador, y entonces los compañeros, con otros dos que habían quedado en el navío, entraron con mucha priesa, trayendo seis costalillos de pólvora y balas, con que nos animamos y pusimos en defensa para lo que nos pudiera suceder.

Pasamos la noche con cuidado, haciendo centinelas y atrincherándonos de nuevo con los maderos; pero como ellos no entendieron que el daño era de la parte de dentro, no hicieron diligencia con nosotros. A la mañana, al tiempo que el sol salía, se pusieron todos mirándolo, y con una música de aullidos y cañas, le hicieron la salva con muy pocas palabras y muchas veces repetidas.

DESCANSO XXIII

Volvió el perro o correo con su cañuto en la boca, en que venía escrito con sus señas que no nos dejasen en la isla, porque gente que



tenía los miembros doblados, también tendría la intención doblada; y para la conservación de la paz que siempre habían profesado no podían sustentarla si forasteros se apoderaban de su tierra; que si en su república había alguna alteración, teniendo quien les acudiese sería el daño mayor. Que en tanto se conservaba la paz, en tanto los inquietos no tienen quien los favorezca, y que no habiendo obediencia de los inferiores a los superiores no puede haber paz. Que si los alborotadores de ella no tuviesen quien les allégase, vivirían en quietud y sosiego. Que los animales de una misma especie tienen paz unos con otros; pero si son de diferente especie, nunca tienen paz; y así haríamos nosotros con ellos. Que lo que habían siempre guardado para sí, sin comunicación ajena, no era bien que forasteros entrasen a gozarlo. Que no podía haber buena amistad con gente de diversas costumbres para vivir en paz. Y que habiéndose de administrar justicia con igualdad, habíamos de ser tan favorecidos como los naturales, y luego entrarían las enemistades a inquietar la paz. Así mandaba que no nos admitiesen en la isla, pero que nos dejasen ir con seguridad. Esta respuesta nos la dieron por la salida; pero con tanta priesa, que no nos consintieron estar medio día en la isla.

Salimos con más priesa de la que nos dieron, adivinando lo que nos había de suceder; porque apenas estuvimos en el barco, cuando entraron en su cueva, y como la hallaron sin mantenimientos, acudieron a la orilla del mar, arrojando piedras y peñascos sobre nosotros, tan

esposos, que si el barco no fuera tirado y ayudado del navío, nos hundiera mil veces. Llegamos, y hallé a mi esposa y a las demás mujeres del navío tan deseosas de vernos como si hubiera muchos años que estábamos ausentes. Y sosegados en nuestro navío, como los marineros se habían refrescado, no habían estado ociosos; hallámosles velas remendadas, jarcias y obras muertas reducidas a mejor estado, y todo cuanto era necesario reparado, y con el viento que a los marineros les pareció salimos de aquella isla inaccesible, y con el mantenimiento que bastó para dar una vuelta al mundo; que, para no ser prolijo, al cabo de un año, con hartos trabajos, nos vinimos a hallar cerca del Estrecho de Gibraltar, donde fué mi mayor desdicha y desventura; porque como nuestro navío venía maltratado de tan continuos movimientos y trabajos como había sufrido, llegó un navío de infieles, y a vista de Gibraltar nos cañonearon a su salvo, de suerte que nos hubimos de rendir, y matando algunos de los compañeros, lo primero que hicieron fué entrar dentro y llevarse a mi esposa y un pajecillo que nos servía, con otras mujeres de compañeros, y como fué a vista de Gibraltar y la gente tiene valor y piedad acudieron con toda la presteza posible a nuestro socorro en diez o doce barcos, llevando por cabeza a D. Juan Serrano y D. Francisco, su hermano, que dió una cuchillada a un valeroso caudillo, como la de D. Félix Arias, que le cortó el casco de hierro y le abrió la cabeza, de que cayó muerto en el agua, que nos importó

la vida; pero a mi esposa, la muerte, porque los enemigos se retiraron del daño que nos iban haciendo, recogiendo a su navío con las mujeres. El que había robado a doña Mergelina, enamorado de su hermosura, quiso forzarla, y huyendo de él, delante de mis ojos, asióse con las jarcias y cayó en la mar, sin ser socorrida por los herejes. Llegó la noche, y la gente de Gibraltar, llenos de piedad y misericordia, nos echaron en tierra y nos albergaron con regalados alojamientos en casa de D. Francisco Ahumada y Mendoza, y éstos tornaron a ver si podían destruir aquellos enemigos de la fe y de la corona de España. Partíme ayer de Gibraltar, deseando más la muerte que la vida, aunque no tan despacio como va ésta.

Acabó su relación el doctor Sagredo, y haciendo las exequias de su mujer con lágrimas, los dos que estaban con nosotros quisieron consolarle, ayudándole a llevar su pena muy pesadamente, porque querían por fuerza que se alegrase; ignorancia de gente que sabe poco, que mucho más se consuela un desconsolado en decirle que tiene razón de estarlo, que no con querer que con la reciente pasión muestre contento; que quieren forzar al paciente a que dance y baile el cuerpo, teniéndolo casi sin alma, con razones bárbaras y consuelos tan pesados como ellos, que es como hacer que un río vuelva su corriente atrás. Las aflicciones de los atribulados y tristes se han de aligerar con darles a entender con el semblante que les alcanza parte de su tristeza, que les sobra la ocasión para estar tristes; que teniendo quien los ayu-

de a sentir, ya que del todo no se consuelen, a lo menos vase templando la pasión. A dos géneros de gente no tengo por acertado que se oponga nadie, siendo fresco el accidente: a los coléricos y a los tristes, que es venir a ser muy mayor el daño en ambas personas.

A un cierto juez, no muy sabio, acabando de cenar, se le antojó de azotar a un hombre honrado, y habiendo mandado encender hachas para la fiesta, como la ciudad se alterase y diesen voces sobre el caso, él se encendía más, de modo que llamó al verdugo con grande determinación de hacerlo por la contradicción que le hacían. Estando ya del todo perdido, llegó un hombre de buen discurso y dijo: Bueno es que teniendo tanta razón el señor corregidor le vayan a la mano. Castíguelo vuesa merced, que todos se holgarán de ello; pero porque éstos no le pongan en la residencia esta determinación, llame vuesa merced un escribano y haga un poco de información. Satisfízole al juez esto, y al segundo testigo que tomó se le fué la pasión y alteración del cerebro, que estas dos pasiones no admiten contradicción, sino templanza.

DESCANSO XXIV

Como los vaqueros o bandoleros andaban con la sospecha dicha, ni querían soltar a los que tenían en cuevas, ni dejar pasar a los que iban siguiendo su viaje, porque no hallasen testigos tan cercanos, pareciéndoles que no tenían bien averiguados sus delitos. Hallaron un pajecito

muy hermoso, que venía solo, y habiéndolo asido cerca de nuestra cueva le quisieron atormentar porque dijese con quién venía y por qué se había adelantado de la compañía, creyendo que lo habían echado para descubrir tierra y que los amos serían, o gente rica, o que viniesen a hacerles daño, que después no pudieron excusar. Negando el paje lo que le pedían, le mandaron que se desnudase para forzarle a confesar la verdad. El, con mucha desenvoltura y gracia, les preguntó quién era el caudillo o cabeza de aquella compañía. Díjole Roque Amador, que así se llamaba: Yo soy; ¿por qué lo preguntáis? Pregúntolo, dijo el paje, porque tengo tan grandes informaciones de vuestra justicia y gobierno, que no habéis jamás hecho injuria a quien os trata verdad, y con esta confianza os diré quién soy. Como aquellos bandoleros o vaqueros tenían aquella Saucedá por defensa y sagrado, vivían como gente que no habían de morir, sujetos a todos los vicios del mundo, rapiñas, homicidios, hurtos, lujurias, juegos, insultos gravísimos; y como por ser grande, que tiene aquella dehesa diez y seis leguas de travesía, y por algunas partes tan espesa de árboles y matas, que se pierden los animales por no acertar a sus habitaciones, no tenían temor de Dios ni de la justicia; andaban sin orden ni razón y cada uno siguiendo su antojo, si no eran cuando se juntaban a repartir los despojos de los pobres caminantes, que entonces había mucha cuenta y razón. Llegó un bellaconazo en camisa y zaraguelles, después que había jugado lo demás, y renegando de su

suerte, con mucha furia hizo suspender el tormento del paje, diciendo: ¡Maldiga Dios! a quien inventó el juego, a quien me enseñó a jugar. ¡Qué unas manos que saben derribar un toro no sepan hacer una suerte! Mas deben estar excomulgadas, pues echan contra mí treinta pintas en favor de un medio gallina, o medio liebre ¿Hay alguien que se quiera matar conmigo? ¿Hay algún diablo, con sus pies de águila, que se me ponga delante para que, ya que no me ayude a jugar, me ayude a matar? ¡Que no llegue la blanca a mis garras que no me la agarren luego! ¡Ni me basta usar de trampas, ni aprovecharme de fullerías, para que no vaya todo con el diablo! ¡Voto a tal, que tengo de ir a jugarme a las galeras! Quizá por aquí o me llevará el diablo o tendré más ventura. Mas alzábame con la zurda siempre que yo tomaba el naipe, que tengo hechos mil juramentos de nunca parar a momo, y me los pone siempre el diablo delante. Y con el barato que yo le dí, ha entrado en vuelta para desollarme cerrado; mas púseme al lado otro tan grande gallina como él, que desea siempre que yo pierda. ¿De qué se ríen? ¿Soy yo algún cornudo? Mienten cuantos se ríen.

Ríense, dijo el caudillo, de los disparates que decís. Callad, y pues sabéis que sois desgraciado, no juréis ni digáis blasfemias, que os haré dar tres tratos de cuerda. Harto mejor será, dijo él, darme tres escudos para probar la mano y dar de comer a mi moza, que le he jugado cuanto trujo a mi poder.

Vicio endemoniado, más que todos los que

ejercitan los hombres, que el jugador nunca está quieto: si pierde, por desquitarse; si gana, por ganar más. Este acarrea la infamia, la poca estimación de la buena reputación, la miseria que padecen mujer e hijos; ser miserable en lo necesario por guardar el dinero para el juego, y envejecerse en él más presto de lo que había de ser; y cuando mucho granjea es alcanzar que los tahures conocidos vayan a jugar a su casa, donde, si los puede acarrear, sufre desvergüenzas de tonos que le abrasan el alma; que como la mayor parte de ellos son hombres sin obligaciones, se arrojan a decir cualquier libertad, y en no sufriendolas por callar, no vuelven a darle el provecho; pero son tan grandes poltrones los que dan en esto (trato de la gente ordinaria, y que por comer y beber viciosamente echan la honra a las espaldas), que los caballeros y los que tienen renta y hacienda seguras, el tiempo que han de estar ociosos, después de haber cumplido con sus obligaciones, jueguen no es culpable, porque evitan cosas de más daño y escándalo; pero el que tiene cuatro reales para mantener su casa juegue ciento, ¿cómo se puede llevar sin que lo paguen las joyas y vestidos de la pobre mujer, y la desnudez y el hambre de sus hijos, y dar en otras cosas peores, como este desventurado, aborrecido aun de aquellos que le acompañaban en sus delitos, robos, homicidios y fuerzas?

Acabó éste sus quejas, y llegándose la noche, con que se dejó por entonces la averiguación del paje, le pusieron en un apartamento

dentro de nuestra cueva, porque no fuese a dar soplo a los que pensaban venir con él mandándonos que no hablásemos con él palabra, ni le aconsejamos cosa, so pena que nos matarían. El paje estuvo toda la noche suspirando, y si alguna vez se dormía, recordaba con grandísimas ansias, y nosotros no teníamos osadía para preguntarle de qué se quejaba, o qué tenía.

Como andaban de paso sobre la sospecha, que no les importaba menos que la vida, recogían de noche adonde no los pudiesen hallar, que había bien donde hacerlo; y de cualquiera ruido de personas o animales se recelaban y recataban. En amaneciendo, fueron a visitar las cuevas donde tenían presos o recogidos a los pasajeros, y viniendo a la nuestra, nos hallaron como nos habían dejado, sin haber hablado palabra con el paje, a quien llamaron primero que a nadie, queriéndole apretar a que dijese lo que le habían preguntado. El paje, con mucha cortesía y donaire, dijo: Señor Roque Amador, ayer pregunté cuál era la cabeza y caudillo de esta compañía, porque siéndolo vos, tendría mi partido seguro, por el buen nombre que tenéis. Que no es hazaña para vos atormentar una sabandija tan sola y miserable como yo, ni manchar vuestra opinión empleando vuestro valor en lo que más os puede desdorar que aumentar vuestro nombre. Si rigiendo y gobernando gente tan desgobernada cobrasteis la fama que tenéis en toda Andalucía, ¿qué parecería ahora si aniquiláseis este crédito con abatiros a una presa tan hu-

milde, un águila tan valerosa? Mas gloria es conservar la ya adquirida y granjeada con valor propio, que no ponerse en duda y aventurar lo que ya es vuestro. Vos os habéis preciado siempre de justicia y de verdad con misericordia; no será justo ahora que conmigo sólo os falte.

Estábamos en la cueva muy atentos oyendo la retórica con que el paje hablaba, y el Roque Amador, movido de las buenas palabras del paje, aseguróle que no recibiría daño ninguno diciendo la verdad. Yo estaba confuso, porque me parecía conocer la voz y habla del paje; pero no di en quién pudiese ser. Habiendo hablado con aquella blandura Roque, dijo el paje: Pues si alguna compasión ha llegado a vuestro piadoso pecho de mi tristeza y soledad, dadme palabra por vos y por vuestros compañeros de guardar, como naturalmente debéis, mi persona sin agravio, ni en secreto, ni en público. A esto dijo aquel picaronazo: Ea, sor paje, desnúdese, que aquí no entendemos de retrónicas ni ataugios, sino de meter un poco de plomo en el cuerpo de quien no trae dineros. Dijo el paje con donaire: Si es tan pesado como vos, el diablo podrá digerillo, que ya yo me acuerdo haberos visto a vos, o a otro que se os parecía, asaetado en Sierra Morena. Rióse Roque, y le dijo: Oyete, bestia, que el paje habla muy bien; y a vos digo, gentil hombre, que os doy palabra, por mí y por mis compañeros, no solamente de no agraviaros, mas de favoreceros y ayudaros en todo lo posible. Pues con esa confianza, respondió el paje, ha-

blaré con un pecho lleno de valor, misericordia y verdad.

Y, estando nosotros muy atentos a lo que pasaba, habló el paje de esta manera: Si yo no me consolara con saber que no soy la primera persona que ha padecido desventuras y trabajos, y desgracias sin gracia, con la que resplandece en vos me animara a contar mis desdichas; pero como la fortuna tiene siempre cuidado de señalar caídos y derribar levantados, no siendo yo la primera que ha sufrido sus encuentros y mudanzas, me animo a hablar con libertad. Sabed que no soy hombre, sino mujer desventurada, que después de haber seguido a mi marido por tierra y mar, con increíbles daños de hacienda y persona, y habiendo navegado hasta todo lo descuberto y mucho más, padeciendo grandes naufragios por regiones no conocidas, por misericordias que Dios usó con nosotros, nos venimos a hallar en el Estrecho de Gibraltar, donde, viendo nuestra salvación cierta a vista de tierra, bien deseada, nos acometió un navío de infieles, viniendo el nuestro desmantelado y casi sin gente, y los mantenimientos tan gastados, que a su salvo cogieron las mujeres, asiéndome a mí primero y a un pajecillo que me servía, matando a todos los que se defendieron, y a mi marido con ellos. El capitán del navío, enamorado de mí, quiso por buenas palabras inclinarme a su gusto y a que ofendiese la pureza y castidad que debía a mi muerto esposo; no le respondí mal, porque no quisiese usar de la fuerza, que sin defensa podía. Yo, llamando

al paje debajo de cubierta, le puse mis vestidos y vestíme los suyos, que son los que traigo puestos. Tenía el muchacho muy buen rostro, y en saliendo fuera quiso el capitán acometerle, pensando que fuese yo; pero dando a huir el paje con los vestidos y las jarcias del navío, enfracándose, cayó en el mar, y hundiéndose luego no pareció más. Sobre la desdicha de la pérdida de mi marido y la pérdida del paje, yo me había tizado el rostro, porque se quedase con la fe de lo que había visto y no me conociese.

La piadosa gente de Gibraltar, con el valor que siempre ha profesado, acudió a nuestra defensa, y habiendo estado en ellas dos días con sus noches, no se apartaron hasta rendirlos y dar libertad a los que habían prendido, y queriendo hacer lo mismo de ellos, después de tenerlos en los barcos, diciéndoles que se diesen a prisión para traerlos a la ciudad, dieron fuego al navío, y desde allí, abrasados, bajaron derechos al infierno. En Gibraltar, informándome del camino que había de llevar para Madrid, me dijeron que había de pasar por la Saucedá, y llegando a Ronda me encaminarían en él.

Estábamos los cuatro, y particularmente el doctor Sagredo y yo, como atónitos, y sospechando que fuese sueño o ilusión de algún encantamiento, ni determinados de creerlo, ni resueltos de desconfiar en la verdad. El Roque Amador, con gran piedad de lágrimas que al fin de su cuento derramó la bella mujer, la consoló y ofreció encaminarla con mucha se-

guridad, y darle dinero para su viaje, preguntándole cómo se llamaba, por que historia tan extraña no se quedase sin memoria; ella respondió, diciéndole la verdad, como en todo: Llámome doña Mergelina de Aybar, y el malogrado de mi marido, que no era soldado, sino maestro, se llamaba el doctor Sagredo. El doctor Sagredo, que se oyó nombrar de su mujer, medio ahogándose con la súbita alteración y gusto, dijo: Vivo es, y en su compañía dormisteis esta noche. Roque Amador, espantado del caso, mandó sacar los que estábamos en la cueva, y preguntándole cuál era de aquéllos el que había hablado. Ella, retirándose atrás como espantada, respondió. Si no es alguna sombra fantástica de causas superiores, éste es mi marido, éste es Marcos de Obregón, a quien tuve por mi padre y consejero en Madrid. Pues todos tres os podéis ir en buena hora, y aunque no sea dinero ganado en buena guerra, veis aquí parto con los tres algo de lo que a otros se les ha cogido, que el haber detenido a todos estos presos no ha sido por hacerles mal, sino porque nuestros contrarios no se encontrasen con ellos, y aviándonos a todos los demás, y rogándonos que no dijese de haberlos encontrado.

Doña Mergelina, con muestras de grande agradecimiento, dijo al caudillo: No tengo con qué serviros el bien que de vuestras manos me ha venido, sino con deciros lo que oí en Gibraltar a quien no os quiere mal: que el licenciado Valladares trate orden de dar gran premio y perdonar cualesquiera delitos a quien os

entregare en sus manos; y junto con esto vinieron a ella los pregones y bandos que mandó echar aquel gran juez; conque, juntando a cabildo a sus compañeros, les hizo una grande oración, que tenía entendimiento para ello, y la conclusión fué que todos pensasen aquella noche lo que podían hacer para su defensa, tomando el consejo que mejor pareciese. Fueron a sus alojamientos, y mientras ellos pensaban aquella noche lo que les había encargado el Roque Amador, como astuto, se acogió a Gibraltar, y en el barco de la vez se pasó en Africa, dejándolos a todos suspensos y engañados. Como quedaron sin cabeza y sin gobierno, dispararon, huyendo por diversas partes, cesando los insultos que antes hacían; aunque prendió con grandes astucias el juez a doscientos de ellos, de que hizo ejemplar justicia; nosotros vinimos seguros a Madrid, sin tropezón ninguno, pareciéndome, como es verdad, que en ella hay gente que profesa tanta virtud, que quien la imitare hará mucho.

DESCANSO ULTIMO Y EPILOGO

Ya cansado de tantos golpes de fortuna, por mar y tierra, y viendo lo poco que me había durado la mocedad, determiné de asegurar la vida y prevenir la muerte, que es el paradero de todas las cosas; que si ésta es buena, corrige y suelda todos los descuidos cometidos en la juventud. Escribíla en lenguaje fácil y claro, por no poner en cuidado al lector para entenderlo. Dijo muy bien el maestro Valdivie-

so, con la gallardía y claridad de su ingenio, a un poeta que se precia de escribir muy oscuro, que si el fin de la historia y poesía es deleitar enseñando y enseñar deleitando, ¿cómo puede enseñar y deleitar lo que no se entiende, o a lo menos ha de poner en mucho cuidado al lector para entenderlo?

Si se hallaren algunas inadvertencias, atribúyase a mi poca erudición, y no a mi buen deseo, que advirtiéndome de ellas, con mucha humildad recibiré la corrección de cualquiera que con buena intención me quisiere enmendar; que quien ha querido enseñar a tener paciencia, mal cumpliría con sus preceptos si le faltase para oír y recibir la corrección fraternal, que sin ella ni opusiera el pecho a las olas y crueldades del furioso tridente, ni ablandara los impíos y continuos trabajos de la esclavitud, ni atrajera a mi favor la grandeza elevada de los poderosos, ni gozara de la gran cortesía de los príncipes, ni sujetara a tantos y tan inmensos torbellinos como trae consigo la fragilidad humana, sin la divina virtud de la paciencia; que cuando no haya hecho otro efecto en mí sino librarme del pernicioso vicio de la ociosidad, que tan extendida he visto por todos los estados de los hombres, me bastara tener y haber sacado gran fruto de mis trabajos; y si la juventud advierte bien los hijos que va criando la ociosidad, tomando ejemplo en los daños ajenos, ni rehusarían los peligros de la soldadesca, ni vendrían a miserable servidumbre, ni se sujetarían a las necesidades que ven padecer y traer arrastrados a varones de buenos naci-

mientos, rendidos a mil bajezas, que pudieran remediar a su salvo con buen tiempo; de criar los hijos consintiéndolos andar ociosos, vienen los padres a ver exorbitantes delitos que no pueden remediarse sino con mucha infamia, o con más hacienda de la que poseen.

La ocupación es la grande maestra de la paciencia, virtud en que habíamos de estar siempre pensando con grande vigilancia para resistir las tentaciones que nos atormentan dentro y fuera. Al fin, con ella se alcanzan todas las cosas de que los hombres son capaces. Que aunque haya calidad, bienes temporales y abundancia de humanos favores, sin esta virtud no se puede llegar al colmo de lo que se desea; y si a la paciencia se allega la perseverancia, todo lo facilita y todo lo enseña: al pobre, a que pase su vida con quietud y mejore su estado; al rico, a que conserve lo adquirido sin apetecer lo ajeno; al gran caballero, a que no se contente con la sangre que de sus padres heredó, sino pasar adelante; al pródigo, a que se ajuste con lo que tiene y puede tener; al miserable y avariento, a que entienda que no nació para sí solo; al valiente y arrojadizo, a que refrene los ímpetus, que tanto mal acarrean; al cobarde, a que se tenga por virtud en él lo que es falta de ánimo; al que se ve en trabajos, a que los lleve con aliento y suavidad.

¿Qué no hace la virtud de la paciencia?, ¿qué furias del mundo no sujeta?, ¿qué premios no alcanza? Pero si un flemático sabe airarse y ejecutar con vehemencia los ímpetus de la cólera, ¿por qué un colérico no sabrá templarse y

perseverar en los actos de paciencia? Tenemos ejemplos presentes y vivos de esta verdad, muchas y para imitar. Mas con uno solo se verá lo que puede la excelente virtud de la paciencia. ¿Quién pensará que de tan gran cólera, con sangre, riqueza y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el duque de Osuna, D. Pedro Girón, vinieron tan admirables virtudes como las que tienen espantado el mundo? ¡Que habiendo sido un furioso rayo de cólera, impacientísimo en los tiernos años de su mocedad, sujetase con grande paciencia su robusta condición a servir en Flandes con tantas ventajas que templase la furia de los amotinados y pusiese su valeroso pecho a recibir los mosquetazos con que querían escalar y saquear su casa! ¿Qué paciencia no tuvo, con templanza y justicia, gobernando a Sicilia? ¿Y qué valor, sin ella, bastara para la ejecución de sus soberanos intentos, echando por mar y tierra tan poderosas armadas, que ha enfrenado la potencia de los turcos, haciendo temblar a los demás enemigos, con que ha sido amado y temido de las gentes a quien ha gobernado y gobierna?

Preguntando D. Francisco de Quevedo, caballero de gallardísimo entendimiento, cómo se hacía respetar con tanta mansedumbre a este gran príncipe, respondió que con la paciencia; que aunque en la gente humilde y ordinaria engendra algún menosprecio, en los príncipes y gobernadores engendra temor, amor y respeto; pero esto quédese para grandes historias, que no puede caber en tan pequeño discurso,

Jorge de Tobar, a quien yo conocí en sus primeros años por hombre que tuvo bríos y valor para en cosas honradas perder la paciencia, con ella misma adquirió grandes virtudes morales, que le pusieron en lugares dignos de tan gran sujeto como ha parecido, usando de gran verdad, valor y entereza en los actos de la justicia distributiva; pero ¿qué excelencias no se hallarán en la divina virtud de la paciencia? ¡Oh virtud venida del cielo! Dios nos la dé por su misericordia, y a mí para que, imitando la virtud de mis compañeros en este recogimiento, sepa asegurar la vida y prevenir la muerte. Y para la ejecución del buen intento, si yo supiera aprovecharme de él, me puso Dios por vecina a una tan gran señora como doña Juana de Córdoba Aragón y Córdoba, duquesa de Sesa, cuya virtud cristiana, valor propio y heredado, y cortesía general pueden servir de norma y dechado a cualquiera que desearse perfección cristiana, en cuya disciplina se criaron tales hijos como D. Luis Fernández de Córdoba, duque de Sesa, caballero adornado de muy superiores partes, muy dado a la lección de las buenas letras, gran favorecedor de ellas y de los que las profesan.

FIN

BIBLIOTECAS POPULARES

CERVANTES

Las cien mejores obras de la literatura española

TOMOS PUBLICADOS

- 1-2. *Santa Teresa de Jesús*.—Libro de su vida.
3. *Quevedo*.—Vida del Buscón.
4. *Campoamor*.—Doloras, Pequeños poemas y Humoradas.
5. *Larra*.—El pobrecito hablador.
6. *Góngora*.—Poesías.
7. *Moratin*.—La comedia nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid*.
9. *Lazarillo de Tormes*.
10. *Tirso de Molina*.—El burlador de Sevilla.
11. *Espronceda*.—El Diablo Mundo.
- 12-13. *Balmes*.—El Criterio.
14. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: *La Gitanilla, Rinconete y Cortadillo.
15. *Calderón*.—El Alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso*.—Poesías.
17. *R. de la Cruz*.—Sainetes.
18. *Lope de Vega*.—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara*.—El Diablo Cojuelo.
20. *Cadalso*.—Optica del cortejo y Los eruditos a la violeta.
21. *Cervantes*.—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca*.—Naufragios.
23. *Fray Luis de León*.—La perfecta casada.
24. *P. A. de Alarcón*.—Verdades de paño pardo y otros escritos olvidados.
25. *Moreto*.—El desdén con el desdén. Entremeses.
- 26-27. *Gil y Carrasco*.—El señor de Bembibre.

28. Antología de la lírica gallega.
29. *Jovellanos*.—Obras selectas.
30. Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo*.—República literaria.
32. *Pérez de Oliva*.—Diálogo de la dignidad del hombre y otros escritos.
33. *Gracián*.—Oráculo manual.
34. *Arolas*.—Poesías.
- 35-36. *Espinel*.—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Fray Luis de León*.—Poesías.
38. *Iriarte*.—Los literatos en Cuaresma. La librería. Fábulas.
- 39-40. *Bécquer*.—Obras escogidas.
41. *Lucas Gracián Dantisco*.—Galateo español.
42. *Lope de Rueda*.—Registro de representantes. El deleitoso.
43. La historia de los dos enamorados. Flores y Blancaflor.
44. *Lope de Vega*.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
45. *Pero Mexía*.—Diálogos.
46. Poema del Cid.
47. *Pardo Bazán*.—El cisne de Vilamorta.
48. *Verdaguer*.—Antología lírica.
49. *Harzenbusch*. Los amantes de Teruel.
50. *M. de la Rosa*.—La conjuración de Venecia.
51. *J. de Timoneda*.—El patrañuelo.
- 52-53. *F. Manuel de Melo*.—Guerra de Cataluña.
54. *G. de Castro*.—Las mocedades del Cid.
55. *Calderón*.—Autos Sacramentales. El gran teatro del mundo y La vida es sueño.
56. *Ruiz de Alarcón*.—La verdad sospechosa.
57. *Gil Polo*.—La Diana enamorada.
- 58-59. *Don Juan Manuel*.—El conde Lucanor.
60. *Rojas Zorrilla*.—Entre bobos anda el juego.
61. *Cervantes*.—Viaje del Parnaso.
- 62-63. *Diego Hurtado de Mendoza*.—Guerra de Granada.

- 64-65. *Lope de Vega*.—La Dorotea.
 66-67-68. *Baltasar Gracián*.—El Criticón.
 69-70. *Castelar*.—Ernesto.
 71. *Tirso de Molina*.—Don Gil de las calzas verdes.
 72. *Marqués de Santillana*.—Obras escogidas.
 73. *L. F. de Moratín*.—Epistolario.
 74. *Lope de Vega*.—El villano en su rincón.
 75. *García Gutiérrez*.—El trovador.
 76. *Berceo*.—Milagros de Nuestra Señora.
 77. *Vélez de Guevara*.—Reinar después de morir. La luna de la Sierra.
 78. *Forner*.—Exequias de la lengua castellana.
 79. *García de la Huerta*.—La Raquel.
 80-81. *Lope de Vega*.—Pastores de Belén.
 82-83. *Calila e Dymna*.
 84. *Calderón*.—La vida es sueño.
 85. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: **El licenciado Vidriera. El coloquio de los perros.
 86. *Mira de Amescua*.—El esclavo del demonio.
 87-88. *J. de Montemayor*.—Diana.
 89. *Torres Villarroel*.—Vida.
 90-91. *Fr. Luis de Granada*.—Guía de pecadores.
 92. *Lope de Vega*.—Porfiar hasta morir. Fuente Ovejuna.
 93. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: ***La ilustre fregona. La fuerza de la sangre.

Las cien mejores obras de la literatura universal
 TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault*.—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles*.—La política.
3. *Chateaubriand*.—Novelas.
4. *Leopardi*.—Poesías.
5. *Los poetas griegos*.
6. *Washington Irving*.—Apuntes literarios.
7. *Edgar A. Poe*.—Obras escogidas.
8. Antología de la lírica portuguesa.
- 9-10. *Julio César*.—Los comentarios de la guerra de Francia.

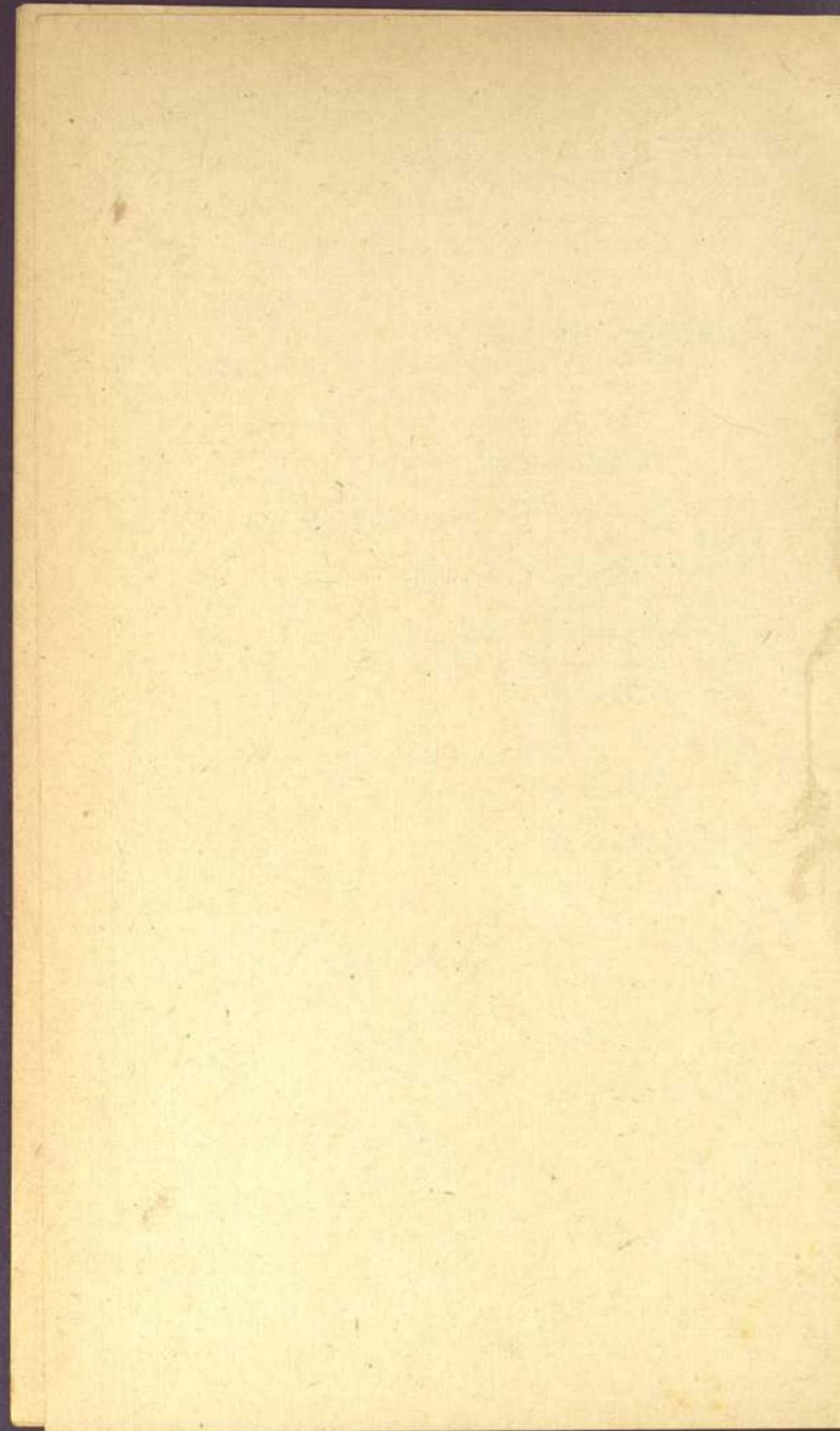
- 11-12-13. *Jonathan Swift*.—Viajes de Gulliver.
14. *Shakespeare* *.—Macbeth.
- 15-16. *San Agustín*.—Las Confesiones.
17. *Luciano*.—Diálogos.
18. *Bandolio*.—Novelas.
19. *Wágner* *.—Lohengrin. El buque fantasma.
20. *Dostoiewski*.—Las noches blancas. Ilucha.
21. *Esquilo*.—La Orestíada.
22. *Sterne*.—Viaje sentimental.
23. *Kalidasa*.—El reconocimiento de Sakuntela.
24. *Goethe*.—Hermann y Dorotea.
- 25-26. *V. Hugo*.—Han de Islandia.
27. *Carlos Dickens*.—Canción de Navidad.
28. *Puchkin*.—Dubrovsky, el bandido ruso.
- 29-30-31. *Walter Scott*.—El anticuario.
32. *Almeida Garret*.—Fr. Luis de Sousa.
33. *Thackeray*.—Aventuras de un fanfarrón.
34. *Salustio*.—La conjuración de Catilina y La guerra de Yugurta.
35. *Hoffmann*.—Cuentos escogidos.
36. *Eurípides*.—Tragedias * Medea. Hipólito.
37. *Gogol*.—Tarás Bulba.
38. *Stevenson*.—El caso extraño del doctor Jekyll y Mr. Hyde.
39. *Andreiev*.—Cuentos escogidos.
40. *Dante*.—Divina Comedia * Infierno.
41. *Molière*.—Don Juan.
42. *Tolstoi*.—Cuentos.
43. *Dante*.—Divina Comedia. ** Purgatorio.
44. *Dante*.—Divina Comedia. *** Paraíso.
45. *La Rochefoucauld*.—Máximas y sentencias morales.
46. *De Foe*.—Robinson Crusoe *.
47. *Lamartine*.—Graziella.
48. *De Foe*.—Robinson Crusoe. **.
49. *Goldoni*.—La locandiera.
50. *Goldsmith*.—El vicario de Wakefield.
- 51-52. *Goethe*.—Fausto.

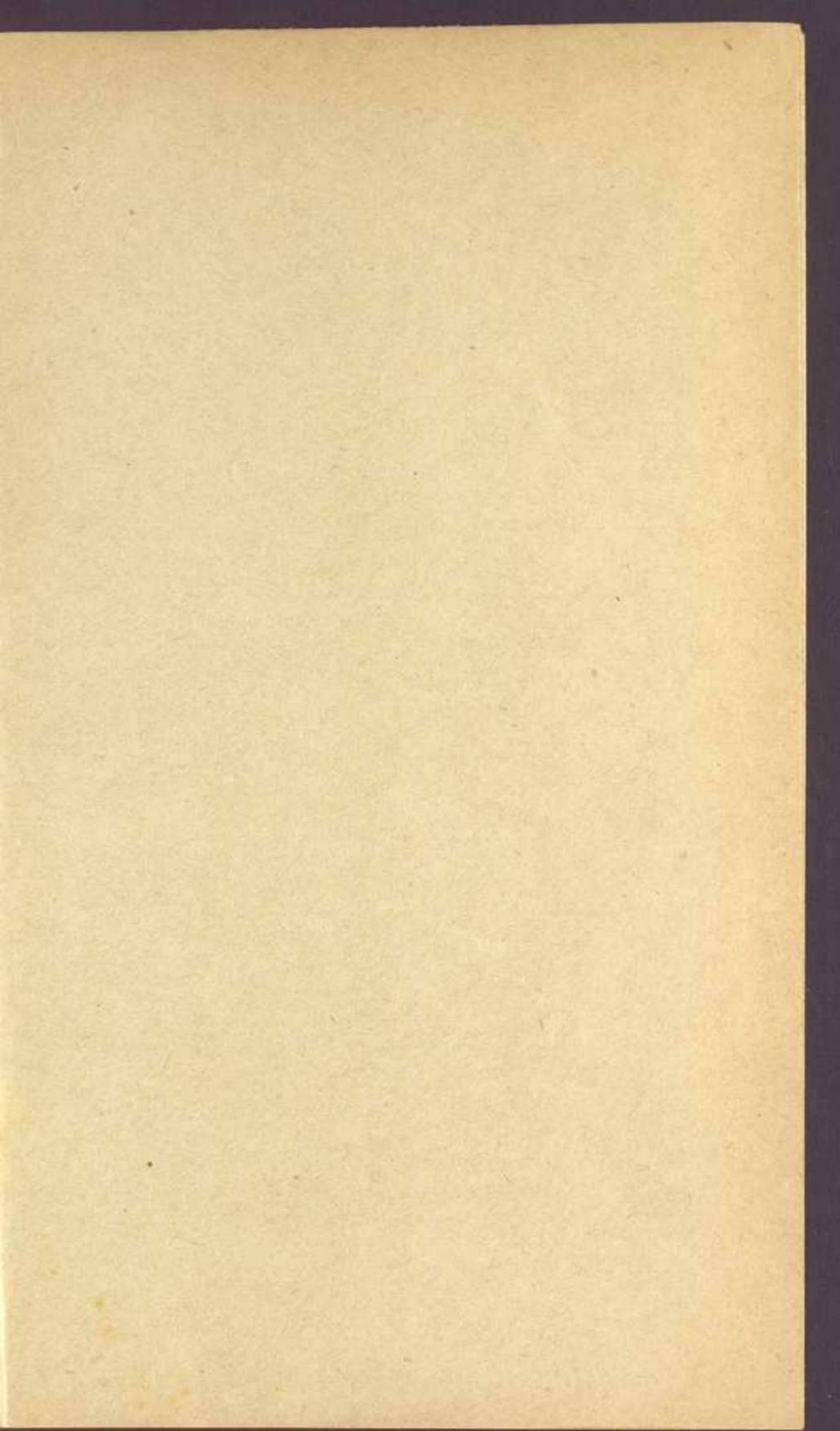
53. *Wagner*.—El anillo del Nibelungo.
54. *Shakespeare*.—Hamlet.
55. *Schiller*.—Los bandidos.
56. *Heine*.—El libro de los cantares.
57. *Cooper*.—El pirata rojo.
58. *Nodier*.—Cuentos: Inés de las Sierras. Sor Beatriz.
59. Libros poéticos de la Biblia *.
60. *Nerval*.—La mano encantada. Paseos y recuerdos.

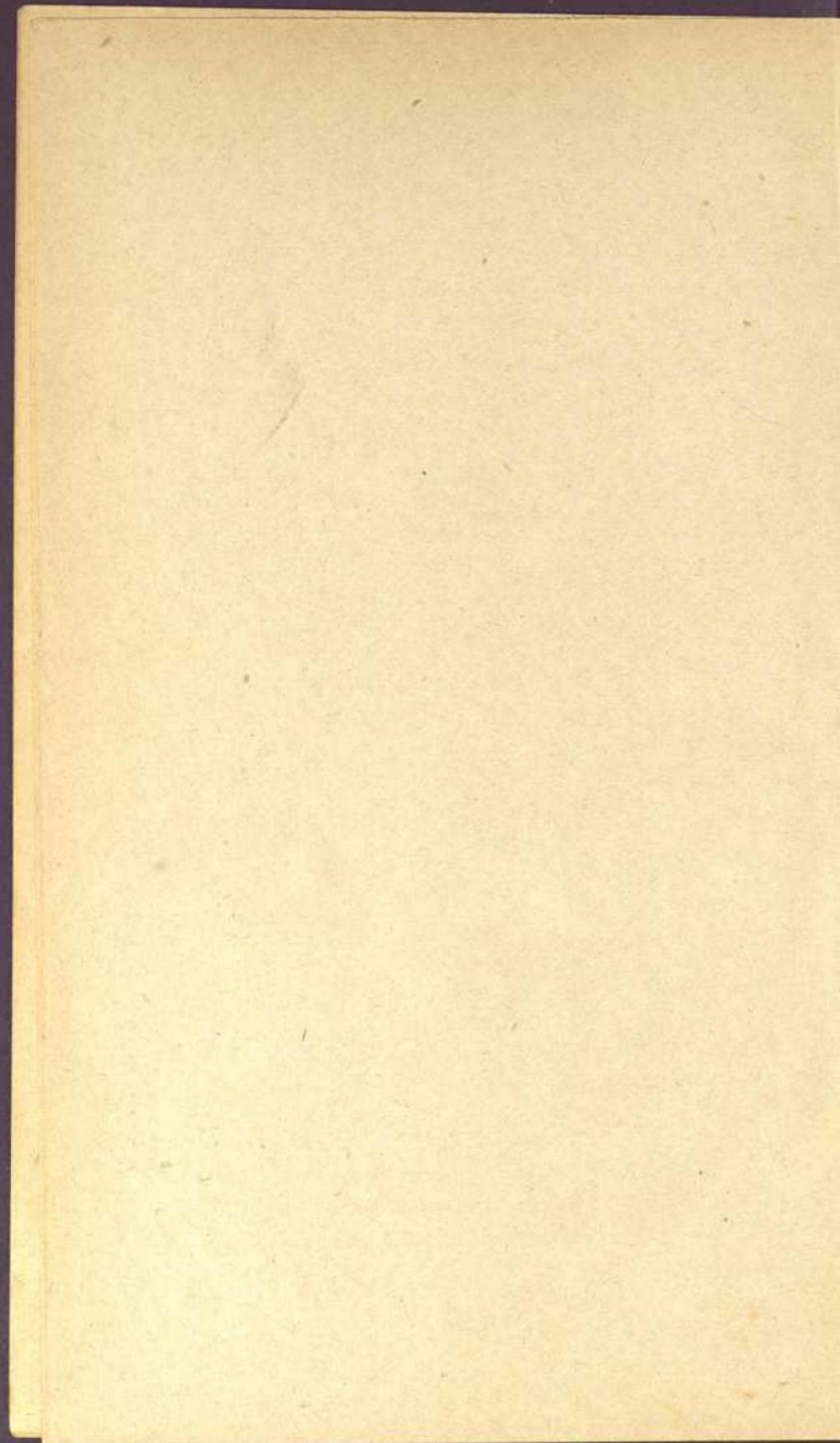
Las cien obras educadoras

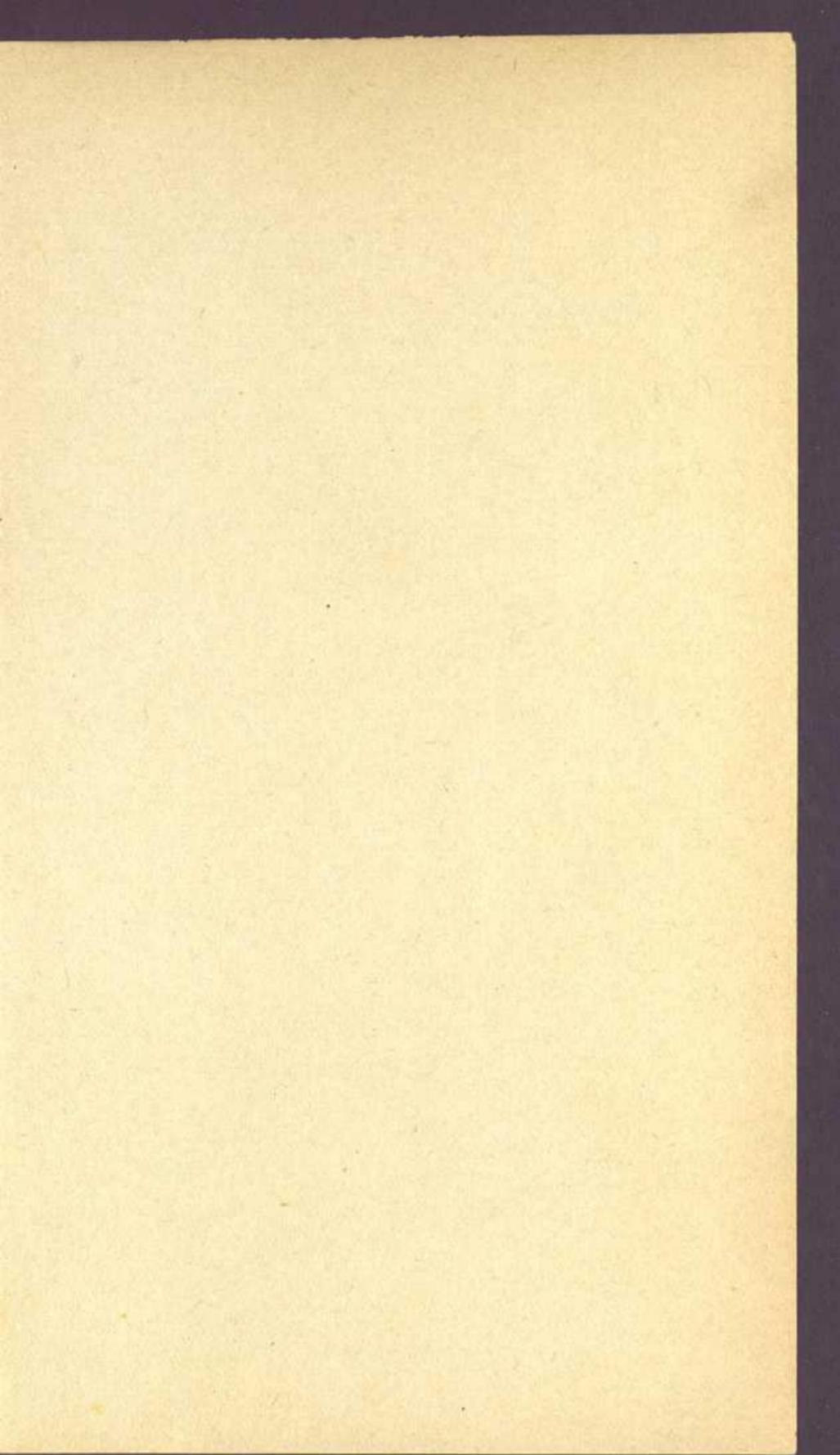
TOMOS PUBLICADOS

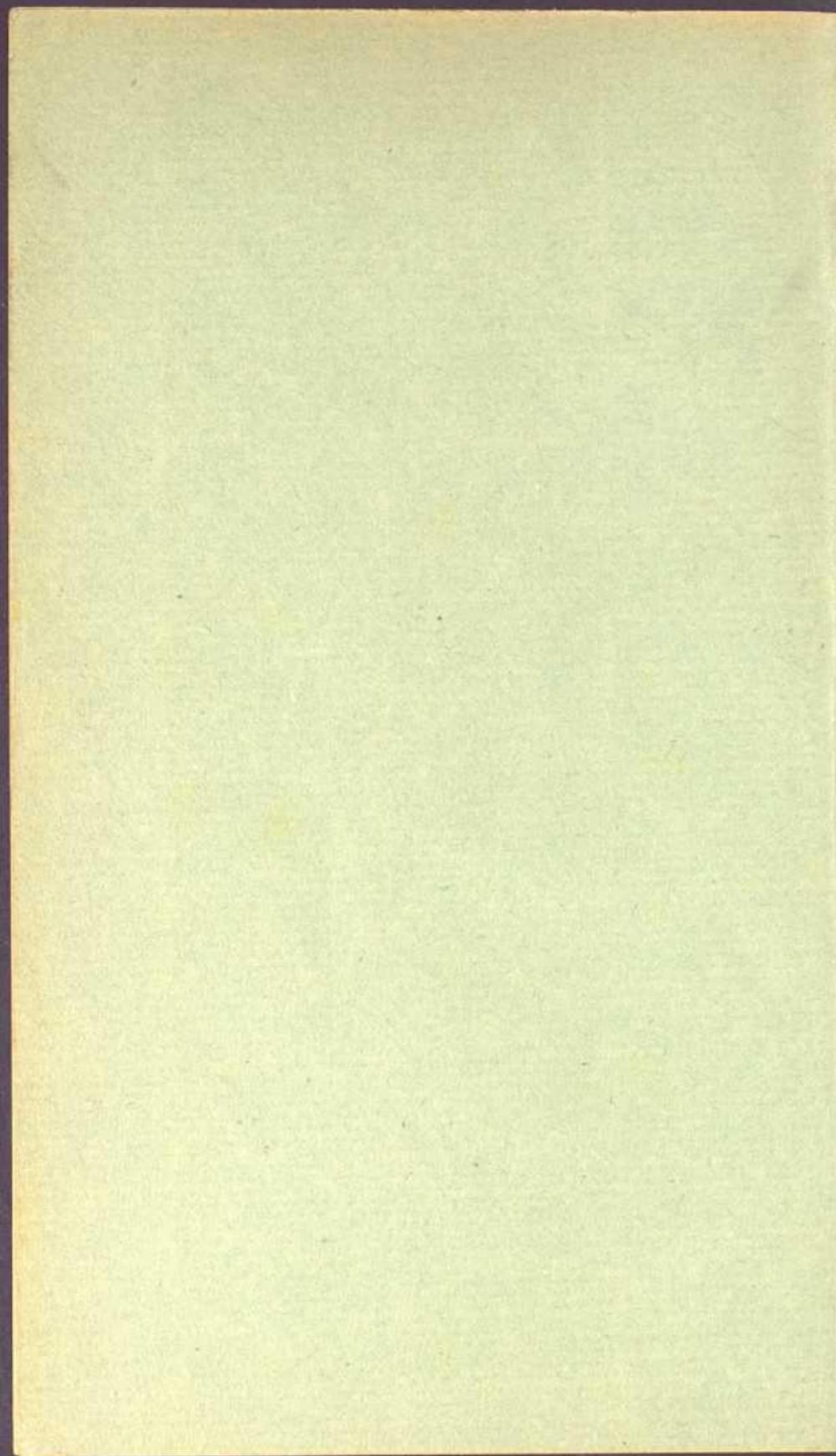
1. *Angel Valbuena Prat*.—La poesía española contemporánea.
2. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. * Morfología.
3. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. ** Sintaxis.

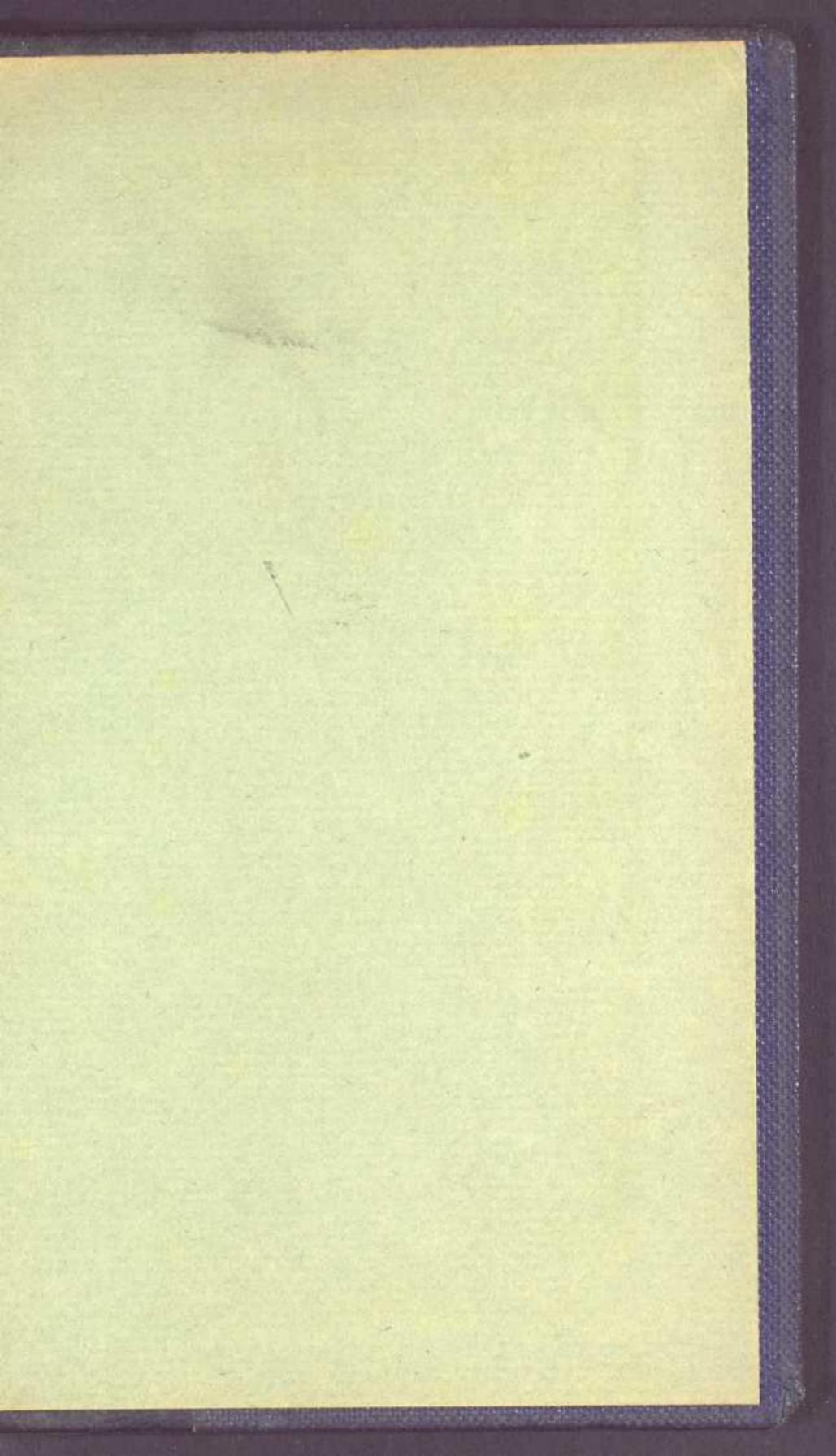


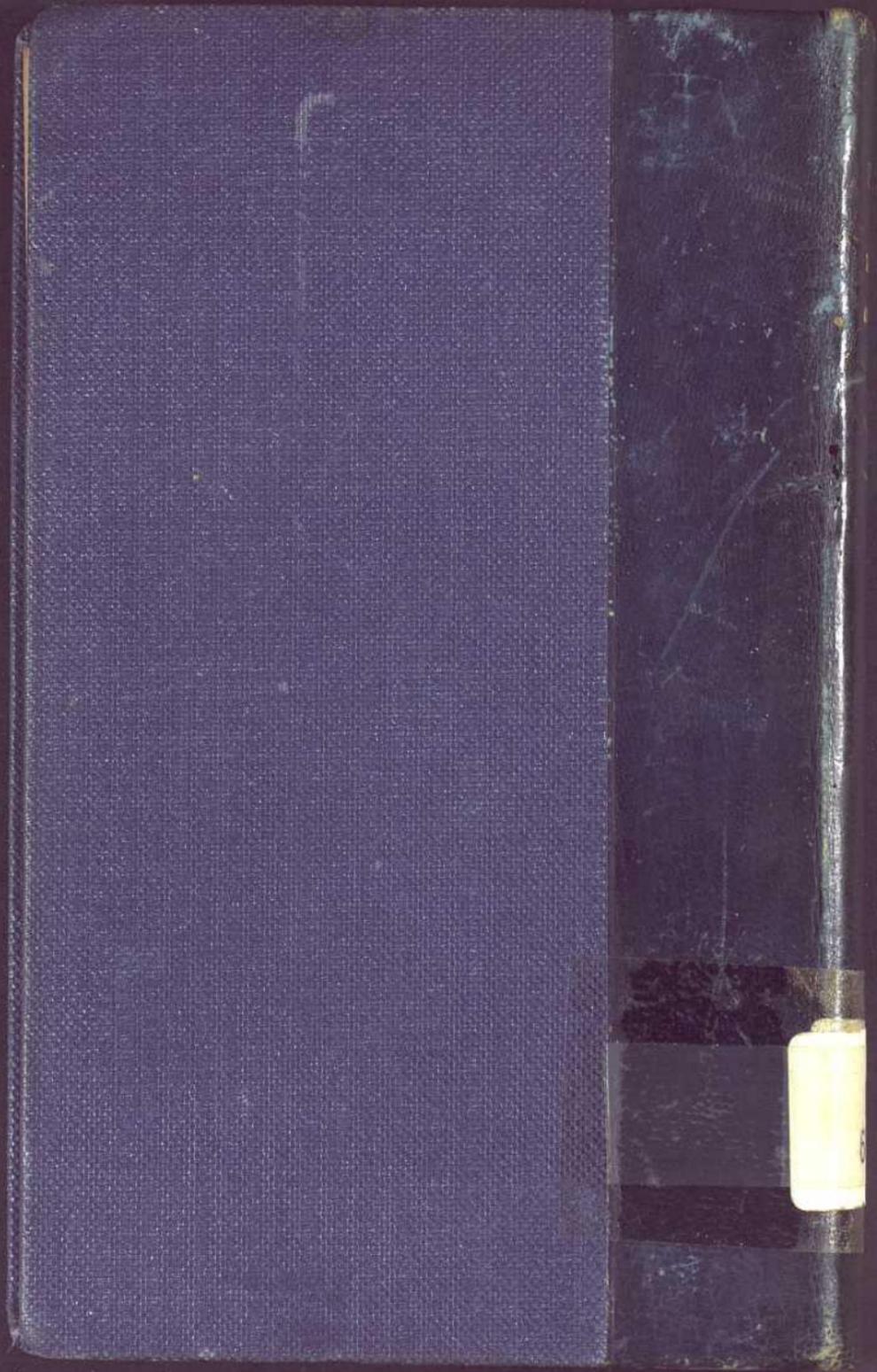












ESPINER

BARCOS DE

OSIRIS

FA
6764